YO, CHARNEGO

JAVIER LÓPEZ MENACHO

Memoria personal de la emigración a Cataluña

Llegaron despojados de todo y conquistaron su futuro.
Hicieron suyo el extrarradio, consiguieron derechos y
superaron la etiqueta que la historia les había reservado

CATARATA

YO, CHARNEGO

JAVIER LÓPEZ MENACHO

Memoria personal de la emigración a Cataluña

Llegaron despojados de todo y conquistaron su futuro.
Hicieron suyo el extrarradio, consiguieron derechos y
superaron la etiqueta que la historia les había reservado

CATARATA

JAVIER LÓPEZ MENACHO

Natural de Jerez de la Frontera, es escritor y especialista en comunicación y reputación digital. Ha trabajado como social media manager, community manager y creador de contenidos en diferentes compañías relacionadas con el entorno digital. Es autor del libro de crónicas Yo, precario (Lince Ediciones, 2013), del conjunto de relatos Hijos del sur (Tierra de nadie, 2016), del libro divulgativo SOS, 25 casos para superar una crisis de reputación digital (Editorial UOC, 2018) y de La farsa de las startups (Los Libros de la Catarata, 2018). Ha colaborado en medios de comunicación como La Marea, CTXT, Secretolivo, Qué leer, Lavozdelsur.es y en otros relacionados con las nuevas tecnologías como Marketing4eCommerce, Revista Byte TI o Beers&Politics. También codirige La Réplica, periodismo incómodo. El profeta (Editorial La Equilibrista, 2019) es su primera novela.

Javier López Menacho

Yo, charnego

MEMORIA PERSONAL DE LA EMIGRACIÓN A CATALUÑA

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© JAVIER LÓPEZ MENACHO, 2020

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2020
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

YO, CHARNEGO.
MEMORIA PERSONAL DE LA EMIGRACIÓN A CATALUÑA

ISBNE: 978-84-9097-916-7
ISBN: 978-84-9097-907-5
DEPÓSITO LEGAL: M-288-2020
THEMA: JBFH/1DSE-ES-J

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Ni patria ni bandera,
ni raza ni condición,
ni límites ni fronteras,
extranjero soy.

Enrique Bunbury

Un buen día, nueve años después de aterrizar en Barcelona, me sorprendí en casa lanzándole la zapatilla al televisor cuando vi a un tipo encorbatado hablar de los charnegos con condescendencia, como si se tratara de una rémora histórica que arrastró Cataluña el siglo pasado y que había alcanzado la normalización social gracias a la voluntad integradora de terceros.

Me ofendí.

A bote pronto, pensé que a los charnegos nadie tuvo que integrarlos como si se tratara de una camada de animales que tuvieran que aprender a vivir entre humanos. Se integraron ***motu proprio***.

Luego pasó la tarde, y seguía con la mosca detrás de la oreja, jurando en arameo, enredado en la telaraña de aquel discurso infame, y fue entonces cuando me pregunté por qué me había enojado tanto. Tenía claro que, si hubiera escuchado lo que aquel tertuliano decía en la tele cuando llegué a Barcelona, ni me habría ofendido ni me habría percatado de afrenta alguna.

¿Qué había acontecido durante este lapso de tiempo, para sentirme apelado por un término que hace tan solo una década me resultaba totalmente ajeno? ¿Por qué hubo un tiempo en el que sentía que hablaba de otros y ahora me daba por aludido? ¿Qué me emparentaba con esos jóvenes migrantes del siglo pasado que salieron de tantas poblaciones del sur con un futuro incierto y una maleta a cuestas? ¿Estaba recorriendo, sin saberlo, un sendero preestablecido, un designio histórico?

Es curiosa la condición de charnego.

"Charnego" nació como etiqueta asociada al simple desplazamiento de personas, al tránsito. El hecho de haberte trasladado de un lugar a otro te señalaba como tal. El tiempo lo ha convertido en un adjetivo que soporta el

peso de la memoria y de numerosos conflictos sociales e identitarios a lo largo de la historia. Es resultado de las tensiones territoriales del país, de la lucha de clases, del orgullo migrante, de la aporofobia y del odio xenófobo de colectivos que jamás entenderán el mundo como un proyecto colectivo en eterna fase de construcción.

Charnego es sinónimo de desarraigo, de dolor u olvido, pero al tiempo de resiliencia, de adaptación, de recuerdo o de libertad. Es un pájaro herido, recién salido de una jaula, que mira al futuro alzando las alas.

Se trata, en ocasiones, de una etiqueta indeseada o de un vulgar constructo social; en otras, de una palabra indisociable de aquellos que se fueron para no volver, escrita a fuego en su piel.

El ***charneguismo*** navega entre la pulsión histórica, la reivindicación identitaria y el desprecio de las clases dominantes. Es una palabra tan fronteriza como solo ella puede serlo. Nadie sabe hoy qué es con exactitud, probablemente porque la carencia de precisión sea su seña más característica en la actualidad. El charnego se sabe temporal, volátil, maleable.

La comunidad charnega, además, no tiene un santuario propio. Corre por la calle como un niño en libertad. Los charnegos frecuentan el extrarradio y los barrios populares, pero también pueden inmiscuirse en cualquier lugar. Están en los centros de barrio, en las iglesias, en las asociaciones culturales, en los gimnasios, en los bares, están en todos lados y, al mismo tiempo, ningún lugar les pertenece. Si existiera la comunidad, si se oficializara, solo tendría sentido en convivencia con otras comunidades, pues así nació, creció y así ha llegado a su adultez.

Debido a esa mezcolanza, el sentimiento charnego varía entre individuos de la misma condición. Porque lo charnego puede convivir con otros muchos ejes de carácter identitario que, además, pueden ir por delante de este. Hay quienes interpretan la camaradería charnega como mero orgullo de clase. Otros se sienten plenamente vinculados con la palabra, y también los hay que reniegan del término. Para algunos es un adjetivo y para otros un sustantivo.

Para unos lo es todo y para otros no es nada.

Sin embargo, los charnegos se reconocen en cuanto se encuentran y se presuponen todo un imaginario. En mi antigua comunidad de vecinos, la portera era hija de andaluces. Nada más verme, desarrollamos cierta afinidad y comenzamos a charlar a menudo. "Tú eres como mis padres", me dijo, pero lo cierto es que nos diferencian casi tantas cosas como las que nos unen.

Ser charnego hoy no es lo mismo que ser charnego hace un siglo, a principios de los sesenta o hace tan solo algunos años. Ser charnego hoy no es lo mismo que lo que será mañana. Ni siquiera está claro que exista un mañana para el charnego. El mañana siempre fue una quimera para la clase social que lo representa. Pero eso no le resta ni un ápice de autoridad cuando se mira al espejo y trata de reivindicar su legado histórico a través de una resignificación del término.

Todo esto sucede mientras, en paralelo, muchos abogan por su extinción como símbolo de resistencia de quienes fueron maltratados por la historia. Los que antaño se reían, los que los vilipendiaban, los que los humillaban, tendrán que ver como su creación vuelve siendo una cosa muy diferente; cómo el carácter despectivo que le habían adjudicado se marcha para no volver jamás.

No ha servido intentar reconducirlos hacia una segunda acepción interesada: la de domesticados borregos; no. No son un mástil del independentismo; tampoco la viva imagen de la bandera española. La comunidad charnega se ha vuelto un ente imposible de domesticar, en una suerte de derrota histórica para quienes, desde sus posiciones de privilegio, fomentaban el rechazo al diferente.

El vocablo, que nació del monopolio burgués, se ramifica hoy en muy diferentes consideraciones, siendo incluso motivo de orgullo para las clases populares.

La transformación charnega a lo largo del tiempo se da al mismo tiempo que se ha transformado mi pensamiento y mis circunstancias vitales. He

pasado de ignorar el término a intentar comprenderlo en toda su dimensión. De estar convencido de su intrascendencia a estudiarlo. De observarlo como mero espectador a querer contarlo. Un proceso que solo podía suceder a través de la cultura oral y escrita que me han trasmitido muchas personas. Sin la memoria, no existiría este texto.

Con este ensayo pretendo actualizar el imaginario charnego y poner en valor sus conquistas. Y también, de alguna manera, es una suerte de autodescubrimiento y de balance personal que puede tener mucho en común con lo que han vivido otras personas. Diez años en Cataluña han dado para mucho. He vivido una de las épocas más convulsas de esta tierra. La he sentido, amado y odiado, como suele suceder con aquellos lugares que ya consideras propios.

Durante estos años, he ido adquiriendo más autoconciencia, politizándome en uno de los lugares más politizados del mundo.

Y he sacado algo en claro: no se puede entender el charneguismo sino como una conquista, la de la clase obrera migrante que fue transformando sus espacios, ***a priori*** circunstanciales y con fecha de caducidad, hasta apropiárselos, ganándole el pulso a la burocracia, a la marginalidad, a la desconfianza, al miedo y al odio.

Esta inmersión en el charneguismo es, también, y en cierta manera, un homenaje a los que vinieron entonces, a los que somos hoy y a los que vendrán mañana.

CAPÍTULO 1

UNA PIZCA DE HISTORIA

La palabra charnego no tiene una etimología clara. El término se ramifica si nos remontamos a su origen. Por si fuera poco, existe disparidad de criterios a la hora de usar la palabra en la actualidad, lo que da lugar a múltiples interpretaciones, muchas veces fuera de la norma. Hay personas que solo consideran charnego al que vino a trabajar a Cataluña hace décadas; otras creen que solo lo son los hijos de los charnegos de entonces (y son, por tanto, una especie condenada a extinguirse), y hay quienes consideran que cualquiera que venga a trabajar y se afinque en el extrarradio ya tiene la condición de charnega. De hecho, algunas definiciones en diccionarios así lo consideran.

Según la RAE, charnego es un adjetivo despectivo que refiere al inmigrante en Cataluña que procede de una región española de habla no catalana. Y concreta que la palabra charnego procede del catalán ***xarnego***, que, a su vez, deriva de la palabra castellana ***lucharniego***, cuyo significado es "perro adiestrado para cazar de noche".

Muchas personas consideran que ha sido la falta de pedigrí de estos cánidos lo que explica el uso de charnego, pues extrapola su uso a los catalanes que no son de pura cepa o a las personas que emigraron años atrás y se encuentran integradas en la sociedad catalana.

El etimologista Joan Coromines alude a la aparición del término lucharniego en un texto de 1490, asegurando que es el resultado de una disimilación de "nocherniego" o "nocharniego" (que sale de noche)[1].

Según ***diccionari.cat***, el diccionario catalán que se sitúa en primer lugar en los buscadores, ***xarnego***

tiene tres significados:

1. Hijo de una persona catalana y otra no catalana, especialmente francesa.
2. Persona de lengua castellana residente en Cataluña y no adaptada lingüísticamente al país.
3. Sabueso (***gos coniller***).

La Gran Enciclopèdia Catalana tiene, quizás, la definición mejor construida:

Designación de carácter ofensivo aplicada a personas inmigrantes en Cataluña desde otras zonas de España, o bien a personas nativas de Cataluña hijas de uno o de ambos progenitores procedentes de estos lugares y que tienen el castellano como lengua exclusiva o prácticamente exclusiva.

A esta referencia lingüística principal se suele añadir a menudo una connotación de extracto social bajo. […] En estas lenguas, la palabra xarnego fue aplicada genéricamente a animales (especialmente los perros, pero también a pájaros) y también a personas mestizas, forasteras y marginales. El uso más específico de la palabra para designar al hijo de una persona catalana y no catalana es detectado ya en el siglo XVI, refiriéndose especialmente a los hijos de padres franceses u occitanos. En su acepción más reciente, corresponde a las grandes oleadas inmigratorias del siglo XX de castellanohablantes en Cataluña. Actualmente, el uso de esta palabra es considerado éticamente reprobable.

Otros diccionarios de lengua castellana, como el de Espasa Calpe o el María Moliner, señalan que es un inmigrante de otra región española de habla no catalana, pero solo el segundo especifica la connotación despectiva.

La palabra charnego trasciende en su origen las fronteras nacionales, emparentándose también con el gascón —dialecto hablado en la Gascuña, región histórica del sureste francés—, donde c***harnégo*** adquiría connotaciones negativas, pues aludía a alguien "mestizo, bastardo o forastero no adaptado al país".

Esa conexión entre Francia y Cataluña es fundamental para entender su cariz despectivo.

En un artículo en 2006 en el diario ***Expansión***, su director adjunto, Martí

Saballs, aludía al uso social originario de la palabra: "A principios de siglo XVII, Catalunya recibió una importante oleada migratoria procedente de Francia. Los franceses, pobres y desolados, se situaron en los peores barrios de las poblaciones catalanas. La palabra 'charnego' empezó a usarse para describir a los catalanes de origen francés"[2].

La misma condición de ***charneguidad*** que se asocia a los franceses del XVI y del XVII, la heredaron las personas que llegaron a Cataluña procedentes de Andalucía, Extremadura y Murcia durante el siglo XX, en dos oleadas diferentes: a principios de la década de 1920 y de 1950. Sendas muchedumbres se movilizaban debido a un motivo universal, el más importante más allá de las guerras, que ha influido en el desplazamiento de personas a partir del siglo XX: la búsqueda de trabajo.

Las ***fake news*** —aquí, más bien, ***fake origins***— también entran en juego en el debate en torno al origen del término. Son una característica propia de los tiempos que corren: tendemos a repetir información cuya fuente es incierta. En la red abundan orígenes que tienen más de leyenda urbana que de realidad, y a menudo calan en el imaginario popular. En algunas de las conversaciones que mantenía con amigos al respecto del origen de charnego aparecían este tipo de orígenes, poco o nada científicos.

En algunos foros en la red, por ejemplo, se asegura que el origen de la palabra charnego proviene del siglo XVII, en el que existía un floreciente comercio maderero entre Polonia y la península ibérica. Los carros repletos de troncos llegaban por tierra hasta Marsella, donde las naves catalanas recogían el cargamento y a los comerciantes polacos con destino a los puertos de Andalucía. Allí, terminaban por construirse barcos con destino a las colonias americanas. Debido a la barrera idiomática, los marineros catalanes apenas alcanzaban a comprender la palabra ***czarny*** (pronunciado "charne")[3], que significa negros o morenos de piel. Enseguida comprendieron que los polacos querían referirse a los andaluces y a su piel bronceada; de aquí provendría el apelativo que los catalanes otorgaron a los inmigrantes

españoles "charnegos". Al mismo tiempo, los andaluces comenzaron a aplicar a todos los que venían en las naves el adjetivo de "polacos", como si todo viniera de un trasvase primitivo. Pero lo cierto es que no hay ninguna fuente oficial que relacione estos orígenes.

No es charnego, desde luego, la única palabra que identifica a trabajadores, o a aspirantes a trabajadores, que vienen de fuera con un matiz peyorativo. Sin ir más lejos, en España, charnego convivió muchos años con el término "maqueto", que denominaba despectivamente a los inmigrantes del resto de España que acudieron a trabajar al País Vasco a finales del siglo XIX, como consecuencia del proceso de reindustrialización, y que continuaría utilizándose durante el franquismo.

El padre del nacionalismo vasco y fundador del Partido Nacionalista Vasco, Sabino Arana, se erigió como un antimaquetista de manual, asociando a los emigrantes todas las características que él consideraba denigrantes: "la impiedad, todo género de inmoralidad, la blasfemia, el crimen, el libre pensamiento, la incredulidad, el socialismo, el anarquismo…". Incluso les atribuyó haber provocado el retroceso de la lengua vasca. En un artículo titulado "Nuestros moros" afirmó: "El maqueto: ¡he ahí al enemigo!".

En ese sentido, el discurso xenófobo de Sabino Arana se emparenta con el que, medio siglo más tarde, Jordi Pujol introdujo en Cataluña sobre el hombre andaluz. Esto decía el exdirigente catalán en su libro ***La inmigración, problema y esperanza de Cataluña***:

> El hombre andaluz no es un hombre coherente, es un hombre anárquico. Es un hombre destruido […] es, generalmente, un hombre poco hecho, un hombre que hace cientos de años que pasa hambre y vive en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual. Es un hombre desarraigado, incapaz de tener un sentido poco amplio de comunidad. A menudo da pruebas de una excelente madera humana, pero de entrada constituye la muestra de menor valor social y espiritual de España. Ya lo he dicho antes: es un hombre destruido y anárquico. Si por la fuerza del número llegase a dominar, sin haber superado su propia perplejidad, destruiría Cataluña. E introduciría su mentalidad anárquica y pobrísima, es decir, su falta de mentalidad.

Pese a que la reedición data de 1976, el texto fue publicado

originalmente en 1958, durante la Dictadura, de forma clandestina. El revuelo que provocó su reedición casi dos décadas más tarde, hizo que un año más tarde, en 1977, Pujol intentara arreglarlo a la manera de políticos, disculpándose, pero sin hacerlo, en dos artículos publicados en ***El País***.

En ese sentido, se pronunciaba claramente el economista Vicenç Navarro en su blog en el ***Diario Público***[4], cuando señalaba que charnego había sido usado como adjetivo peyorativo para definir a personas que vivían en Barcelona, pero que habían nacido fuera de Cataluña, procedentes del sur de España. Hacía hincapié en que era muy común encontrarlo en foros nacionalistas de derechas, liderados durante la mayoría del periodo democrático catalán por Jordi Pujol. Según Navarro, el charneguismo era un concepto etnicista, xenófobo y supremacista, que convenía desterrar del mapa político.

Lo peyorativo, no obstante, no es de uso exclusivo de regiones con un fuerte sentimiento independentista ni tampoco privativo de las sensibilidades políticas de derechas. Tiene un notorio componente vertical —los de arriba contra los de abajo, los privilegiados contra los menos favorecidos— pero también se ha dado un uso despreciativo por parte de ***los de abajo***.

La normalización de palabras de tintes xenófobos ha venido sucediendo con cierta frecuencia a lo largo de la historia. Basta con echar un vistazo al devenir de "moro", palabra que, históricamente, empleaban autores griegos y romanos para referirse a grupos imprecisos de seres humanos y que en España pasó a denominar despectivamente a las personas provenientes del norte de África. Es inherente a la condición humana. El miedo a lo desconocido, la aversión al pobre y la violencia como formas de protección han existido siempre en el mundo, y aún hoy sufrimos su inercia.

A principios de este siglo, en El Ejido (Almería), una multitud armada con barrotes de hierro atacó a emigrantes y sus negocios a raíz del asesinato de una joven española por parte de un magrebí. La comunidad local la emprendió contra todos los emigrantes llegados a trabajar a la zona. "Los

moros han llegado a destrozarlo todo", decían algunas voces. Al Gobierno le costó contener la violencia contra los emigrantes. Paradójicamente, en El Ejido, empresarios y población necesitaban de su mano de obra para mantener la industria agrícola y la estructura económica local. El reciente resurgir de la ultraderecha europea cierra el círculo y nos sitúa en esa fase del ciclo en la que reverdece lo peor del ser humano.

La consideración despectiva de lo charnego alcanzó su cúspide en las décadas de los cincuenta y sesenta, y es indisociable de la aversión al pobre. Los emigrantes eran pobres, o casi pobres, pues venían a Cataluña a buscar trabajo. Los señoritos andaluces que llegaban a acuerdos con la burguesía catalana no eran percibidos como charnegos; los jornaleros u operarios de fábrica, sí.

Hoy, el estereotipo del charnego ha mutado y ha adquirido una nueva apariencia. Incluso su significado despectivo ha sido sustituido por la palabra "ñordo", que alude a las personas con sentimiento españolista, estableciendo un paralelismo entre el excremento y la españolidad. Es utilizado en ámbitos políticos independentistas, en su facción más radicalizada. Son aquellos que desprecian todo lo español. Paradójicamente, fue el parlamentario por Esquerra Republicana, Gabriel Rufián, quién reflexionó en voz alta: "Si a ti no te ha gustado que durante décadas te dijeran 'polaco' por ser catalán, ¿por qué tú ahora le dices 'ñordo' a alguien por ser español?"[5].

Un retrato robot nos mostraría que ser charnego hoy alude a aquellas personas que suelen hablar castellano a diario, que se sienten españolas y catalanas, que viven en un barrio de la periferia del área metropolitana de Barcelona o de alguna ciudad catalana, y cuyos padres o abuelos emigraron a Cataluña desde otras zonas de España en los años cincuenta y sesenta. Al mismo tiempo, existe una amalgama de sujetos que no se adhieren a este retrato robot, pero se sienten charnegos.

En cualquier caso, la noción de charnego como insulto parece haberse diluido o, al menos, retrocedido, y han surgido nuevas formas de entender la

palabra más allá del despecho. Charnego puede ser mucho más que un vocablo ofensivo. Puede referirse a un origen, a una cultura, a una historia personal, a una idiosincrasia, incluso a una manera de estar en el mundo. Ser charnego ya no es solo lo que quieran las clases dominantes. Ha rebasado hace mucho tiempo esos límites, y ahora estamos evaluando su evolución (o involución, según quién lo mire).

También ha rebasado el concepto de procedencia porque ya no se asocia al lugar de origen. Los charnegos y las charnegas pueden ser de cualquier lugar de fuera de Cataluña, pero también catalanes.

Es el charneguismo una condición que afecta solo a dos generaciones: la persona que llega a Cataluña y sus hijos. El charnego de primera generación solo puede evitar serlo regresando a su lugar de origen, y el catalán charnego (el de segunda generación) no puede transmitir su condición charnega. Es curioso, en este sentido, el hecho de que los hijos de emigrantes no son emigrantes, pero los hijos de charnegos sí son charnegos.

El tiempo es otro aspecto esencial para entender el charneguismo, pues, como la lengua, como las relaciones sociales, como la vida, está sujeto al cambio. Como decía Mercedes Sosa en la canción que popularizó, ***Todo cambia***:

Cambia el pelaje la fiera
cambia el cabello el anciano
y así como todo cambia
que yo cambie no es extraño.
Pero no cambia mi amor,
por más lejos que me encuentre,
ni el recuerdo ni el dolor
de mi pueblo y de mi gente.
Lo que cambió ayer
tendrá que cambiar mañana
así como cambio yo
en esta tierra lejana.
Cambia, todo cambia
[…]

CAPÍTULO 2

EL NEOCHARNEGO: DEL JORNALERO Y OPERARIO DE FÁBRICA AL PRECARIADO DIGITAL

En 2009, aterricé en Barcelona después de encontrar piso a través de un conocido portal de anuncios en internet. Alquilé una habitación (que más que una habitación era un recoveco ubicado en el pasillo de un piso) y llegué con mucha más ilusión que enseres había en mi maleta. Aunque estaba a solo cinco minutos de la Universidad Pompeu Fabra, no tenía luz natural, así que y el ordenador estaba siempre encendido para compensar esa penumbra inherente al precariado. Entre esas cuatro paredes me sentía como en mi ***batcueva***; era el lugar donde conspiraba contra los males que acechaban al mundo. Por entonces me sentía invencible, pero pronto llegarían las complicaciones.

Compartí piso con una joven estudiante de Bellas Artes de ascendencia canaria y noruega, un escultor, que tenía tanto talento como desorden en su vida, y un joven actor argentino, cuya separación matrimonial lo condujo a un pozo de lamentaciones hasta que conoció a una joven serbia y su vida fue enderezándose. Juntos, conformábamos un cóctel tan desastroso como divertido.

Ese sudoku de procedencias y motivaciones no era exclusivo de nuestro piso. Miraba alrededor, y el mismo esquema se repetía de muy diversas maneras en los lugares de residencia de conocidos y compañeros de clase.

Mi punto de partida en la ciudad era privilegiado: tenía concedida la prestación del paro después de haber trabajado duro los últimos años y también me beneficiaba de una beca de matrícula para el máster de Literatura que iba a cursar. Por entonces, el gobierno de José Luis Rodríguez

Zapatero concedía a los parados estas becas para que figuraran en las estadísticas oficiales como estudiantes y no como desempleados. Una manera, indisimulada, de maquillar el desastre que se avecinaba. Por eso, por mucho que negara la crisis, por mucho que se plegara a los designios del Banco Central Europeo y de la Troika, por mucho que en sus reuniones con la patronal pareciera más un sirviente que un presidente, por mucho que dilapidara su buena prensa mundial en tan solo unos meses, yo siempre digo que ZP ha sido el mejor presidente que ha tenido España.

Pero volvamos al relato, pues no acababa ahí mi suerte. Para colmo, las clases en la universidad me permitieron romper la barrera con el entorno catalanoparlante. Había muchos catalanes y ninguno era como decía Canal Sur. Eran amables, inteligentes y solían tener mucho talento. No había catalán que no escondiera alguna habilidad. Los trataba con fascinación, acosándolos a preguntas, con sed de comprender sus respuestas. Con los años, he comprendido que no hay una respuesta para Cataluña, y esa probablemente sea parte de su aura fascinante.

La seguridad de mi entorno me llevó a estudiar el máster con una entrega casi religiosa, a frecuentar la noche barcelonesa más de lo que hubiera debido, a escribir como si no hubiera un mañana y a leer con fruición. No dormía apenas, pero mi cuerpo vivía en perpetuo estado de asombro y le importaba poco el descanso. Me encantaba Barcelona; sus barrios, sus gentes, sus comunidades. No hay nada como tener un flechazo con una ciudad: hasta a la mugre le ves encanto.

Todo fue bien, razonablemente bien, hasta que acabó el máster, acabó la beca y acabó la prestación de desempleo; hasta que acabó mi suerte, en definitiva, y me di de bruces con la realidad. Todo se volvió gris de repente.

Pero, desde luego, mi punto de partida no fue el mismo que el de aquellos emigrantes que, el siglo pasado, vinieron a aportar su mano de obra con escasa formación y un fuerte sentimiento de desarraigo. Sin embargo, de alguna manera, ha sido paradigmático de los tiempos en que vivimos.

El perfil del charnego ha cambiado, igual que ha cambiado el mundo y sus migraciones. Si en el siglo XX llegaron para trabajar en las fábricas, en el campo, en las obras del metro o en la exposición universal de 1929, los ***neocharnegos*** son ahora los hijos frustrados del sueño de la socialdemocracia. Los hijos de la clase media que se han visto obligados a emigrar. ***Yo soy aquel.***

En una década en Cataluña he vivido, y muchas veces sufrido, las penurias del nuevo charneguismo, condicionado, y de manera flagrante, por la crisis económica que comenzó allá por 2008. A veces me da la sensación de que todo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Otras, que han sucedido tantas cosas que no hay libro capaz de resumirlo. Ha sido una década en la que he ganado arrugas y he perdido pelo, pero en la que, básicamente, mi vida ha transcurrido con la misma incertidumbre. Sobrevivimos en el alambre, con vaivenes laborales, acostumbrados a reinventarnos mientras avanzamos hacia un horizonte borroso, con la sensación de que la vida pasa mientras hacemos otros planes, forzándola a pasar por un molde que no le corresponde.

Siempre he dicho que, en mis primeros años, la adrenalina de la imprevisibilidad tenía algo de adictivo. Ahora, como cualquier adicto, necesito cambios más pronunciados para que la incertidumbre me haga mella. Esta ya me la conozco, vive conmigo, desayuna, come y cena, y a veces se tumba en el sofá y se pone un rato la televisión. Ya no me provoca nada.

No somos como aquellos a los que aludía Francisco Candel en ***Els altres catalans*** en 1964, ni tan siquiera como los que retrataba veinte años después… La migración interna del 2020 es muy diferente a la de aquellos días. Por ello, y por muchos aspectos más, estimo que la obra de Candel también se ha superado. Después de leer su trilogía[6] tengo la sensación de que contribuyó esencialmente a mostrar la realidad de una población estigmatizada, pero no se esmeró en desenmascarar a quienes primero propiciaron ese estigma y luego trabajaron para sacar partido de una

comunidad que había crecido exponencialmente hasta el punto de tener la capacidad de dar o quitar poder. De alguna manera —aun guardando un gran respeto a su obra y a su persona—, considero que ha llegado la hora de matar al padre, de darle voz a los charnegos sin la supervisión del pujolismo y sin la condescendencia social de una época que venía a aceptar un pronunciamiento razonable como si de un éxito se tratase. Los charnegos de los que hablaba Candel no somos ya de la misma manera que entonces, y los que vienen tienen un retrato —y un relato— diferente.

Si entonces llegaron en aluvión, ahora lo hacen en un goteo incesante. Si entonces llegaron debido a la decadencia de la minería y las viñas en sus tierras de origen, ahora lo hacen por aspiración vital y falta de oportunidades laborales. Ninguna industria se ha caído ahora; simplemente, las comunidades de origen siguen sumergidas en el fango y necesitan de la emigración de sus gentes para evitar el colapso socioeconómico. Andalucía (21 por ciento), Extremadura (22 por ciento) y Murcia (15 por ciento) son tres de las regiones con más paro de España.

Entonces habitaban en suburbios, barracas o barrios con graves deficiencias, hacinados en pisos y en barracones; ahora viven en barrios ya configurados, con una idiosincrasia definida, que cuentan con todos los servicios mínimos, un mobiliario urbano decente y un tejido social enraizado, y, al menos, pueden disponer de una habitación y un plan. Un plan que casi siempre se tuerce, pero un plan, al fin y al cabo. Y este sirve para ir tirando, como los escritores que imaginan un final y siguen hacia delante sin saber muy bien cómo van a hilvanar la novela.

Si antes no tenían estudios y trabajaban como operarios de fábrica o jornaleros, ahora han cursado estudios mínimos, cuando no superiores, y se ocupan en el sector servicios, abasteciendo a la inagotable industria turística (Barcelona es la decimoséptima ciudad más visitada del mundo, con más de nueve millones de visitantes).

Muchos de los estudios sobre comunidades emigrantes en Cataluña

consideran que la afluencia de personas es constante y que esta presenta características invariables. Así parece en principio, porque la dirección es la misma —del sur al norte— y persisten las desigualdades territoriales en materia económica y social, pero considerar que la tendencia es idéntica menoscaba nuestra capacidad de entender las nuevas comunidades migrantes. El sujeto referido ha cambiado en grado sumo, tanto en los motivos de su búsqueda como en su nivel cultural, o incluso en su rol de permanencia. Hasta su forma de desplazarse ha cambiado: el interminable viaje en tren a bordo de El catalán —como se referían en las zonas del sur al tren que desde Andalucía atravesaba la cornisa levantina hasta Cataluña— ha sido sustituido por los vuelos ***low cost*** en compañías como Vueling o Ryanair.

Los neocharnegos somos fruto de esa vieja aspiración socialdemócrata de progreso, y la proyección idílica de nuestro futuro nos ha dejado una frustración constante. Tras el relato que nos vendieron en la juventud, solo hay humo. Vivimos la decadencia y caída del felipismo, el ***boom*** de las universidades y el desprestigio de la Formación Profesional; crecimos en la España hortera de ***Crónicas Marcianas*** en los noventa, nos entregamos a la liberación del suelo que comandó Aznar y vivimos con la idea de progreso y escalada social. En el fondo, una suerte de meritocracia. Con el nuevo siglo vino la incertidumbre, la caída del bienestar, la falta de oportunidades y nuestra incorporación en las filas del precariado, una nueva clase social. Pasamos de la promesa del mileurismo como sueldo mínimo al mileurismo como motivo aspiracional. Cataluña dejó de ser el primer destino para situarse detrás de países como Alemania, Inglaterra o Irlanda.

Ni siquiera la cuestión demográfica es la misma. Para hacernos una idea del impacto que tuvieron en otros tiempos, se estima que más de 840.000 andaluces residieron en tierras catalanas en los años setenta, algo más de 100.000 murcianos y una cantidad inferior procedente de Extremadura. Hoy, en Cataluña residen alrededor de 1.200.000 extranjeros procedentes de todo

el mundo. Solo la migración interna de entonces cubriría lo que ocupa ahora toda la migración extranjera en la comunidad. A efectos políticos, el Partido Socialista Andaluz (PSA) consiguió algo inédito en la política de partidos en este país al obtener representación en el Parlament, algo que ninguna otra comunidad lograría conseguir a través de sus migrantes. En 1980, con 72.071 votos, el PSA obtuvo dos diputados en la cámara catalana: José Acosta Sánchez y Francisco Hidalgo.

Cataluña hoy, y muy especialmente Barcelona, termina siendo un destino que juega con las expectativas del migrante, una suerte de Hollywood moderno para la juventud andaluza, murciana o extremeña, principales generadores del charneguismo. Es el lugar donde cumplir sueños, básicamente, porque goza de más oportunidades en todos los sectores profesionales; un prestigio que le hace figurar entre las ciudades más visitadas del mundo y que le confiere un halo cosmopolita que configura al exterior una imagen de tolerancia.

Incluso los neocharnegos de segunda generación presentan un perfil diferente. El escritor y activista político vinculado a la CUP, Antonio Baños, ha hablado en ocasiones de este cambio: "Podríamos hablar del charneguismo ilustrado de quienes, como yo, pertenecen a la primera generación de la familia que va a la Universidad"[7].

Están plenamente integrados en la sociedad catalana y en algunos sectores nacionalistas se ha desplegado lo que Guillem Martínez denominó ***charnego power***[8], jóvenes catalanoparlantes de sensibilidad independentista, pero al mismo tiempo con una gran conciencia de clase charnega. Dos asuntos, antiguamente no vinculados, que ahora confluyen de forma natural.

La arquitectura de la ciudad, sus edificios, su mobiliario urbano, tampoco tiene nada que ver con lo que fue. Hay poblaciones (y dentro de estas, barrios) especialmente propensas a recibir personas extranjeras. Y lo hacen por una cuestión histórica. De alguna manera, las nuevas generaciones

charnegas aprovechan la historia de sus predecesoras, recorriendo su misma senda. La historia deja rastro y las comunidades asentadas conocen muy bien a sus antepasados. Este, en gran medida, es el mayor patrimonio que tienen los charnegos: un legado histórico en forma de ladrillo y asfalto, junto a un manual de supervivencia.

El profesor Martí Marín Corbera reflexionaba acerca del asociacionismo charnego en el dosier "La novena provincia: la emigración de andaluces a Cataluña", y el impacto que tuvo en los barrios periféricos. Según su estudio fueron los propios inmigrantes quienes se integraron entre sí transformando el suburbio en barrio y escalando posiciones a pulmón en la escala socioprofesional de la industria local[9].

Esa transformación visual, arquitectónica y social fue recogida por el escritor Javier Pérez Andújar en el pregón de las fiestas de la Mercè, en el año 2018, en lo que podría interpretarse como un reconocimiento institucional a sus méritos. Esta alusión reflejaba la normalización del éxito de aquellos barrios charnegos; pero tan importante como eso, era convertir en motivo de festejo el trabajo silencioso que dispusieron para la sociedad que hoy somos:

> Obreras y obreros, modestos comerciantes, maestros de escuela… Mujeres y hombres convirtiendo un descampado en un ambulatorio con la fuerza de la lucha vecinal, que se enfrentaron a las excavadoras, que cortaron las calles con la misma decisión con que en verano se corta una barra de helado…
>
> Trabajadoras y trabajadores, la gente de Barcelona que, tras agotarse en las cadenas de montaje, en el rugir de las fábricas, sacaba fuerzas de su propia pobreza para convertir la vida en democracia. No los olvidamos[10].

El neocharnego ya no tiene que hacer ese sobresfuerzo, pues el trabajo está ya hecho. Su construcción es otra, más orientada al afianzamiento de la conquista socioeconómica que comenzaron sus predecesores, muchas veces sin saberlo siquiera. Y es que al charnego ya nadie le señala a la manera de entonces. Ahora el miedo y la xenofobia apunta más bien a otros colectivos migrantes. La comunidad árabe recibe los prejuicios cada vez que hay un

atentado en el primer mundo y este ocupa los telediarios. El número de atentados en los países del primer mundo permanecen en el porcentaje de otros periodos históricos, pero los medios de comunicación realizan una cobertura desmesurada de un fenómeno que termina incidiendo en la imagen pública de determinadas comunidades migrantes. La parte es tomada por el todo. Es injusto, todo el mundo lo sabe, pero nadie evita el estigma.

Las nuevas migraciones vienen a ocupar el espacio que tuvo el charneguismo en los años setenta y ochenta. En Olot y Vic, dos de las poblaciones más representativas de la Cataluña interior, la población emigrante es de un 22 por ciento y un 33 por ciento respectivamente. Guissona, Castelló d'Empúries, Salt o Sant Pere Pescador tienen un porcentaje cercano o superior al 40 por ciento de emigrantes. De entre todas las nacionalidades, la marroquí y la rumana son las mayoritarias.

La estratificación social en el entorno urbano no es un fenómeno puramente español. En las metrópolis occidentales vemos cómo los barrios acogen a diferentes comunidades, o cómo nacen barrios nuevos de la fluctuación de personas. La estratificación social dentro de la arquitectura urbana tampoco es un fenómeno puramente español. Este fenómeno sucede en las grandes metrópolis europeas, a menudo desembocando en la dualidad guetificación-gentrificación y en conflictos que muchos visten de étnicos, cuando realmente quieren decir económicos. Los suburbios parisienses en 2005 o los disturbios raciales en Tottenham en 2011 son algunas de las últimas manifestaciones de este problema latente, de compleja solución. Sin embargo, el charnego ha funcionado muchas veces como pegamento. Comprende al emigrante y comprende al oriundo. Entiende a quien desea conquistar su destino, pero también muestra tendencia a proteger un espacio que ha convertido en propio.

El neocharneguismo experimenta también algo que sus antecesores no habían vivido en su llegada: la convivencia en el sentido más amplio de la palabra. La llegada de los "nuevos otros", procedentes de la emigración

extranjera, ha llevado a los charnegos a un estatus intermedio: ni proceden del extranjero ni comparten imaginario con los antiguos charnegos. En muchas ocasiones, tienen más en común con los primeros que con los segundos. La última década de crisis económica les ha hecho ver cómo multitud de contemporáneos emigraron a países como Francia o Alemania. Para ellos, la emigración es algo natural, consustancial a su generación y al ser humano.

Sin embargo, algunos charnegos de primera generación ven una amenaza en los "nuevos otros", ocupando el rol de quienes les recibieron en su momento, como si la historia se repitiera, pero con papeles cambiados. Llamativo es el caso de Badalona, donde Xavier García Albiol, político mediático del Partido Popular, fue alcalde de la ciudad entre 2011 y 2015 después de realizar una campaña abiertamente xenófoba. Su lista fue la más votada de aquellas elecciones.

Estamos ante un caso excepcional: la mezcolanza de charnegos es, en general, bastante plácida en la sociedad. En Hospitalet de Llobregat o Sant Adrià, por citar ejemplos evidentes, se afinca una comunidad ya veterana de charnegos que se establecieron en algunos de sus barrios durante las décadas de los sesenta y setenta con su descendencia (convivencia vertical), y también múltiples comunidades procedentes de países latinoamericanos y algunas minorías árabes (convivencia horizontal). Tantos unos como otros experimentan o experimentaron la emigración de manera diferente a las nuevas generaciones charnegas. La convivencia de todas estas comunidades es palpable, basta con visitar los barrios, evitando así la deriva hacia guetos contemporáneos.

Pasear por Hospitalet, por ejemplo, siempre me ha resultado fascinante. La comunidad latina migrante convive con los abuelos charnegos, con los barceloneses que llegan a la ciudad expulsados por la gentrificación de sus barrios de origen y con los estudiantes cuya ciudad universitaria está a tiro de piedra, en la avenida Diagonal de Barcelona. Ni el sociólogo más imaginativo

hubiera pintado un cuadro similar.

Laboralmente, las aspiraciones del neocharnego pasan por conquistar un trabajo "de lo suyo" y afianzarse como clase media, aunque muchas veces terminan deambulando por los trabajos propios de la clase precaria. Es necesario recordar que el ascensor social en España y en Cataluña está roto. Según datos de un informe de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos)[11], cualquier español que nazca en una familia con bajos ingresos tarda cuatro generaciones (120 años) en conseguir un nivel de renta medio. Hoy, los jóvenes, además de desempeñar empleos dentro del sector turístico —como camareros, sobre todo—, terminan trabajando como ***riders*** de alguna empresa tecnológica, como mozos de almacén para Amazon, como chóferes para Cabify o como empleadas del hogar a través de una nueva aplicación móvil, si es que no combinan diferentes trabajos puntuales online, con tal de terminar configurando un sueldo decente. La tecnología ha venido a dotar de ***glamour*** las condiciones de subordinación de toda la vida. La precariedad se viste de esmoquin en nuestros ***smartphones***.

El neocharnego no tiene ya ese silencio autoimpuesto que tenían las primeras generaciones y, tal como expone Mikel Aramburu, el trauma de la Guerra Civil y el de una emigración forzosa se esfumó con el salto generacional[12]. Es esta una emigración entregada a la ilusión o la resignación; una emigración emocional que no duda en hablar al respecto. Si antes se reprimían las emociones, aquí es el motor de la misma. El neocharnego sí habla de su origen, de su experiencia migratoria, de sus anhelos y frustraciones. Comparte y evalúa el resultado de su experiencia. La edad dorada de las redes sociales ha contribuido mucho a ello.

Un ejemplo de la influencia de las redes en el tema que nos ocupa lo encontramos en un vídeo en el que la ***youtuber*** Mel (@focusingvlogs) analiza la catalanofobia que perciben los andaluces desde edades muy tempranas y el contraste de estos prejuicios con la realidad que ella encontró cuando llegó a Cataluña[13]. Ese vídeo ha sido reproducido en más de 3.800.000 ocasiones.

¿Qué libro o estudio con un discurso así podría tener un alcance similar?

El neocharneguismo habla del proceso migratorio como un fenómeno global, no como experiencia particular del charnego. Ha entendido que los problemas se replican de similar manera por todo el mundo. Por eso, no es raro encontrarse con historias como la de Emilio, un ingeniero murciano de 33 años que, después de casi cuatro en Barcelona, nunca empleaba la palabra charnego en su vida cotidiana. Cuando estaba entre españoles se lo decían alguna vez, de broma, pero poco más. Nunca nadie se lo había dicho para ofenderle, y ni siquiera tenía claro si el término se refería solo a los hijos de los andaluces y extremeños de los sesenta o también al resto[14].

Y es que la autoconciencia es otro tema a debate. Hay miles de neocharnegos que no son conscientes de que lo son, lo cual entronca directamente con lo que tratamos en el anterior capítulo: El término charnego o se reapropia y se adapta a la nueva realidad del sujeto o muere por inanición. Nadie nutre un concepto escuálido que el tiempo haya dejado inane. Ninguno de los dos caminos, su resignificación o el olvido, parece una mala opción para el devenir charnego, pues sea cual sea, supondrá un triunfo sobre su sentido fundacional.

CAPÍTULO 3

VISITANDO A LORCA EN NOU BARRIS

> He visto que las cosas
> cuando buscan su curso encuentran su vacío
>
> Federico García Lorca

El paisaje del local muta según las actividades planificadas en el corcho de la entrada. El otro día no había eventos y parecía un sencillo bar de barrio, frecuentado por un grupo de mayores que reniega de sus casas. Hoy, que hay clases de sevillanas, tiene el aspecto propio de un centro social, está lleno de familias y en el bar hacen caja para compensar la falta de subvenciones de este año, el 70 por ciento menos de lo que recibían antaño, en tiempos del pujolismo.

Los precios, aun así, son de risa. Aquí viene gente trabajadora, con dos duros en el bolsillo. Me lo asegura Eugenio, que es el barman, relaciones públicas, voz grave del coro rociero y pinche cuando toca hacer el cocido el Día de Andalucía en la plaza de la Guineueta. Esta fecha está marcada en el calendario porque más de cinco mil personas se reúnen para celebrar esta caricatura en la que nos hemos convertido los andaluces en Cataluña.

Eugenio nació hace 78 años en Alcaracejos, un pueblo de la Sierra de Córdoba. En esos pueblos los niños les tiran piedras a los del pueblo vecino y así afianzan su identidad. Me lo contó una vez mi padre, que es del pueblo de al lado, Villanueva del Duque, apenas a diez kilómetros de distancia. Pero esas piedras no dañan la postal de la infancia. Eso sí, fueron tiempos duros, de estómagos vacíos, de buscavidas y picaresca generalizada. Eugenio es tan encantador que casi duele verlo en este mundo tan ruin, y uno entiende pronto que la bondad es su manera de exorcizar la nostalgia. “A los del pueblo de tu padre se les llama cuervos, no villanovenses, como dicen ellos. Los del mío, somos los bellota o belloteros”. Alcaracejos es el terreno donde

se crían los cerdos que proporcionan el jamón de bellota; probablemente el mejor jamón del mundo comenzó a elaborarse precisamente allí.

Federico, entre tanto, permanece enmarcado en lo alto, impasible, vigilando una herencia que hoy sería incapaz de reconocer. Él hubiera enriquecido todo esto con actos teatrales, clases de piano, recitales de poesía. Hoy, en el Centro Cultural García Lorca, las niñas que vienen de clase de sevillanas corren de un lado a otro como quienes juegan con un recuerdo que no les pertenece, mientras sus padres beben una cerveza social. La academia está a pleno funcionamiento. Supone la mayor fuente de ingresos para este tipo de centros, entregados felizmente al folclore popular.

El García Lorca de Nou Barris —un barrio periférico barcelonés— es uno de los centros andaluces más antiguos de Cataluña. Aquí se fundó la FECAC (Federación de Entidades Culturales Andaluzas en Cataluña), y de una escisión suya surgió otro centro mítico, el Manuel de Falla, a tan solo tres calles de distancia. Pero el García Lorca ya no forma parte de la FECAC ni sus miembros se hablan con los del Manuel de Falla, excepto cuando toca romería y hacen un simulacro de peregrinación conjunta. La religión, que tantas veces dividió a la humanidad, restituye en este caso la peor de las desavenencias. En las entrañas del centro, en el mismo espacio que sirve de escenario para las clases de sevillanas, hay una coqueta reproducción de la fachada del edificio donde vivió García Lorca. Incluso alberga una biblioteca en las profundidades el local. Allí los libros se aburren bajo una espesa capa de polvo.

Espero en la barra del bar la llegada del presidente. Parece haber olvidado nuestra cita; tal vez venga algo más tarde. Su ausencia es un guiño del destino invitándome a establecer contacto con los allí presentes. En Andalucía se tienden lazos en lo que dura un café. Un hombre recoge a su hija con el mono de trabajo aún puesto y la pintura decorando sus botas. Me saluda: "¿Qué hay?". Otro me pregunta directamente qué ando buscando. Tiene pinta de cantaor flamenco, aunque no lo es. "Estoy siguiendo el rastro

de los andaluces que vinieron a Cataluña", digo, y él me responde que vino hace casi treinta años; que lo tiene aquí todo pero que baja de vez en cuando a su pueblo. Que sigue echando de menos la tierra, pero que ya no va a volver. "¿Por qué no volver?", pregunto. "No lo sé, porque no".

Eugenio nos interrumpe con un CD en la mano. Es la grabación de siete canciones dedicadas a García Lorca que realizó con el coro rociero de la asociación hace trece años. Remarca: "La primera la he escrito yo".

Los españoles perdimos un andaluz ejemplar
que con su sabiduría lo tuvieron que matar,
lo tuvieron que matar porque luchaba y pedía para España libertad.
Esa bala traicionera que con su vida acabó
Federico García Lorca,
Fuente Vaqueros te llora y el mundo se estremeció.
Por reprochar la injusticia tú fuiste al paredón,
y derramando tu sangre nos diste una lección.
Con unidad y con vergüenza como andaluz y español.
Esa bala traicionera que con tu vida acabó,
Federico García Lorca,
Fuente Vaqueros te llora y el mundo se estremeció.
Tu pluma y tu pensamiento un tesoro nos dejó,
y ahora nos queda a nosotros conservarlo con amor,
conservarlo con amor "pa" que se sepa en el mundo
que tu muerte fue un error.
Desde tierras catalanas mi homenaje y mi canción
a ese vidente poeta que la muerte nos borró,
los libros se deshojaron y el teatro se cerró.
Esa bala traicionera que con tu vida acabó,
Federico García Lorca,
Fuente Vaqueros te llora y el mundo se estremeció.

Muerte de F. García Lorca

Lorca es el santo y seña de la institución, probablemente el andaluz más universal que existe. Aún muerto, está más vivo que todos nosotros. Se

estudia en las universidades de todo el mundo y no hay poeta en la tierra que sea capaz de negar su influencia. Paul Auster lo recitó en una biblioteca pública de Nueva York para conmemorar su nacimiento; Leonard Cohen lo ha llevado al terreno musical; Enrique Morente lo ***aflamencó*** y le dio un giro eléctrico junto a Lagartija Nick. Sin embargo, los socios del García Lorca no necesariamente son devotos de quien escribiera con ***Poeta en Nueva York***, uno de los cantos a la libertad más hermosos que la historia de la humanidad. Lorca es solo un pretexto, solo que, como pretexto, es el mejor de todos.

Y es que en esta asociación cultural se busca algo más que cultura. Se busca cobijo e identificación, paz y esperanza, volver a ser lo que fuimos. Venir aquí es sentir un pacto silencioso entre el pasado y el presente. Con otras palabras, me lo corrobora el presidente de la asociación en la oficina que ha abierto expresamente para mí, justo en la planta de arriba. Nos sentamos en una mesa de juntas. Aprovechando la coyuntura, la secretaria de la asociación le incita, de cuando a cuando, a firmar papeles que luego formarán parte de la contabilidad interna. Por extraño que parezca, soy el único andaluz presente. Él es de Salamanca y ella catalana. Pero sus respectivas parejas son andaluzas y eso les condujo a una identidad compartida.

Luego pienso que quizás ellos sientan más su andalucismo, o al menos el más obvio, el más palpable. Es mi segunda visita a un centro de estas características en cuatro años en Barcelona. Ellos llevan media vida haciéndolo. Al fin y al cabo, ¿qué tiene que ver la identidad con un trozo de tierra que fue lo primero que pisaste? Sentir una identidad colectiva entra en el terreno sentimental y no es atribuible al azar. Las identidades se construyen, no se sortean. Las dos personas que tengo enfrente, cuando decidieron amar a sus respectivas parejas andaluzas, decidieron, sin saberlo, amar a Andalucía. Según se mire, se trata una bendición o un drama.

Entre ellos se pasan papeles que tienen que ver con las cuotas. Se suele pagar cada semestre, me dicen. Cuatro euros por socio al mes y dos si estás

jubilado o en situación de desempleo. Muchas personas aportan las cuotas de un año en un solo pago. Otros se hacen los locos hasta que llega el aviso de la contable. Jubilados y parados merecen la misma consideración social, eso parecen haber acordado todos los estamentos. Son los tullidos de la sociedad moderna. Solo superados por los emigrantes extranjeros, que vendrían a ser los tetrapléjicos. En cualquier caso, de lo que se trata es de sobrevivir y aquí los unos y los otros se ayudan a hacerlo. El centro y los que acuden a él crean una relación de mutualismo. En Barcelona no es sencillo llevar al día a día. El ruido entre el dilema nacionalista, la caída del estado del bienestar y la masificación turística apenas deja hueco a un problema menor, la inadaptación de quien vino para encontrarse y al final ha quedado en tierra de nadie.

"Ha sido un año nefasto", dice el presidente cuando hablamos de las subvenciones. A su juicio, las entidades andaluzas procatalanistas reciben una subvención de una cuantía superior. Las españolistas, menos. No hay datos verificables en internet de esta aseveración. Tampoco datos que lo reprueben.

El centro cumple el retrato robot que me había imaginado. Una media de edad alta entre sus socios, tendencia innata a las celebraciones vinculadas a la religión (ofrenda a la Virgen, la Cruz de Mayo, la Romería del Rocío, etc.) y cierta facilidad para asociarse con centros de características similares. El único acto anual vinculado a la literatura, eso sí, se celebra a lo grande. El Certamen de Poesía Federico García Lorca cumplirá en 2020 su trigésimo novena edición.

El premio significa un pastel considerable: mil setecientos euros repartidos en varios galardones, nada desdeñables teniendo en cuenta la escalofriante crisis que atenaza la cultura. Su presidente se enorgullece del prestigio de su premio y de su eco internacional. Más que un sentido homenaje, parece la manera del centro de justificar su nombre. En el García Lorca, más que respirarse poesía, se respira una prosa vasta; el realismo

sucio de una sociedad atosigante. Su corazón es el ánimo y el carácter de su gente, humilde, generosa y cercana. Así me despiden después de media hora de charla.

Cruzo el umbral de la puerta y, caminando por Nou Barris, pienso que toda esa gente merece reconocimiento y que el legado que soportan no se puede verter por el retrete, cómplice del tiempo; un legado reconstruido en una vulgar caricatura de sus lugares de origen. Pero pienso al tiempo en quién soy yo para decir qué merecen o dejan de merecer, y que pudiera ser que ellos se sientan a gusto precisamente así, pasando el tiempo en un lugar que, a su manera, les recuerda a casa.

CAPÍTULO 4
REAPROPIACIÓN O MUERTE

—Que tú no eres charnego —me dice un amigo cuando le comento que me hallo en plena investigación para este libro.

—Que sí, ***joé***, que lo dice el diccionario.

—Pero ¿qué diccionario? A ver.

—Depende de a cuál te vayas, hay diversas definiciones.

—Pues ya te lo digo yo, tú no eres charnego. Y punto.

Existe un debate tan profundo como intermitente acerca del futuro del término charnego. Sufre picos de intensidad según el antojo de la actualidad mediática, que es, demasiadas veces, la actualidad política. Ni siquiera, como se desprende de la conversación con mi amigo, la autoridad vigente tiene autoridad sentimental.

Charnego es un concepto surgido del odio y de la xenofobia, y entienden algunos sectores de la sociedad catalana que se encuentra ya obsoleto, socialmente superado. Rescatarlo puede ser contraproducente, reavivar una polémica que no existe en el seno de la población, rescatar la xenofobia, hacerles el juego a quienes crearon el término.

Parece un hecho constatable que lo charnego pierde fuelle en su sentido despectivo, comenzando por lo más básico: desde 1717, Cataluña ha doblado cuatro veces su población[15]. Los demógrafos aseguran que la población en Cataluña ha aumentado más de un 350 por ciento en el pasado siglo. Si bien en 1901 se estimaba que la población total rondaba los dos millones de habitantes, el siglo XXI comenzaba con más de 6 millones. En 2018, la población se cifra ya en 7,6 millones.

No parece casual que la curva de crecimiento de la población catalana sea casi exacta a la curva de crecimiento andaluza.

El 70 por ciento de los catalanes procede de la emigración, luego lo más probable es que cualquier habitante de Cataluña tenga ascendencia foránea. Entre los 25 apellidos más comunes en Cataluña no hay ninguno de origen catalán[16]. Solo Vila (26) o Serra (34) aparecen en las primeras posiciones. Por tanto, esa idea de "todos somos charnegos" cobra sentido, como sentido cobra que la pureza en torno a un lugar de nacimiento sea, en el mundo de hoy, un concepto anacrónico. "En lo puro no hay futuro, la pureza está en la mezcla", cantaba Pau Donés con Jarabe de Palo allá por 2001. Y es cierto. Hace no demasiado tiempo un amigo que comentó que se hizo unas pruebas genéticas para determinar la procedencia de sus ancestros. El resultado fue que en su ADN había presencia de diferentes razas, provenientes de todos los continentes. Lo natural en el ser humano es mezclarse, no lo contrario.

El uso del término charnego con sentido peyorativo ha quedado relegado a un reducto burgués en su coto privado o algún exabrupto aislado en el que termina diciéndose más (o menos, según se mire) de quien lo pronuncia que de quien recibe la etiqueta.

También se ha transformado en un comodín que usan los profesionales de los partidos políticos, con el fin, en la mayoría de los casos, de emparentarse con la clase trabajadora. Es decir, lo charnego se utiliza, si acaso, como generador de afinidad. El último en hacerlo de forma significativa, Gabriel Rufián, lo hizo considerándose parte integrante del charneguismo. El diputado de Esquerra Republicana de Catalunya dijo en 2016 en sede parlamentaria: "Soy lo que ustedes llaman charnego e independentista. He aquí su derrota y he aquí nuestra victoria", aludiendo a que, a pesar de su procedencia de fuera de Cataluña, muchas personas optan por una ideología independentista debido al fracaso del Estado español y a la promesa de un nuevo país que emerge del independentismo. Aunque el mismo Rufián aseguró que la referencia al charnego se trató de una improvisación, lo cierto

es que esta alusión se rememora con frecuencia cuando se habla del parlamentario de Esquerra[17].

Pese a que la guerra de poder propia de la política ha reflotado el término a nivel mediático, su sentir transcurre en un universo paralelo, el de la cotidianeidad alejada de los focos, y será la gente la que finalmente acabe marcando su devenir. Lo demás será estruendoso, pero circunstancial, derivado de la excitación política del momento. La calle dictará sentencia.

Si estos años ha sido Rufián el último en trasladar el término a los medios en diversas entrevistas, el otro cénit del charneguismo mediático sucedió en 2006, cuando el por entonces ministro de Administraciones Públicas, Jordi Sevilla, expresaba al secretario general de Comisiones Obreras la posibilidad de que su compañero del Partido Socialista Catalán, José Montilla, fuera presidente de la Generalitat: "es cojonudo para mil cosas, pero es muy pronto para un charnego"[18]. La conversación fue captada por las cámaras de televisión y trajo al escaparate el término charnego. ¿Podía José Montilla, un charnego, ser ***president***? No solo podía, sino que lo fue, de 2006 hasta 2010. Su ejemplo sirvió de punto de partida del libro ***L'ascensor: l'arribada al poder dels altres catalans***[19], en el que se narraba la historia de éxito de los otros catalanes (en clara referencia al clásico de Francisco Candel, ***Els altres catalans***) que habían llegado a posiciones de poder o prestigio dentro de la sociedad catalana. El libro incidía en lo excepcional[20], presentándolo con naturalidad, y quizás por ello fue tan bien acogido por la sociedad catalana, pues el retrato enarbolado presentaba a Cataluña como una tierra diversa y rica en oportunidades, que a poco que hicieras un esfuerzo, escalabas en su pirámide social. La crisis le ha hecho un flaco favor al ensayo, que se lee ahora casi como un efluvio utópico.

El ascensor social catalán lleva una década paralizado, el técnico no llega a repararlo y para el futuro hay una amenaza de dejación de funciones. La desigualdad actúa hoy de forma cruenta, convirtiéndose en un hecho ya latente en nuestro relato colectivo. Las posiciones de poder en Cataluña

presentan una foto fija y casi todas sus figuras relevantes son catalanas de nacimiento. En diez años, no se ha movido un ápice.

Lo mismo les sucede a libros como ***Próxima estación, Cataluña***[21], que, si bien tiene momentos hermosos relacionados con la memoria sentimental del autor, se alinea con el discurso del pujolismo tardío (el prologuista es Josep Antoni Duran i Lleida), que comprendió que los charnegos eran una herramienta para llegar al poder y no un escollo, como creían hasta entonces. El discurso del libro presenta una historia que, pese a reconocer sus dificultades, relata una épica de integración y ascensión social que tiene más de excepción que de regla.

En Cataluña, desde hace unos años, los ricos son más ricos y los pobres son más pobres. La llegada a la tierra prometida no garantiza una mejora de las condiciones de vida. Pisos a precios abusivos, habitaciones a precios de vivienda, alto coste de los servicios básicos, transporte urbano de los más caros del país, patatas y tomates que valen su peso en oro, etcétera. La mayoría de charnegos que llegan hoy, como los que llegaron en su día, no consiguen escalar en el estrato social. Y son estas personas las que merecen más nuestra atención.

Brigitte Vasallo apuntó hacia este colectivo, a las personas que llegaron y albergan historias anónimas. La profesora y activista impulsó en 2019 el Festival Cultura Txarnega en Barcelona, que comisionaba junto a la asociación Emboscada Colectiva. Su pretensión era precisamente darle voz a las clases populares que vinieron de los lugares más recónditos de la península para establecerse de forma indefinida en Cataluña. La sola existencia del festival provocó una gran polémica en los medios catalanes y obligó a su cabeza visible a tomar distancia de la discusión, abandonando las redes sociales, donde era objeto de burla y críticas personales. Pero el debate que trajo a la palestra es el motivo principal de este capítulo.

Vasallo quería dar voz a cualquier persona que se reconociera como charnega y quisiera expresar su experiencia. Fue criticada porque no escribía

bien la palabra charnega, pues optó por ***txarnega*** para nominalizar el festival (que la activista calificó como parte del proceso de reapropiación)[22], cuestionada por "no ser realmente charnega" (porque se expresa en catalán y no en castellano) y porque su familia no procedía de las zonas españolas tradicionalmente charnegas. Se le acusó además de ridiculizar y minimizar la identidad charnega, de oportunista, de exhibicionista, de ansiar subvenciones, de farsante. La controversia fue muy significativa, pues provocó que desde los perfiles oficiales del Ayuntamiento se minimizara su impacto publicitario, debido a la cercanía de la campaña electoral. Nada peor que una discusión en un momento de extrema fragilidad. Sin embargo, el Festival de Cultura Txarnega fue un éxito de público y de participación.

En esencia, la propuesta no pudo ser más charnega, ya que era pura mezcla, pues la filósofa y activista catalana, que bien podía eludir esta semidentidad, decidió adoptarla con todas las consecuencias y debatir sobre ella, llegando a muchas personas que también sentían la necesidad de compartir sus sentimientos. El rescate y reapropiación del término, a la manera de la teoría ***queer*** (que a través de la resignificación del insulto original consiguió reafirmar que una opción sexual distinta es un derecho humano), no sentó muy bien a algunos sectores de la población catalana; principalmente, al independentismo.

Para su creadora, el debate tiene todo el sentido del mundo desde que se ha convertido en un término politizado[23]:

> Las personas charnegas hemos sido peones de los partidos políticos; cuando les interesa nos llevan de un lado a otro, intentan capitalizarnos. Hemos cargado con una especie de autovergüenza impuesta, pero en una sola generación estamos haciendo festivales de cultura y es algo para celebrar.
>
> Es un concepto negativo y categórico, pero si nos reapropiamos de la palabra y lo convertimos en un hecho festivo ya no pueden utilizarla contra nosotros. Yo soy charnega, ¡y qué!

Pero esa reapropiación no está tan clara. Muchos catalanes charnegos se sienten simplemente catalanes, y les sobra una etiqueta que ni han pedido ni se la están colgando en su día a día. Sectores del independentismo

consideran que el nacionalismo español lo usa para agrietar la sociedad catalana y tildar al independentismo de supremacista. A otros les recuerda un pasado que prefieren olvidar. Los nacionalistas españoles, en cambio, lo usan para visibilizar un supuesto supremacismo catalán, que excluye lo foráneo, aparta la diversidad y termina adoctrinando en pro de la causa independentista.

Paradójicamente, tanto los que acusan a un sector de la población catalana de emplear el término charnego peyorativamente como los que niegan su existencia y lo asocian a una manipulación mediática dirigida desde las élites centralistas del país, son los que más han escrito de ello los últimos años. Basta con echar un vistazo a los resultados en los buscadores digitales en torno a la palabra charnego, tras los cuales aparecen medios independentistas y antindependentistas en los primeros resultados, en plena batalla por la hegemonía de sus consignas.

Los charnegos que se pronuncian al respecto, en cambio, muestran un amplio abanico de sensibilidades. En algún momento he llegado a pensar que existen tantos charneguismos como charnegos, pues cada experiencia vital es una en sí misma, única e irreemplazable. Al fin y al cabo, cada ser humano es un rompecabezas de necesidades.

Durante el último año, la palabra charnego dio lugar a 2.520 resultados en Google, y la discusión en torno al término parece, cuanto menos, vigente. La cuestión identitaria y el conflicto de Cataluña con el Estado español reaviva, por otra parte, todo lo que se encuentra en su radar. Es casi imposible ver algún aspecto relacionado con la cultura catalana que no entre en los márgenes de una discusión que ha hecho mella en la convivencia y tardará décadas en resolverse.

Así, el charnego queda en muchas ocasiones atrapado en una guerra identitaria en clave de estados, fronteras y naciones, cuando la construcción de su yo se forja en relación al desplazamiento, su condición económica, el espacio que ocupa en las urbes o sus lazos afectivos. Lo que revela que hay

formas y formas de constituir una identidad. La del charnego, es hoy una identidad a menudo atrapada entre otras dos en guerra permanente, constituidas en clave patriótica. Pero es difícil pedirle el mismo nivel de patriotismo a quienes poco la patria hizo por ellos. Cuando no son apátridas, los charnegos llaman patria a la infancia, a la memoria o a su grupo de amigos; y si se vuelven hacia alguna bandera, lo hacen para abrazar sus recuerdos.

Antonio Madrid Pérez exponía en el blog de ***Mientras tanto***, en un artículo en el que entraba al trapo de la polémica desatada en torno al festival Cultura Txarnega, que la marca charnego no era más que otra etiqueta, y que incluso en aquellos usos que promueven el orgullo identitario, tenderían a la dogmatización de las identidades:

> El Festival charnego ha reivindicado el orgullo de ser charnego. Pretendía reaccionar contra el desprecio. Y lo hacía proponiendo un orgullo charneguil. Lo charnego como bandera. De nuevo las etiquetas, porque la etiqueta no deja de serlo porque se proponga hacer un uso afirmativo de la misma. Este orgullo charneguil ha sido presentado como una propuesta novedosa al querer aplicar la teoría queer a lo 'charnego'. De igual forma que la teoría queer reaccionó frente al uso peyorativo de términos como 'maricón', se ha propuesto el orgullo de ser 'charnego'. Creo que esta pretendida asimilación contiene errores. El movimiento queer ha sido un movimiento disidente, contrario a la ontologización de las identidades de género, por tanto, no propenso a apostar por las ficciones identitarias, ni por etiquetaciones como la de charnego. La transformación social, la emancipación, no se da necesariamente por cambiar una etiqueta por otra etiqueta. […] En mi opinión, el uso despectivo del término 'charnego' descalifica a quien lo utiliza al mostrar su voluntad de imposición, de desprecio cultural y clasista. Sin embargo, la alternativa no está en hacer bandera de lo charnego. Las etiquetas y las banderas se dan la mano. De hecho, el recurso a las banderas es una forma de etiquetar o de etiquetarse, es una forma de evitar el diálogo, de apelar al reduccionismo, al simplismo, a la identidad dogmatizada. Necesitamos más democracia, más riqueza cultural, más libertad responsable. Si se necesita una bandera, hagamos bandera de esto último[24].

Aurora Álvarez, del Ateneo Popular de Nou Barris, navegaba por esta misma línea, asegurando que no entendía la necesidad de poner sobre la mesa el tema charnego justo ahora que el término estaba superado. Añadía, además, que la cultura catalana sabía trabajar muy bien la cohesión a través

de la cultura y que, precisamente, recuperar este debate de nuevo era un error[25].

No es nueva esta antítesis discursiva del debate propuesto por Brigitte Vasallo. Dos años atrás, Marta Roqueta, periodista y especialista en estudios de género, ahondaba en ***El Nacional*** en algunos aspectos de esta reflexión, e incluso dudaba, desde el mismo título del artículo, "Soy charnega?", sobre si tenía sentido el término:

> Tampoco me siento identificada con la identidad charnega de los que utilizan el término para reivindicar su identidad. No estoy en contra. Pero he crecido en la Catalunya central, hablo catalán con mis familiares, hayan nacido donde hayan nacido, y mis padres tienen aquello que se dice profesiones liberales, no de las consideradas propias de las clases más humildes. Siempre me he preguntado, pues, qué hace el charneguismo, si la sangre o la cultura. Seguramente, como bien pasa con cómo vemos a la raza en la sociedad contemporánea, es un poco de cada.
>
> Por todo eso, siempre he oído que la apropiación del término charnego me dejaba en los márgenes. Lo cual es irónico, teniendo en cuenta que la identidad charnega pretende ser eso, una identidad marginal, en el sentido que habita la frontera. Para mí, cualquier intento de definirla circunscribiéndola a un relato determinado que cree una población tipo comporta el peligro de limitar el potencial transformador del término. También de invisibilizar las experiencias de muchos migrantes en Catalunya y, sobre todo, de sus hijos. Porque la constitución del charneguismo como una tercera identidad pura en su mezcla, fija y ancla la catalanidad y la castellanidad/españolidad. Decir que los charnegos no pertenecen a ningún sitio o que no son ni una cosa ni la otra es presuponer que los catalanes y los castellanos son de algún lugar. Que el lugar de uno no es el lugar del otro. Que hay catalanes y castellanos. Que podemos establecer claramente quiénes son catalanes y quiénes son castellanos. Que estas dos identidades, pues, son impermeables, no se pueden influenciar mutuamente sin crear esta tercera identidad que es el charneguismo[26].

Por otro lado, el periodista Ilya U. Topper entiende que en el charneguismo hay una reivindicación de clase, pero no una opresión identitaria. En su opinión, los charnegos no tuvieron a nadie que les predicara ponerse un velo, una mantilla o un sombrero jerezano. El símbolo que, si acaso, podría unirlos, era el puño levantado propio de la clase obrera. Si recibían una opresión, esa era la de clase social. Recoger su herencia, su memoria, su esfuerzo es merecedor de aplausos, pero querer llevarlos a una

carrera entre las "identidades de los oprimidos", no[27].

Entre lo negacionistas, es fácil reconocer dos tipologías mayoritarias, los que dudan que el término tenga sentido alguno en la sociedad actual (por desuso, por falta de fuerza, por envejecimiento), y los que estiman que resignificarlo le hace el juego a quienes lo crearon de manera despectiva.

Tienen estas opiniones un punto de encuentro. El charneguismo es historia y memoria, sí, pero no tiene sentido como nueva identidad en el siglo XXI. Sin embargo, parece obvio que los charnegos tienen un conjunto de rasgos o características propias, que les diferencia del resto y hay muchas otras personas que los reconocen como colectividad. ¿Por qué obviarlo?

Pese a sus detractores, que son un porcentaje muy significativo, cabría apelar a una razón pragmática, casi matemática; su función como contrapeso: el uso o desuso de la palabra charnego y su identidad adyacente lo marcarán finalmente las personas. Si no hay quien se refiera al término, este caerá en el olvido, pero mientras haya quienes lo usen a diario o quieran discutir sobre él, su legitimidad seguirá vigente y será pertinente y respetable. La autoridad para discutir sobre el charneguismo la tendrán las personas charnegas. Lo hagan dos personas o doscientas mil. Guste o no a quienes quieren defenestrarlo, hay muchos charnegos que recuerdan la palabra porque está cargada de significado para ellos, por eso aluden a la misma y hacen que sus rescoldos sigan latentes.

No hay que olvidar que la palabra charnego viene vinculada a la memoria sentimental de multitud de familias, que consideran que, una vez desposeído el término de su carga peyorativa, ahora forma parte de su propia historia. Lo que vivieron sus bisabuelos, abuelos o padres, o incluso lo que viven ellos mismos, constituyendo una forma de consanguineidad. Lo charnego como homenaje a la memoria.

Sin ir más lejos, en 2018, el bailaor de Hospitalet David Romero presentaba un espectáculo que denominó ***Charnego***, en el que bailaba sardanas a compás de tangos. El personaje principal de la obra es un andaluz

que se traslada a Cataluña en los años setenta. Al ser cuestionado al respecto del título de la obra, salió a relucir esa reapropiación a la que se refería Vasallo: "charnego es lo que soy, me siento identificado con esa palabra y para mí es positiva. Claro que soy consciente del momento político y social en el que la estoy usando, pero para mí eso está en segundo plano"[28].

"Tengo orgullo charnego, la mezcla es buena", manifestó hace unos años José Corbacho, el showman televisivo, en una entrevista. Porque ese orgullo está más extendido de lo que pensamos. Andreu Buenafuente, que compartiera otrora ***Late night*** con el mismo Corbacho, al hablar de su madre en el programa ***Els meus pares***, de Gemma Nierga, decía de ella que era "una mujer de posguerra, nacida en una época muy jodida. Ella es natural de Almería. Nosotros somos los charnegos por excelencia y a toda honra: genética andaluza y vida catalana".

Como "charnego a mucha honra" se define también una figura imprescindible del flamenco moderno, Miguel Poveda. El intérprete, nacido en Barcelona, considera "histéricos" a los que usan la palabra como algo despectivo. "En el barrio en el que yo crecí eran todos de fuera, y en los coches escuchabas rumba y copla. Y mi madre, aunque no es andaluza, está muy pegada a Córdoba, y mis abuelos y mis tíos eran mineros. Yo pasaba el tiempo también en las peñas andaluzas de Cataluña".

La ventaja, para muchas personalidades públicas que reconocen su condición charnega, está en la mezcla, en la riqueza que trae consigo la diversidad. En conocer al dedillo la receta del gazpacho y también la de los ***calçots***, como aseguraba el cantante Antonio Orozco, o en valorar y dar a conocer el extrarradio y todo su imaginario, como destacaba Ladilla Rusa, un grupo de tecno-rumba que reivindica el charneguismo en cuanto tienen un micrófono delante. Una mezcla que es otra manera de acercarse al mundo, tan fecunda que proporciona material suficiente para alimentar un diario ***online***, como hizo la periodista Rocío Niebla. Y de mezclas, nadie sabe más que los ***disc jockeys***. Porque sí, también existe una Dj Charnega, artista

multidisciplinar, cuyas selecciones eclécticas dan visibilidad a artistas poco conocidos.

No parece extraña la creación de una identidad cuando se trata de un tipo de emigración diferente a lo habitual. Mientras en la emigración exterior los españoles que se van a otros países conviven con la idea de regreso en el 80 por ciento de los casos, si hablamos de la emigración charnega, es justo al revés: el 80 por ciento de los andaluces, por ejemplo, no tiene intención de volver[29].

Todos estos pronunciamientos alineados en el tiempo no parecen casualidad. Como reconocía el escritor Joaquim Pisa en las páginas ***El Obrero***, lo charnego no es solo cuestión de un espacio de ubicación social, sino que hoy es "una fuerza magmática y desatada" que ha comenzado a reclamar un espacio cultural propio más allá de sus referentes clásicos[30]. Es decir, lo charnego ha desbordado a Marsé, a Vázquez Montalbán, a Mendoza o a Joan Manuel Serrat, e incluso a los que vinieron después, como Miguel Poveda o Mayte Martín, pues va actualizando sus figuras icónicas según pasa el tiempo, como cualquier fenómeno identitario. Probablemente, muchos de los charnegos que hoy reclaman su reconocimiento histórico, social y cultural ni lean estos autores ni escuchen esta música ni sientan que les haga falta. Lo charnego ha trascendido sus propios márgenes.

En conversación con la antropóloga y periodista andaluza Ana Burgos, esta hacía un apunte interesante en ese sentido, cuando barajaba la opción de desbordamiento del concepto original, refiriéndose a la posible asimilación del concepto charnego por otras nacionalidades más allá de los emigrantes de dentro del Estado español. Planteaba que, en el futuro, podríamos referirnos como charnegas a los hijos e hijas de personas procedentes de América Latina o de África, o de otros continentes o, incluso, del norte de Europa. Al tener una connotación muy marcada por las relaciones de poder que se establecen entre lo catalán y otros territorios más pobres, quizás pudiera verse plasmada ahí también la identidad charnega.

En esa misma línea reflexionaba el ensayista barcelonés Eloy Fernández Porta, cuya obra suele detenerse en el concepto de identidad, cuando me interesé por sus ideas al respecto del charneguismo. Me hizo llegar esta reflexión:

El término "charnego" se ha usado tradicionalmente para denominar una singularidad o alternidad en la miríada de las identidades catalanas, principalmente, aunque no únicamente, en la Cataluña Novísima. Esa alteridad se ha entendido de dos maneras genéricas: por una parte, como otredad enriquecedora y fundamental para el progreso del país (en la visión de Candel, o en la canción de Loquillo "Charnego"); por otra, como una peligrosa instancia de desnacionalización (en el sector xenófobo del catalanismo, que desarrolló una visión etnicista de la diferencia cultural y "racializó" al inmigrante). Creo que en el momento en que nos encontramos, aun cuando esta última visión sigue teniendo un peso, tiene más fuerza la primera. También me parece que la definición del "otro cultural" se ha ido modificando en relación con las oleadas de inmigración internacional y la industria turística, desplazándose desde el inmigrante interior (principalmente andaluz, murciano, castellano y, quizá en menor medida, gallego) hasta otras identidades, como el paquistaní y el ecuatoriano.

Esta realidad fue detectada por el escritor satírico Valero Sanmartí en un pasaje de su libro ***Jo [només] il.lumino la catalana terra***, en que se fija en un lugar público de recreo: los merenderos campestres. Él describe los de la zona norte de la ribera del Ebro, pero lo que cuenta me parece extrapolable a otros sitios. Describe cómo esos espacios, que, al menos desde los años sesenta, habían sido frecuentados por muchos charnegos (como muestra la tradición fotográfica documental que incluye a Xavier Miserachs y Xavier Ribas), hoy han sido abandonados por este sector de la población, y ocupados por inmigrantes latinoamericanos, sobre todo ecuatorianos y peruanos.

La copresencia de trabajadores inmigrantes internacionales y turistas ha dado lugar a una nueva dinámica de la alteridad, en la cual esta puede cambiar de posición en función de las circunstancias noticiables. El paquistaní en su pequeño supermercado puede encarnar el Otro, pero pasa a ser percibido como "uno del lugar" cuando un turista incívico aparece desnudo o borracho en su tienda, como captó en una fotografía Vicens Forner.

De este modo se ha ido dando un cambio en el imaginario étnico y político de los sujetos, de modo que en nuestros días y ciudades como la nuestra el cuerpo "sucio, ruidoso, incivilizado", que es el cuerpo imaginario de la xenofobia, ya no es ni el cuerpo del charnego, ni el del árabe, sino el de un viajero internacional lumpenproletario.

En definitiva, tanto en su reapropiación como en su transformación —conformando un nuevo sujeto o con su desaparición—, lo que suceda con el término charnego será un triunfo del charneguismo. Y más allá del charneguismo, de la clase obrera migrante. Los buscavidas de la historia

reciente de Cataluña dejaron un legado de conquistas y un mundo abocetado para su descendencia. Crearon su propio espacio, lo dotaron de significado propio y se ganaron un futuro en libertad, dejando un sendero para los migrantes que llegan detrás.

En su día, vinieron despojados de todo, con una mano delante y otra detrás, y entre esas generaciones de los veinte y los cincuenta, y estas generaciones precarias de ahora, conquistaron un futuro, levantaron ladrillo a ladrillo sus ciudades, se dotaron de derechos y terminaron superando la etiqueta incómoda que la historia les había reservado, dando la razón a aquellos que aseguran que, como dijo Allende, "la historia es nuestra y la escriben los pueblos"[31].

CAPÍTULO 5
PSICOLOGÍA CHARNEGA

No sé en qué momento comencé a preguntarme por la autoconciencia charnega, si hay, o no, un grupo reconociéndose como tal y si yo mismo lo hacía. Está claro que, teniendo en cuenta el número de personas susceptibles de pertenecer al grupo, existe ***quorum*** para pensar en una colectividad. Pero también es cierto que solo tendrá sentido si se aspira a ese reconocimiento. Y eso ya es otro cantar.

Hace décadas, cuando la peor consideración del término estaba vigente, bastaba con que una persona te señalara para ser considerado charnego. Hoy implica al sujeto sí o sí. A medida que la acepción peyorativa pierde fuelle, solo el elemento autoconsciente puede mantener el término con vida.

Como colectivo que alude a miles de personas de diferentes procedencias, no hay una respuesta exacta a la cuestión de la autoconciencia. Ni siquiera un acuerdo sobre si esta es positiva.

La conciencia charnega en ocasiones la viven más desde fuera que desde dentro. Están más preocupadas otras personas de los charnegos, de dónde y cómo situarlos, que los propios charnegos. Es lógico, al charnego siempre le preocuparon temas que otros ya tenían resueltos: las cosas del comer, la vivienda, mantener los lazos familiares, el precio de los alquileres, la capacidad de procurarse un futuro laboral. Y tampoco ha cambiado mucho el cuento. Pero cuando el sujeto político ha podido concentrar capacidad transformadora, cuando se ha convertido a la vez en un riesgo y una oportunidad, entonces muchas voces han querido acercarse a conocer y reconocer su particularidad. Políticos, agentes económicos, empresas, organizaciones, etcétera. Sea como fuere, no serán ellos quienes marquen el

devenir de los acontecimientos.

La autoconciencia pues, dependerá de la experiencia personal, y la experiencia de una amalgama de factores de muy diversa índole.

Entre los charnegos, hay diferentes intensidades en cuanto a la morriña por la tierra, un amplio espectro en este sentido. Hay quienes llegaron siendo niños y no sienten vínculo alguno con su tierra; quienes no han podido desprenderse del recuerdo de la infancia y sienten una fuerte conexión afectiva con su tierra de origen; quienes vuelven varias veces al año, y quienes no lo hacen nunca por la ausencia de lazos familiares con el origen, pero siguen sentimentalmente vinculados a su tierra. En ese sentido, no hay elemento vertebrador con el lugar de origen, sino más bien con el lugar de destino.

Es la experiencia en el destino lo que más une al charneguismo, el vínculo común del desarraigo y el afincamiento en el lugar escogido para vivir. Todos han pasado por un proceso adaptativo. La mayoría fueron a parar a los barrios humildes de la ciudad, buscaban una oportunidad laboral, venían sin grandes ahorros; la mayoría buscaron y encontraron una manera de vivir, o por lo menos, de subsistir.

El charnego que intenta mantener el vínculo con su tierra, es decir, vivir su tierra desde fuera, lo tiene crudo. Es imposible vivir la tierra donde no estás. Puedes leer los medios de la ciudad, mantener el contacto con sus actores significativos, puedes escribir sobre ella, puedes sentirla en tu fuero interno, pero no puedes vivirla si no pisas su tierra, hueles sus calles, escuchas los dejes de sus gentes, frecuentas sus bares, sus fiestas, su idiosincrasia. Los charnegos que más tardan en asumir que ser charnego es vivir otra realidad social muy diferente de la de origen viven presos de una nostalgia eterna.

A menudo al charnego veterano no le gusta que le hurguen en la memoria. No porque no albergue buenos momentos, sino por pura incomodidad. La indagación le conduce al trauma de la pobreza, del exilio, a un pasado que se

va difuminando como se nos desvanece el primer beso, a una ruptura con el núcleo familiar, a la certeza de que nunca volverán los pastos verdes de la infancia. Con el tiempo algunos se camuflan como parte de la sociedad que les ha tocado vivir y otros siguen nostálgicos, aludiendo de tanto en tanto a sus orígenes. Saben de dónde proceden, dónde están y la etiqueta que le asignaron en el pasado. Y saben también que con el tiempo esa conexión se está desintegrando. Es un drama antiquísimo, el del inmigrante de primera generación que ve cómo se pierden sus raíces.

Lo comprobé en una visita a un centro social de mayores de El Prat de Llobregat, hace ya algunos años. Allí conviven militares ya retirados —que llegaron a Cataluña cuando, a principios del siglo pasado, El Prat era un aeropuerto comercial y militar—, con antiguos operarios de fábrica o jornaleros que han pasado toda su vida en la ciudad. Todos conviven jugando al dominó, los dados o el billar en una extraña armonía. De las camisas impolutas y las pulseras con la bandera de España a las calzonas a media rodilla y los tatuajes del Che Guevara. Cuando intenté entrevistarlos y pasar del contexto histórico al ámbito personal, me topé con la desconfianza y la parquedad en palabras. Pocas veces se habían interesado por ellos. Los pocos que accedieron a contarme sus relatos tenían muy presente que, aunque recordaban bien su lugar de procedencia, ese lugar como tal ya no existía. Era un oasis en la memoria. A medida que se va borrando esa vieja fotografía, el charnego deja de ser un hombre entre dos tierras. Y eso les deja un solo lugar en el mundo: su lugar de residencia.

La autoconciencia en generaciones más jóvenes es mucho más reivindicativa, quizás porque son conscientes de las dificultades que tuvieron sus antepasados y buscan una reparación histórica o, quizás, porque viven la realidad con una mayor politización. Las principales voces que reivindican una reapropiación vienen de aquí.

Respecto a reapropiación, una conversación con el periodista argentino Gabriel Montali me resultó reveladora; me decía que podría ser una trampa,

que esa toma de autoconciencia podía, sin pretenderlo, hacerle el juego al poder.

En su opinión resulta imposible despegar al charnego del relato original creado en un ejercicio de poder. La cultura de un país es una ficción que nos condiciona la vida e igual que él era un argentino católico en el marco de una sociedad neoliberal, el charnego tenía su propia jaula. La sola voluntad no nos hace libres, las marcas de la sociedad en la que nos formamos están ahí. La idea de positivizar el estigma probablemente sea bienintencionada, pero convertirla en un acto real de resistencia es cuestionable. Es lo que llamó Bourdieu ***La paradoja del dominado***. Decía Montali: "si yo, como argentino, vivo en España al grito de 'soy sudaca, manga de colonialistas culosrotos', y salgo a la noche a patear botes de basura y a mear en la vereda, ¿estoy resistiendo? ¿No será que al reafirmarme en el lugar que el poder asigna para mí, en realidad me estoy sometiendo?".

CAPÍTULO 6
¿QUÉ SERÁ DE MÍ LEJOS DE CASA?

A veces fantaseo con qué será de mí dentro de quince años. Qué le contaría ese tipo al que ahora soy. ¿Le pediría perdón? ¿Le diría que espabilara?

Si llego, tendré cincuenta y, en condiciones normales, habré vivido en Cataluña más de la mitad de mi vida. Eso les sucedía a los charnegos del siglo XX cuando llegaban a la edad que yo tengo ahora. Nuestro ciclo vital es más amplio, muy a nuestro pesar, y nos gustaría presentarnos en los cuarenta con la vida encaminada y no haciendo equilibrismo para cuadrar las cuentas a fin de mes.

En una década ya habré residido tanto tiempo en Cataluña como en Andalucía; año arriba o año abajo, unos veinte años. Lo que quiere decir que existirán dos espacios físicos igual de importantes en mi vida. No sé si esta población envejecida de las grandes ciudades, marcada por la precariedad, donde se tiene casa propia a los treinta y cinco y descendencia a los cuarenta podrá competir con el idílico recuerdo de la infancia, el despertar sexual de la adolescencia y las dudas existenciales de la veintena.

Pero de alguna manera la última década ha sido también la más importante de mi vida, y eso es un gran contrapeso. Estudié un máster en Literatura, me formé en periodismo narrativo y comencé a escribir libros, lo que siempre sentí que era mi vocación. Aquí me he hecho charnego y turista, vecino y migrante, escritor y currante, amante y marido, persona y personaje.

En diez años más, ¿me sentiré de alguna tierra o en tierra de nadie, como esos charnegos que deambulan por Cataluña creyendo que la patria y la bandera no son más que un cuento que nunca hizo nada por nadie? ¿Habrá

un Josep y una Laia corriendo por el barrio de Sants? ¿Viviré en un chalet con jardín en El Maresme? ¿Me iré al extranjero? ¿Volveré a Andalucía? ¿U optaré por una tercera vía, una especie de retiro dorado después de vivir el vértigo de la metrópolis? ¿Qué escribirán de nosotros los que vengan de fuera?

Me pregunto también si este tipo de preguntas las tenían los charnegos de entonces. Sospecho que no, que vivían en presente continuo, en una dulce huida hacia delante. Los que he tenido oportunidad de entrevistar nunca se tomaron muy en serio el tema identitario, rechazan esa diatriba. Y en el aspecto histórico, los que hemos venido detrás hemos sido lo más interesados en poner en valor sus logros. Pero ellos ni sacaban pecho ni falta que les hacía. Tenían un máster en supervivencia.

Puede que esa inconsciencia, o simple humildad, les concediera la posibilidad de hacer todo lo que hicieron. El derecho de permanencia, el de formar parte, el de mirar de igual a igual. Como decía Jean Cocteau, "lo hicieron porque no sabían que era imposible".

Ahora hasta recibo nuevos charnegos, los que vinieron cuando la crisis ya es algo más que una nueva realidad: el estado habitual de las cosas.

CAPÍTULO 7
¡TAXI!

Hay un gremio especialmente ligado a los andaluces que viven en las grandes urbes catalanas: los taxistas.

Cuando el dios de los emigrantes andaluces decidió el asunto de la ocupación laboral en suelo urbano (la gran mayoría acabó trabajando en el ámbito rural o industrial) —y con ello, el efecto eco que produciría—, no eligió hacerles funcionarios públicos ni policías ni dueños de talleres mecánicos, ni les encaminó a vender electrodomésticos. Eligió que su trabajo fuera el de taxista. Quizás porque en el eterno vaivén de Barcelona un coche es una pieza fácil de engranar.

Esta realidad dota al cronista de una gran ventaja: no precisa de una gran investigación para acceder al sujeto. Basta con subir a un taxi y el porcentaje de chófer andaluz o con familia andaluza crece respecto a la calle. El taxista andaluz es como un perro policía, te rodea, te aborda, te olfatea y, finalmente, te descubre. A continuación, con tremenda naturalidad, entrega su pasado, su juicio y su verdad. Lo cierto es que son muy generosos.

"¿Tú gallego no eres, ¿verdad?". La conexión entre andaluces y gallegos se produce de forma tan instintiva como difícil de explicar. Nos unen tantas cosas como kilómetros nos separan. Las dos comunidades son periféricas, las dos tienen un acento característico, a las dos las baña un océano, las dos tienen una idiosincrasia que encanta a los visitantes, las dos tienen raíces ancestrales como pueblo y, en las dos, su belleza parece una encerrona para que nunca salgas de ahí. La contraposición, en este caso, sirve para señalarte: eres andaluz. Con la misma sencillez con la que se pronuncia la pregunta te

cae el peso muerto de una tradición de tópicos. Eres vago, cachondo mental, sabes contar chistes, te gustan las mujeres y el vino, sabes tocar las palmas, no tienes miedo a emigrar, eres valiente, decidido, infiel, pícaro, aprovechado y muchas otras cosas de las que quisieras librarte y en la que te sientes reflejado en mayor o menor medida.

En Cataluña no es raro que el acento jerezano se confunda con el sevillano, e incluso hay quién utiliza el argot propio de la capital andaluza para tender un puente de complicidad entre nosotros, insertando un forzado ***mi alma*** en la conversación, un ***pisha*** más falso que las camisetas de Messi que venden en las ramblas, o un ***ojú chiquillo*** traído del fondo de armario. Al menos, los taxistas andaluces, veteranos en estas lides, presentan un mayor tino: "¿Eres de El Puerto de Santa María? ¿De Cádiz, no? ¿Naciste en San Roque?". "No, soy de Jerez", contesto. "Buena tierra", responden. Y los más atrevidos: "Tierra de vino, motos y buenas mujeres".

El siguiente paso, tras averiguar tu procedencia, es establecer un nexo de unión. Es un fenómeno universal: lo primero que hacen dos extraños que se encuentran es buscar nexos comunes. Y así, te encuentras de todo: "Nací en Jaén". "Mis padres son de San Fernando". "Mi abuelo era de un pueblecito de la Sierra Norte de Sevilla". "Toda la familia de mi padre es de Motril". "Veraneo en Isla Cristina". "Escucho mucho a Camarón". "Una vez vi el Barça jugar contra el Betis en el Camp Nou". "Me gusta el gazpacho"… "¿Ah sí? —digo—. Qué bien". Y a partir de aquí la conversación deriva hacia dos terrenos, el de la nostalgia ("¡Qué maravilla de infancia" o "Como ahí, no se vive en ningún lado", que es la versión maquillada de "Sois pobres, pero felices") o el del negro, negrísimo presente: "Mucho paro allí, ¿no?".

En ese punto, la conversación ya es ineludible. Desde el principal problema de España, perfectamente ejemplificado en Andalucía (entre el 35 y el 45 por ciento de paro, según la provincia), hasta la visión andaluza del catalanismo, el desastre de clase política que nos gobierna, la desfachatez de los bancos o el carácter alegre y jovial de los que nacieron de Despeñaperros

hacia abajo. Si se puede atizar a un enemigo común, mejor. Si no, se trata de celebrar la vida.

Y lo confieso, nunca he conectado con el gremio. Me pasa como en la peluquería, cuando me dan conversación: preferiría no hacerlo. Muchas veces, su contador es el cronómetro de mi paciencia. Cuando supera los doce euros en un trayecto que sé que cuesta ocho, ya ando con la mosca detrás de la oreja. Soy muy exigente con el servicio: me gusta que lleven incorporado el GPS y usen las aplicaciones que les señalan las calles con el tráfico más fluido de la ciudad. Me molesta que me pregunten por qué ruta prefiero circular. Me mosquea que vayan atendiendo al WhatsApp en los semáforos o hablando con el "manos libres" mientras conducen. Incluso en el conflicto gremial que mantienen con Uber y Cabify, pese a que sé de las maniobras de las tecnológicas por evadir impuestos y acceder a mano de obra barata, tiendo a reprochar al taxi su falta de modernidad. Soy un ser, en ocasiones, profundamente contradictorio. Con los años, he aprendido a vivir con ello.

Tampoco soy el usuario ejemplar, cómo negarlo. Hablo poco, soy tajante, casi siempre estoy leyendo y, a veces, no me pongo cinturón. Reconozco que, en ocasiones, he sospechado de ellos sin motivo. Somos, en fin, el aceite y el agua de la gran urbe.

Pese a todo, si el taxista opta por entablar una conversación, lleva lustros de ventaja. La experiencia siempre juega a su favor. Ha visto y oído mil veces lo que tú. Ha sorteado cientos de conversaciones embarazosas, ha dejado gente en la calle, ha conducido para famosos, para drogadictos, ha sufrido atracos y tratado con pasajeros de todo tipo y condición. Pocos espacios hay tan diversos como el asiento trasero de un taxi.

En eso pienso cuando me subo de nuevo a un taxi y de nuevo me encuentro con un compatriota. Recuerdo en una ocasión:

—¿A dónde vas?

—A la Plaça de Sanllehy.

—Disculpa, ¿podrías indicarme? Llevo apenas una semana aquí.

—Sí, claro. ¿Sabes cuál es la avenida Príncipe de Asturias? Tómala y luego conectas con Travessera de Dalt. Después sigue recto y al final te indicaré.

—Eres andaluz, ¿verdad?

—Sí, lo soy —confieso.

Y cuando ya voy preparándome para la retahíla de preguntas habituales, sucede otra cosa bien diferente. Él me mira y siente la necesidad de justificarse. Veo en sus ojos un sucedáneo de la bondad. También, de indefensión, de camaradería; de la triste huella de la incertidumbre. Acaba de llegar aquí y lo ha hecho por amor, me cuenta. Una catalana que lo tiene encandilado hasta el punto de que ha abandonado su Sevilla del alma. No lo pensó mucho: de una semana para otra surgió la oportunidad, hizo el petate y se vino. Ahora anda "más perdido que un pulpo en un garaje", dice con sorna. Los andaluces vemos en el drama una ventana a la comedia. Lo suyo es un caso antagónico a lo sucedido en las emigraciones andaluzas del siglo XX. Entonces, el amor se perdía en el horizonte, entre azada y azada, cuando el sol bajaba buscando la oscuridad.

"Pero tratan muy mal aquí a los andaluces, ¿no?". "No, por supuesto que no", digo. Y salto como un resorte, casi ofendido, en una reacción sorpresiva incluso para mí. Le explico que todo es como una gran función de títeres, que a nuestros titiriteros, a su vez, los manejan otros intereses, y que cuando note un hilo tirando de su espalda, lo mejor es que tenga a mano unas tijeras. Le cuento que aquí se vive en concordia y que en estos años solo puedo hablar bien de quienes se han cruzado en mi camino. Pero al final le aviso: "está lo que viva y desviva uno". "Si me sale mal la historia, seguramente odie Barcelona", contesta, y vuelve a sonreír. El amor como barómetro vital, como impulso y como freno, como el viento que guía la existencia.

Tienes que armarte de paciencia, construir tu espacio y ser consciente de que pocas cosas son iguales a como te las habían contado, pero precisamente en la diferencia puede que resida el encanto, la dicha de vivir aquí. Le digo

algo parecido y me veo a mí mismo haciendo pedagogía del emigrante, como si repitiera un discurso que no es mío, sino el acumulado de muchos otros que ya pasaron por lo mismo.

De repente, me hallo liberado, como nunca antes con un taxista. Hay complicidades inesperadas que acaban con sólidas convicciones. Mis palabras se atropellan en un discurso optimista y reparador. Quizás no hasta el punto que yo hubiera querido, pero el nuevo emigrante me comprende. Puede que, en el fondo, no le hicieran falta las palabras, sino el tono, el aliento, el ánimo de seguir. Para el recién llegado, cualquier gesto adquiere una consideración suprema. A la puerta del taxi, me agradece el trayecto y perdona los veinte céntimos de un pico que debería abonar. Lo acepto como testigo de una tradición, la del emigrante experimentado que ayuda al novato.

Me pregunto si repetirá él este mismo discurso, dentro de cinco años, a algún cliente que, con la única compañía de una maleta, inicie su aventura en Cataluña.

CAPÍTULO 8
LA LENGUA

Si ha habido históricamente un elemento "descharneguizador" de cara al exterior, ese es la lengua. La cultura catalana se articula, en gran medida, en función de la lengua. No es nada nuevo, ya lo decía la frase que han atribuido a Fernando Pessoa o Juan Gelman, entre otros: "mi patria es mi lengua". Unamuno se expresó en la misma línea: "la sangre de mi espíritu es mi lengua, y mi patria es allí donde resuene soberano su verbo".

Hay muchos rasgos distintivos en la cultura catalana: la gastronomía, el paisaje, el clima, las diferentes expresiones artísticas, la unión de las personas con el medio, las costumbres, la música, los castelleres… pero no hay nada tan singular como su lengua, eje vertebrador de su idiosincrasia.

El catalán es un elemento esencial para definir la personalidad catalana y un instrumento abrumadoramente socializador. Los catalanes están muy orgullosos de su lengua, de la historia de resistencia que tiene detrás, de su perdurabilidad y su fuerza. Reúne parte de sus propias características como pueblo. Es el catalán una lengua singular: suena a francés y a español, pero también a italiano e incluso a portugués. Tiene un sinfín de dichos y diretes que forman parte de su día a día. Es preciosa la tradición oral catalana, la cual siempre puede sorprenderte con un giro desconocido.

En los inicios del charneguismo, la lengua se usaba como elemento de medición, y el grado de charnego dependía del dominio del idioma: a menor uso del catalán, más charneguismo, y viceversa. Según Montserrat Clua, el término mantenía una perspectiva excluyente, pues se aplicaba para hacer referencia a aquellos que "no eran catalanes" porque no habían querido

adaptarse a la tierra de acogida, puesto que el uso de la lengua se interpretaba como una opción personal y consciente del sujeto, que reflejaba su voluntad real de integración[32].

También hay quienes aseguran que la lengua era usada como herramienta de ascenso social. Se refería a ello Jesús Royo Arpón y lo entroncaba con un concepto del que hablaré más tarde largo y tendido, el del charnego agradecido:

> El charnego agradecido adopta el catalán, quizá abomina del castellano, y a menudo es el más catalanista de la cuadrilla. Este ritual representa su aceptación del sistema de reparto del poder en Cataluña: o sea, la retención del poder a favor de sus actuales propietarios, simbolizados por la etiqueta-semáforo de la lengua que hablan. El charnego agradecido acepta y ratifica el principio de "puix parla en català, Déu li don el poder". Y el poder ya se encarga de premiar al charnego agradecido: en la fábrica pasará a ser el encargado, en el PSC podrá ser alcalde de un pueblo del cinturón, o dentro de CIU, podrá llegar a ser cabeza de lista "de comarcas" [33].

Si bien en la segunda mitad del siglo XX el uso —o no— del catalán podía etiquetarte como charnego, y el uso del idioma eliminaba todo lo que terminara generando un halo despectivo, hay voces que aseguran que esto ha cambiado desde hace ya algunos años. El hecho de que existan infinidad de charnegos catalanohablantes parece corroborarlo. Hoy se es charnego de forma independiente al idioma que use a diario.

Javier Pérez Andújar señaló en 2002 que el charnego ya no se definía por el idioma, sino por el ámbito social. En este sentido, Andújar aludía al término de charnego casi como un elemento de desapego de las élites y, por tanto, alejado de cualquier tipo de servidumbre: "Yo soy charnego, ser charnego consiste en que no eres pariente de nadie ni has estudiado con nadie. No perteneces a la casta del Mandarinato [que es]". Y sobre el Mandarinato sigue: "Es la cultura. No es tanto el pensamiento único como el pensamiento obediente. Mi charneguismo me proporciona independencia. No debo nada a nadie"[34].

Es curioso cómo cambia la historia. De ser usado el concepto como elemento diferenciador por parte de las élites a verse transformado en

elemento identitario de clase. Como quien le da la vuelta a un calcetín.

En cualquier caso, respecto al uso de la lengua, tomar la parte por el todo es, casi siempre, un error. La lengua catalana no es clasista, ninguna lengua lo es en sí misma. Las lenguas, sencillamente, se hablan. Lo que es clasista es el uso que algunas personas que encarnan a una minoría ruidosa le han dado a nivel social.

La lengua catalana, más bien, es integradora. Hay multitud de opciones de aprenderla. Consorcios, entidades, asociaciones, vecindades, todas usan el catalán como forma de tender puentes. Tiene, digamos, voluntad socializadora. Los catalanes agradecen sobremanera que el esfuerzo por aprender el idioma, y lo cierto es que a partir del catalán se pueden establecer vínculos sociales de lo más variopinto.

Pese a que algunos fundamentalistas entienden la lengua como un símbolo de pureza, sus manifestaciones suelen ser interpretadas con vergüenza y estupor por parte de la mayoría social.

Un ejemplo. Se hizo célebre un vídeo de diciembre de 2018, donde un exaltado interrumpió a Joan Manuel Serrat durante un concierto en el que conmemoraba el disco ***Mediterráneo***, con el fin de exigirle que cantara en catalán: "Canta en català, que estem a Barcelona!", le espetó. Lo hacía en un emplazamiento mítico, en el Auditori del Fòrum de la Ciudad Condal. Joan Manuel Serrat, que para tantas generaciones simbolizaba la apertura internacional hacia el catalán y hacia Cataluña, quien se recorriera el mundo con canciones míticas como ***Paraules de amor***, ***Pare*** o ***Canço de Matinada***, era cuestionado por el idioma con el que estaba cantando sus antiguas canciones. A buen seguro, algo que la misma persona no reprocharía a un catalán sería que cantara en inglés o a un inglés que cantara en catalán.

"Sé perfectamente que estoy en Barcelona, seguramente lo sepa antes que usted", contestó Serrat con contundencia. "Y desde antes que usted, estoy trabajando por hacer cosas en esta ciudad, así que le pido que me deje hacer mi espectáculo". Serrat concluyó asegurando que era la primera vez "después

de girar por todo el mundo" que le hacían este tipo de recriminación[35].

La vergüenza ajena de quienes presenciaron el episodio fue monumental. Y lo fue porque pocos comparten ya ese uso separatista del lenguaje.

La lengua catalana es una oportunidad y no una barrera. Y es absurdo catalogar como elemento disgregador a una lengua que convive con absoluta normalidad con otras lenguas en toda Cataluña. Hasta casi trescientas se encuentran conviviendo aquí en armonía. Nunca el catalán dijo a una lengua "vete". ¿Cómo iba a hacerlo si la lengua catalana fue "invitada" a irse por el capricho de la historia?

El catalán evoca a una música a través la cual puede conocerse toda la historia de un pueblo, sus costumbres, su tradición oral, sus leyendas, sus virtudes, también sus miserias.

Aquellos que usan la lengua como elemento de conflicto hacen un flaco favor al catalán. Quienes usan el catalán como barrera y no como puerta, quienes lo ven como un elemento de segregación, de filtro, de garantía de pureza, se emparentan más con los discursos de Pujol o Sabino Arana que con el catalán universal de Serrat.

Pero por más que ruido que hagan, no disminuirán la fortaleza de la lengua ni de la cultura catalana, enraizada como ninguna otra cosa al territorio y al día a día de Cataluña, ni marcarán el destino de una lengua que siempre tuvo sentido en convivencia.

CAPÍTULO 9

HABLA ANDALUZA, CLASISMO Y APOROFOBIA

"Un idioma es un dialecto con ejército". Esta frase se le atribuye a Max Weinreich, lingüista norteamericano. No está demostrado que sea esta la procedencia, pero sirve de igual manera como punto de partida para reflexionar acerca del habla andaluza, su percepción pública, su escasa defensa institucional y su repudio o mofa en buena parte del Estado español. Y se puede ampliar al acento murciano, canario o gallego, pero vamos a centrarnos en el andaluz, quizás el que mejor ejemplifica la diferencia de prestigio entre unas hablas y otras.

El habla andaluza se encuentra estigmatizada en el resto del país. No es ninguna novedad, y no son pocas las personas que se refieren a ella como un habla propia de personas incultas, asociándola implícita y explícitamente a la pobreza, la marginalidad y la falta de cultura. El concepto más repetido: catetos. Una conclusión, cuanto menos, clasista.

Sin el triunvirato formado por el poder político, medios de comunicación e instituciones educativas jugando un papel pedagógico, el habla se encuentra abandonada a su suerte. Existe así, volátil, sin agarraderas, con el sustento inconsciente de los pueblos y de sus gentes.

Su presencia mediática es reducida. La forma de hablar de los actores, presentadores de televisión, locutores de radio, etc., muta en cuanto ven una cámara delante. Pasan a una versión castellanizada en su manera de hablar, muy alejada de su habla natural. El motivo es simple: goza de mayor aceptación social.

Hace no mucho, llamaba la atención en las redes sociales un anuncio en el que una escuela de actores sevillana impartía clases para conseguir perder

tu acento y hablar de manera "correcta". Era una de tantas señales. Los pocos papeles de habla andaluza en las ficciones refieren a personajes de baja estofa. Ladrones, presidiarios, personas en los márgenes o trabajadores de clase baja, en su mayoría.

A algunos televidentes españoles les fascina el acento de los personajes de ***The Wire***, ***Peaky Blinders*** o ***Broadchurch***, pero cuando la serie ***La Peste***, de Alberto Rodríguez y Rafael Cobos, recreaba los ambientes más sórdidos de la Sevilla del siglo XVI, fruncieron el ceño. El acento de sus personajes les sacaba de la acción y era inentendible. Era acento de las clases bajas del sur.

Es frecuente encontrar todo tipo de mofas asociadas a los andaluces cuando se trata de su habla y de su propio carácter. Los andaluces somos vagos y por eso nos comemos sílabas o palabras enteras. Este argumento, de consistencia pobre a nivel lingüístico, se repite tanto que asusta, y ha calado hasta el tuétano en una sociedad donde el estereotipo andaluz nubla las más respetables conciencias. Desde el ***seny*** catalán hasta la progresía madrileña, pasando por la ría bilbaína o algunas regiones de Andalucía, pocos se libran de esta posición de superioridad. Precisamente porque desde espacios y personalidades de la supuesta "alta cultura" se le ha dado pábulo a este discurso.

Ya Ortega y Gasset decía en su ***Teoría de Andalucía*** que la actitud del hombre andaluz era "hedonista", "perezosa" y "holgazana" y que "en vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia". También aseguraba que los andaluces dejaban de ser andaluces fuera de Andalucía porque "ser andaluz es convivir con la tierra andaluza, responder a sus gracias cósmicas, ser dócil a sus inspiraciones atmosféricas".

Incluso en ***Els altres catalans***, su autor Francisco Candel, al que se suponía gran sensibilidad con la gente proveniente de otras tierras, se pronunciaba de manera despectiva: "El inmigrante, sobre todo el del sur,

tampoco viene adherido fielmente a una lengua, y apenas a unas tradiciones, solo a un folclore. La mayoría de estos hablan muy mal el castellano, tan mal como hablarán un día el catalán, si es que lo llegan a hablar".

No ayuda al cambio de percepción la manera de actuar de la televisión pública andaluza, enfangada de tópicos hasta el cuello, entregando a España su folclore a cambio de una plácida subalternidad que sirve como sedante de las masas y perpetua a quienes ostentan el poder.

Las redes sociales son un buen termómetro para corroborar estas sensaciones. Basta con comprobar en Twitter y Facebook las conversaciones en torno al habla andaluza. Escribiendo en la barra de búsqueda algunas combinaciones como "Habla + andaluz", "Habla + andaluza" o "Andalucía + manera + de + hablar", los resultados son espeluznantes. La conciencia colectiva deambula entre la burla, la altanería y la condescendencia ante la expresión oral del andaluz, pero llega a extremos increíbles si esta expresión se realiza por escrito. Lo que en otros países sería un motivo de orgullo y de indagación en la propia identidad, aquí se ve como una osadía absurda y extravagante.

La activista y antropóloga onubense Ana Burgos, afincada en Cataluña, reflexionaba sobre el lugar de partida del habla andaluza. Decía que, si algún rasgo la distingue en sociedad, es que es del sur; andaluza, concretamente. Y este hecho la solía situar en una posición de subordinación en distintos ámbitos de la vida. La habían señalado como cateta, arrabalera, inculta o se le achacaba que hablaba muy alto. Al final, desde estrategias explícitas hasta otras sutiles, era instada a la moderación de sus formas y a adoptar otras más norteñas, por no decir catalanas, de interacción, expresión y comunicación. En sociedad, decía, se le instaba a la corrección y se le aplaudía cuando se alejaba del charneguismo macarra con el que se le asociaba en una primera instancia.

Esta corrección de las formas originales, me ha llevado a pensar en todas las veces que me han preguntado cuánto tiempo llevaba en Barcelona y,

cuando he contestado que más de un lustro, me han respondido: "Ah, pues no se te ha ido el acento, ¿eh?"

Siempre me pregunto si detrás de la sorpresa de esa persona no hay un punto de reproche o incluso de decepción.

El escritor y doctor en antropología social Juan Porras Blanco publicó este 2017 ***Er Prinzipito***, una versión del clásico de Antoine de Saint-Exupéry, ***El Principito***, escrito íntegramente en andaluz. Tuvo que ser editado por la editorial alemana Tintenfass. Pese a que el libro cuenta con su propia propuesta ortográfica y deja bien claro que usa el andaluz de la comarca de la Algarabía, las airadas reacciones de personalidades de toda índole llevaban a reflexionar no solo sobre la animadversión que provoca cualquier texto escrito en andaluz, sino sobre la capacidad de respetar las manifestaciones culturales por parte de nuestra sociedad. Si no somos capaces de respetarnos a nosotros mismos, qué no sucederá con otras culturas. ***Er Prinzipito*** no hace daño a nadie, sin embargo, no son pocos los que han manifestado su desagrado de manera pública. Entre ellos, el hoy presidente de la Junta de Andalucía, Juan Manuel Moreno Bonilla, el jefe de investigación de La Sexta, Manuel Marlasca, el periodista Carlos Mayoral o el escritor Arturo Pérez-Reverte.

Cabría preguntarse si tan ofendida reacción se podría esperar en una manifestación cultural de otra naturaleza. ¿Y si esta indagación afectara a la música, la escultura, la arquitectura o la pintura?

Juan Carlos Aragón, mítico autor del Carnaval, recientemente fallecido, resumió bien la pérdida del relato en su chirigota ***Los Yesterday***, en el concurso de 1999. Nuestra condición de subalternos es un dique para el pueblo andaluz, la criada de España. En el primer pasodoble de la final decía:

> Aunque diga Blas Infante
> "andaluces levantaos",
> perdón que no me levante,

pero estoy ***mejón*** sentao.
Bueno, me vi' a poner de pie,
me vi' a dejar de tonterías.
Venga, una, dos y tres:
"qué bonita Andalucía".
Vamos a ponernos serios,
que vamos a cantar el himno:
"Los andaluces queremos
volver a ser lo que fuimos"
…lo que fuimos antiguamente,
pobrecitos y vasallos,
siervos de terratenientes
y de chulos a caballo.
Si este pueblo se disparata
con la boda de una matavacas
y la niña de una duquesa…
Si este pueblo se le arrodilla
a una espada y a una mantilla,
este pueblo me da vergüenza.
Menos rollos de verdes mares,
de campiñas y de olivares,
que así luego nos luce el pelo.
Castas…
Después te ponen la serie de Emilio Aragón
pim, ***pom***… con sus castas,
y aparece en el más ínfimo escalón
de su estrecha jerarquía,
el servilismo mamón
de las marmotas de Andalucía.

La discriminación con respecto al habla ha sido bautizada por algunos lingüistas como "hablismo"[36] (***accentism*** en inglés), ya que esta puede afectar desde la consideración social hasta la posibilidad de conseguir determinados empleos.

Los privilegios de determinadas hablas siempre tienen un punto en común: se establecen físicamente en el espacio donde habita el poder

dominante. En Inglaterra se afinca cerca de Londres, y muchos ciudadanos aseguran que las personas de Liverpool o Manchester que hablan peor el inglés. Tenemos instalado en la conciencia que los irlandeses hablan peor que los ingleses y tenemos la percepción de que los norteamericanos del Bronx no hablan tan bien como los del Upper East Side ni los texanos como los neoyorquinos. ¿La realidad? Que todos están lejos del poder político y económico.

Igual que la red muestra su lado tenebroso, también tiene manifestaciones muy a tener en cuenta en defensa del habla andaluza.

Andalucía ha mostrado una gran capacidad de autoparodia. En el corto producido por Caliche Films (2008), ***Curso dandalú***, Luis Lara era el presentador de un curso de aprendizaje al modo del clásico ***That's English***. Con una enorme ironía, el corto reproducía algunas situaciones cotidianas que podrían suceder en alguna localidad andaluza. El vídeo fue un éxito en la red. Y no ha sido el único. Hace unos años, Francisco Domingo Gancedo creó una página de Facebook llamada ***Hablo Andalú***. En ella se explicaban expresiones populares del habla andaluza recogiendo ejemplos de uso habitual en el seno del pueblo andaluz. La página se popularizó en poco tiempo, llegando a reunir a más de 60.000 seguidores. La popularidad de la página derivó en una página web, consiguió un gran eco en los medios de comunicación y acabó con el propósito de editar un libro ilustrado con las expresiones más populares. Pero pese a todo ese respaldo, la campaña de ***crowfunding*** —financiación colectiva— que pretendía darle salida al libro no alcanzó los objetivos previstos y el libro quedó inédito. Los problemas con la financiación, un clásico de la vida andaluza.

Ahora ese lugar ha sido ocupado por el grupo de Facebook ***Er Prinçipito en Andalûh***, que, aprovechando el tirón del libro de Juan Porras Blanco y encabezando numerosas iniciativas para la divulgación del habla andaluza, cuenta ya con más de 18.000 seguidores.

Quizás la defensa más sencilla y efectiva la hiciera el filólogo, divulgador,

escritor y ***youtuber*** Nacho Iribarnegaray, que en un vídeo de apenas treinta segundos deja muy clara su postura. Después de veinte segundos diciendo "los andaluces hablamos mal" repetidamente, concluye: "Viva el área de Broca, viva la fonética no prescriptiva, viva la gramática no prescriptiva, viva la coiné, viva el español, viva el castellano, viva el andaluz, viva el andaluz meridional, la gente no habla ni bien ni mal, la gente habla".

¿Pero tuvo alguna vez el habla andaluza alguna oportunidad de reglamentarse al modo de otras lenguas escritas?

José María de Mena, en ***El polémico dialecto andaluz***[37] comentaba que solo hubo una gran ocasión de elevar el habla regional a la categoría de lengua escrita literaria[38], como lo habían hecho otras lenguas peninsulares. Fue entre 1900 y 1936 un periodo de tiempo en el que casi cada región andaluza se asociaba a algún escritor de resonancia internacional: Federico García Lorca con Granada, Antonio Machado con Sevilla, Rafael Alberti con Cádiz o Juan Ramón Jiménez con Huelva. Aunque alguno hizo alguna probatura de carácter excepcional, al final terminaron escribiendo en castellano.

Pese a que Francisco García Duarte hizo un recorrido histórico de célebres autores que escribieron en andaluz[39], con más de ochenta autores que, históricamente, habían utilizado en su obra el andaluz, nadie oficializó la lucha por una construcción real del habla andaluza.

Sí lo tomaba en serio, y es concluyente que lleguemos hasta el máximo estandarte de la patria, Blas Infante. Al final, él constituyó, quizás, la conciencia más clarividente de una personalidad cultural propia: "Yo no he ganado todavía el premio que más me estimularía: el poder vivir en andaluz, percibir en andaluz, ser en andaluz o escribir en andaluz. […]. Las variantes fonéticas andaluzas se deben a influjos clásicos de una gran cultura pretérita. Un pueblo de viva imaginación y de expresión rápida no puede tener el pensamiento detenido"[40]. Como tantas veces, los clásicos acaban siendo el refugio perfecto.

NO ES AVERSIÓN AL ANDALUZ, ES APOROFOBIA

Los mensajes despectivos hacia Andalucía son ya un terreno común entre nuestra clase política, que de vez en cuando hace gala de declaraciones altisonantes acerca de la población andaluza, independientemente del lugar en el espectro político donde se sitúen.

¿Pero qué hay detrás de todo ello? Si analizamos los mensajes, la mayoría se sustentan en tres pilares fundamentales: la alusión a la incultura o falta de capacidades, el estigma del pueblo andaluz como parasitario y la burla hacia el acento.

Es curiosa esa reiterada alusión a la incultura desde el mismo país que saca rédito de grandes manifestaciones culturales procedentes de Andalucía, como pueden ser el flamenco, los carnavales, la arquitectura andaluza en sus grandes ciudades, la gastronomía o incluso la Semana Santa. Por no hablar de sus artistas, asumidos por la cultura popular como propios: Camarón, Lorca, Cernuda, Machado, María Zambrano, Lola Flores, Murillo, Zurbarán, Picasso, Sara Baras, Antonio Banderas… son españoles o españolas, pero los emigrantes anónimos andaluces son pobres primero, y encima andaluces. La cultura andaluza suele usarse a conveniencia; se acude a ella en términos promocionales para atraer turismo y realzar la riqueza cultural española de cara al exterior; se disfruta de sus playas, sus ricos manjares y sus costumbres cuando se visita la tierra, pero se desprestigia en el ámbito social como una forma de autoafirmación que te otorga una posición social e intelectual superior.

Después de pasarme quince años fuera de Andalucía, de haber vivido cinco años de mi vida en Valencia y algunos más en Barcelona, he conocido a personas de todas las comunidades españolas. En un espacio compartido, nadie trabajaba más o menos según su procedencia, dependía exclusivamente de la persona, su ética de trabajo, su carácter y su condición social y económica. He conocido catalanes vagos y andaluces trabajadores, y también todo lo contrario. Porque el rendimiento laboral no tiene nada que ver con el

lugar de nacimiento. Así mismo, el conocimiento cultural tampoco entiende de fronteras. El factor más determinante es universal y lo sabemos de sobra: la pobreza.

Y es que la pobreza es un factor vertebrador del discurso ***andaluzófobo***, que es, en realidad, aporofobia. El mismo discurso que mantienen sobre la población andaluza algunas personas en España, son las que tienen algunos andaluces sobre la comunidad emigrante en Andalucía, que pueden criticar a los marroquíes o subsaharianos, pero luego disfrutar de las bondades del país vecino cuando van de turismo. En cierta ocasión trabajaba con una joven chilena que se quejaba de los peruanos que invadían su país en busca de trabajo, aunque hicieran exactamente lo mismo que ella había venido a hacer a nuestro país. Sin quererlo, repetimos patrones de comportamiento clasistas y xenófobos, frecuentemente secundados por los medios de comunicación, que no esconden más que un pavoroso miedo al pobre.

Y eso pese a que las pretensiones humanas son universales: Las personas pasan una vez por esta vida y quieren dignidad, techo, trabajo, comida y amor.

Si Andalucía hubiera sido capaz de crear una industria propia y las circunstancias históricas le hubieran librado de terratenientes y saqueadores vestidos de limpio, quizás hoy nuestro pueblo recibiera otro tipo de miradas, pero es terreno de la ciencia ficción. En una entrevista a Willy Toledo colgada en YouTube, el locutor tiene ya un prejuicio formado sobre Andalucía, aludiendo a las ayudas agrarias, que el actor madrileño desbarata con un discurso a contracorriente mucho mejor fundamentado que el clásico: "A los andaluces les hizo mucho mal el PER". Andalucía tiene el potencial para ser lo que quiera, pero los poderes dominantes nunca le dejaron, vino a decir Toledo. La misma alusión al PER (Plan de fomento del Empleo Agrario) la he vivido, o sufrido, en mis carnes.

En cierta ocasión estaba en una peluquería cualquiera, de estas en las que acabas por casualidad, y el peluquero me preguntó por la vida en

Andalucía, una vez descubrió mi lugar de procedencia (un asunto nada complicado dado mi acento). Después de transitar por varios tópicos, concluí que Andalucía es una tierra que lo tiene todo, pero a la que, por circunstancias de diversa índole, le falta empleo. "El PER ha hecho mucho daño", dijo el peluquero.

Lo que quería decir es que muchos andaluces no trabajan porque la ayuda agraria les sustenta y esa actitud pasiva se ha extendido como la peste. O lo que es lo mismo: creía que éramos unos vagos. Yo le intenté convencer de que era un tópico, de que el porcentaje de personas que reciben el PER es nimio y de que, además, es un montante que apenas los va a sacar de la pobreza. El peluquero, que no era un empresario ni un burgués, sino un sufrido autónomo, frunció el ceño y siguió con su trabajo.

Y es que, respecto al PER, resulta difícil imaginar una vida de excesos y pereza con cuatrocientos euros mensuales. Es absolutamente imposible vivir así si tienes familia y quieres disfrutar de la cultura, pretendes viajar o, por ejemplo, cambiar los muebles del salón. Quien crea que con el PER se puede vivir en lugar de sobrevivir, es que nunca ha estado ni remotamente cerca de la pobreza. Cómo ha calado un discurso acerca de la ayuda agraria, de procedencia burguesa, entre currantes de toda la geografía española que ven al jornalero andaluz como un paria que se aprovecha del terrateniente que lo subyuga, puede parecer un misterio, pero no lo es. Los discursos del poder siempre tuvieron resonancia —y cómplices— entre los plebeyos. La fascinación por el poder, la aspiración de salto de estrato social, esto es, la creencia en que compartir el discurso implica ser más burgués, es lo que causa este fenómeno.

Y llegamos al habla, o al acento. Como decía el ***youtuber*** Nacho Iribarnegaray, hablar no se habla ni bien ni mal, simplemente se habla. Las reglas en el lenguaje escrito pretenden una normalización para el entendimiento comunitario, y está bien que así sea, pero el habla alude al hecho de que dos personas se entiendan en un acto comunicativo. Es absurdo

asociar un acento u otro a la cultura, pues en cada región los acentos fluyen, y los tipos de habla se transforman para que dos personas se entiendan. No son buenos ni malos.

Así pues, el parasitismo asociado a lo andaluz es una versión agigantada del mensaje "eres pobre porque te lo mereces", tan enraizado en el discurso neoliberal que se ha ido implantando los últimos lustros en la conciencia popular. La aporofobia ha sido inyectada en vena en nuestra sociedad y solo hay que hurgar en el día a día para encontrar las más diversas y rocambolescas justificaciones. Pero, en el fondo, no es más que eso, nadie quiere compartir mesa con un pobre.

DIJERON RESPECTO A ANDALUCÍA

Albert Rivera nos enseñó a pescar: "Vamos a enseñar a pescar en Andalucía, no a repartir pescado".

Cristina Cifuentes se jactó de su solidaridad: "Madrid paga con sus impuestos la educación, la sanidad y los servicios básicos de los andaluces".

Ana Mato: "Los niños andaluces son prácticamente analfabetos".

Alejo Vidal-Cuadras: "Blas Infante, padre de la patria andaluza… es un cretino integral".

Rafael Hernando: "Andalucía es como Etiopía".

Jorge Verstrynge: "Es verdad que la formación de la juventud andaluza es menos buena que la de la juventud de una parte importante del país; eso es verdad. Mucho rebujito, mucha cervecita, muchas gambitas, mucha playita, mucho ordenador o móvil ¿verdad?".

Cónsul español en Washington: "Hay q ber q. ozadía".

Montserrat Nebrera: "Tiene un acento que parece un chiste.".

Odón Elorza a Noelia Vera: "Para ser andaluza eres más educada que yo".

O volvamos a las palabras de Pujol antes de pedir el voto a los emigrantes andaluces: "El hombre andaluz […] es, generalmente, un hombre poco hecho,

un hombre que hace cientos de años que pasa hambre y vive en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual. […] es un hombre destruido y anárquico".

CAPÍTULO 10

EL CHARNEGO AGRADECIDO, ESE SER MITOLÓGICO

Se dice que aquellos charnegos que hacen suyas afirmaciones propias del ideario independentista padecen el síndrome del charnego o son charnegos agradecidos. Se trata de un concepto que ha creado, desarrollado y difundido el sector nacionalista español dentro y fuera de Cataluña. Muchas veces, además, asimilado por los propios charnegos. ¿Pero qué tiene de cierto?

Partamos de la idea de agradecimiento.

Siempre he sentido una gran animadversión a quienes aseguran que los charnegos tenemos mucho que agradecer, puesto que esta tierra nos proporciona trabajo, casa y relaciones sociales. Estrictamente, se trata de una falacia. La tierra no te proporciona nada. Todo el mundo lo sabe. ¿Por el simple hecho de ir a un sitio determinado a vivir ya has de agradecer tener trabajo y una vida propia? Ni mucho menos, te lo ganas con tu esfuerzo. Ya está bien de sentirse en deuda. Es una deuda ilegítima, es mentira.

Nadie nos regala nada. Nuestra remuneración nos la ganamos nosotros mismos y se basa en acuerdos laborales en los que prestamos un trabajo a cambio de un salario. Nuestra casa nos la pagamos con nuestro sueldo. Y nuestras relaciones sociales nacen y perduran con nuestra actividad comunitaria. Así pues, no hay mucho que agradecer, pero entre opinadores oficiales y extraoficiales le otorgan la dimensión de verdad. La tierra como constructo, además, no le pertenece a nadie, y de tener propiedad sería una propiedad colectiva, la de todas las personas que forman parte de ella.

Pero si esa sensación de agradecimiento continuo existiese, habría que partir de la base de que el independentismo (en este caso, como resultado de

la gratitud hacia una tierra de acogida o como búsqueda de la integración social a través de la opción política) no es medible. A lo sumo, pertenece a una sensación o una percepción subjetiva que no tiene rigor científico. No existe ninguna herramienta que mida la gratitud con una tierra que te acoge ni se puede deducir que haya una gran cantidad de personas charnegas creyendo que ese es el camino hacia una mayor integración o prosperidad social.

Quienes aseguran esto adoptan una posición paternalista con respecto a los charnegos, pues los despojan de toda autonomía política y los condenan a un estatus de subordinación eterna. Están creando un rol que solo está en su cabeza, pues nadie recoge el guante al otro lado. El charnego agradecido es un concepto unidireccional, que solo la parte acusadora reconoce. No hay en sociedad quien se autodenomine así, se trata de un ser mitológico, surreal, que sirve para reforzar la ideología de algunas personas.

Rizando el rizo, podríamos decir que estamos ante una nueva forma de charneguismo en su tipología más cruel, pues minusvalora a la persona y la caricaturiza, despojándola de su voluntad propia y tildándola, poco menos, de pelele en manos de causas ajenas. Si en una primera instancia se tomaba al charnego como un ser inferior debido a su procedencia y condición económica, en esta segunda instancia se hace por una cuestión de subordinación política. Se niega, además, que esa persona, en su libre sentir de la política, elija una opción ideológica independentista por convicción, por utilidad, por economía o por las razones que sean.

Decía el diputado Gabriel Rufián que "la palabra 'charnego' la utiliza la gente más reaccionaria del unionismo"[41]. Pese a que su voluntad es la de reivindicar que están en su derecho de sentirse independentistas, dicha afirmación alimenta la bipolaridad en la que se ha venido instalando la política catalana. Debería ser de Perogrullo defender que el charnego tiene derecho a formar parte de cualquier sensibilidad política, y sin embargo no lo es. Lo juzgan continuamente por ello, se posicione a uno u otro lado. Hay

pocos sujetos políticos que se encuentren tan en la diana como el charnego.

La afirmación de que la segunda generación de charnegos se vuelve más independentista que los propios independentistas catalanes, cae nuevamente en la discriminación. Da por hecho que el sentimiento independentista debe ir ligado irremediablemente a la tierra de origen o a la tierra de origen de los ancestros, estableciendo una suerte de purga. Los que no acumulan apellidos o tiempo en la tierra, no pueden sentirse independentistas.

En una de las muchísimas charlas que mantuve para articular este ensayo, un colega chileno me decía que una persona es del lugar donde entierra a sus muertos. En este punto es donde se establece una conexión sentimental y puramente física con la tierra. Cabe recordar que los hijos de charnegos ya han enterrado, o están enterrando, a sus muertos en Cataluña; su vinculación sentimental con la tierra de origen de sus padres es esporádica, difusa y, en muchas ocasiones, inexistente. Hay muchos charnegos de la década de los sesenta que nunca volvieron a su tierra. Su desarraigo es total. Así pues, ¿cómo pedirles a sus hijos e hijas una vinculación sentimental con el origen de los padres?, o, mejor, ¿cómo no comprender su arraigo con Cataluña, la tierra que los ha visto nacer y crecer?

Casi todos los medios conservadores han hablado del charnego agradecido en similares términos, es decir, de forma despectiva. Lo hacen así porque no tiene más uso que ese, el de insulto. La manera más suave, quizás, haya sido la del periodista liberal-conservador José Antonio Zarzalejos, que, resignado, aseguraba en ***El Confidencial*** que era difícil de creer y de asumir que eran los hijos y nietos de charnegos y maquetos los que hacían de serpas a los nacionalismos secesionistas para alcanzar la cumbre de sus programas de máximos[42].

El exdiputado de Ciudadanos Juan Carlos Girauta, en un artículo en ***Libertad Digital*** titulado "El charnego agradecido", utilizaba el sobrenombre del protagonista de la novela de Marsé, ***Últimas tardes con Teresa***, para reprocharle su cambio de actitud. En opinión de Girauta, el

tiempo lo había convertido en un ridículo lacayo[43]. Utilizar un tótem de la mitología charnega para atacar a posibles charnegos independentistas se me antoja un golpe bajo. La figura de charnego agradecido salta como un automatismo cuando una persona de ideología contraria a la del articulista realiza un acto que, en su opinión, es censurable. A su vez, César Vidal tildó de charnego agradecido a Montilla en un artículo en 2008[44]. Es probable que Montilla sea al que más veces se le haya aplicado esa etiqueta. El cantante Loquillo también denominó así al expresidente y se postuló como símbolo de una tercera vía en Cataluña y en España, una tercera vía de la que, según él, nadie hablaba.

Gregorio Morán, por su parte, señaló a Manuel Vázquez-Montalbán, a quien acusó de crear gran parte de la mitología catalana[45] (aunque en realidad, quisiera decir independentista). Ramón de España denominó al expresidente de Súmate, Eduardo Reyes, "charnego agradecido y despreciable"[46].

En el ámbito musical, fue Juan Erasmo Mochi quien calificó de esta manera al cantante Dyango, cuando decidió participar en el Concierto por la Libertad, celebrado en el Camp Nou, en favor de la independencia de Cataluña[47].

Y así, cientos de personajes fueron tildados de charnegos agradecidos. Desde David Rodríguez (periodista y exparlamentario por la CUP) a Antonio Baños, Gerardo Pisarello[48], Ramón Cotarelo, etc.

Suelen tener algo en común, alguien antindependentista señala a alguien que cree independentista.

A menudo surgen apelativos que solo están en el imaginario de algunos partidos, pero la sociedad civil no se reconoce en ellos. El uso y abuso, peyorativamente hablando, del término "equidistante" en esta última etapa del ***procés*** ha sido bastante similar al del charnego agradecido; como ***catalufo***, ***sudaca***, ***gabacho***, ***guiri*** o ***panchito***, son vulgaridades con escaso rigor sociológico. Una vez más, dice más del que las pronuncia que de

quienes lo sufren.

Como contrapunto, dejo este testimonio de quien sufrió este síndrome al que aluden las voces críticas. La profesora e investigadora en Administración y Dirección de Empresas de la Universitat de Vic-Universitat Central de Catalunya, Anna Pérez Quintana, relataba en la revista digital ***El Triangle***:

Empiezo a tomar conciencia de que soy charnega en la escuela, cuando las compañeras de clase me conocían como "La charnega". Y, curiosamente, en los veranos, cuando bajábamos al sur, a ver los abuelos andaluces, allí era nombrada "La catalana". Entonces, te preguntabas ¿Yo que soy?

Como tenía la suerte, entre comillas, de tener una madre catalana, pues me aferré al modelo ganador. Me convertí en la más catalanista y la más independentista de la clase, para no ser tildada de eso totalmente despreciable que era ser charnega. Todo hasta que descubrí que no era tan malo. Y, realmente, he estado muchos años escondida en el armario hasta que me he atrevido a salir. Hasta llegar a decirme "soy charnega y a mucha honra"[49].

Ni agradecido ni desagradecido. El charnego se ha hecho a sí mismo en el lugar de destino. Nadie regaló en Cataluña el trabajo, sino que dispuso de ese capital para sus aspiraciones de crecimiento y riqueza. Nadie vino a rescatar los restos del naufragio desde el sur. Nadie los puso en valor hasta que no se hicieron legión y nadie los vino a reclamar hasta que otorgaban una nada despreciable cantidad de votos.

LA PARODIA CHARNEGA

El charneguismo, como toda identidad o sensibilidad política o indentitaria, no está exento de parodias. En los mismos foros donde el charneguismo es considerado como munición de calado político, surge esta parodia. Curiosamente, se ríen de la misma los nacionalistas españoles y los nacionalistas catalanes:

MANIFIESTO POR EL PNCH (PARTIDO NACIONALISTA CHARNEGO):

Ha llegado el momento en que todos los charnegos del Área Metropolitana de Barcelona y demás pueblos de la Nación Charnega, demos un paso adelante y digamos basta a la opresión catalana. Somos una nación ninguneada y saqueada por el Principat de Catalunya, así como por el Estado Español, y es hora de reclamar un derecho colectivo que nos pertenece y nos es inalienable: el derecho de

autodeterminación. Queremos ejercer este derecho para constituir un nuevo Estado (Charneguiland) en el seno de la UE, en igualdad de condiciones con los demás pueblos europeos. He aquí, resumidas, las principales bases ideológicas que deben configurar el eje de la acción política de este nuevo partido:

1. Por el charneguismo social. Apostamos por una sociedad charneguista y de izquierdas para poder llegar a garantizar nuestra libertad nacional y el progreso y la justicia social a través de un Estado propio. Se hace necesario llevar a cabo políticas de integración y de concienciación nacional. En ese sentido apostamos por un soberanismo del bienestar, basado en los siguientes puntos: una cohesión social articulada a través de una política lingüística y cultural charneguista, que encuentre en el castellano charneguil la lengua de encuentro, de fomento y de promoción social. Es nuestra lengua y tenemos derecho a defenderla de la imposición catalana. En ese sentido proponemos la immersión lingüística en castellano en todo el periodo de educación obligatoria, así como la obligatoriedad de su uso y conocimiento por parte de todos los habitantes de Charneguiland, para conseguir con efectividad, en el futuro, una sociedad trilingüe (castellano charneguil, catalán e inglés), pero en la que todo charnego pueda expresarse con cualquier ente o persona pública o privada en su lengua materna y nacional. También una sociedad justa y equitativa, con una burocracia fuerte e intervencionista para que todos los charnegos caminemos en una misma dirección.

2. Camino hacia la independencia. El expolio económico, cultural y político al que somete el Principado de Cataluña, así como el Estado Español a la Nación charnega, plantea la consecución de la independencia como un hecho inaplazable. No queremos que las decisiones que nos afectan se tomen ni desde Sant Jaume ni desde Madrid. Queremos nuestra Cheneralitá propia e independiente, y el camino hacia esa meta empieza por la reclamación de autonomía, pero con un Estatuto que nos garantice la potestad de autodeterminarnos. Queremos recaudar nuestros impuestos y decidir qué hacemos con ellos, para que ni los de Lleida ni los de Andalucía se queden con nuestra riqueza para una agricultura improductiva. Tampoco queremos que nuestro dinero sirva para la megalomanía catalanista, que es la que más daño hace a la subsistencia de nuestra nación. Reclamamos también, unas leyes electorales donde los de Girona, Tarragona o Lleida, o los de Cuenca, Albacete o Valladolid no nos expolien nuestros votos, porque también queremos ser determinantes en la política catalana y española, mientras pasemos el amargo trance hasta llegar a la independencia. No nos interesan una Constitución desfasada ni un Estatuto totalitario que ni siquiera hemos votado. Queremos soberanía y nuestra propia ley.

3. Liderazgo mesiánico. Para conseguir estos objetivos, necesitamos un líder fuerte y mesiánico que haga ver la luz a nuestro pueblo, hasta ahora dormido, a causa del genocidio nacional continuado hacia nuestro pueblo.

¡Ánimo charnegos! Charneguiland is not Catalonia! ¡Juntos podremos conseguirlo![50]

En la red existen dos webs, con sus respectivas cuentas en las redes

sociales, de carácter paródico. La primera es ***Dolça Catalunya***, de clara orientación antindependentista, vinculada ideológicamente con la derecha española. La segunda es de carácter satírico, tiene mucho de autoparodia y sensibilidad de clase; se trata de ***Charnego News***, cuya declaración de intenciones se resume en una cita de Dario Fo que parece presidir la página web: "La sátira es el arma más eficaz contra el poder: el poder no soporta el humor, ni siquiera los gobernantes que se llaman democráticos, porque la risa libera al hombre de sus miedos"[51].

Refresca, y resta tensión al ambiente, que exista alguna propuesta paródica entre tanta solemnidad. Y es que si hay algo en común en esta guerra identitaria que vive Cataluña es la ausencia del humor o, mejor dicho, el humor solo entendido cuando es un arma arrojadiza contra el otro.

CAPÍTULO 11
EL CHARNEGUISMO Y LA CULTURA

Como en la sociedad, el charnego ha sufrido el mismo proceso de empoderamiento en el ámbito cultural. Ha llegado a todas las artes, cambiando su rol primigenio por otro, que está cocinándose a fuego lento. A través de la literatura se puede hacer un recorrido por este proceso.

Las referencias a los charnegos tenían un aire —o tufo— parecido al reflejado en la novela de Terenci Moix, ***El día que murió Marilyn*** (1969), a través de uno de sus personajes, Amèlia: "Antes de la guerra, Bruno, nuestra calle no era tan chabacana como ahora, con lo sucia que se ha vuelto, llena de xarnegos, mujeres de mala vida y tabernas de borrachos"[52]. Fiel reflejo de la época y de las reacciones que provocaba la "invasión charnega". No es que Moix fuera anticharnego, es que la sociedad hablaba así.

La conquista de una identidad propia ha ido sucediendo al ralentí, publicación a publicación, canción a canción, encuentro a encuentro, obra a obra; así ha logrado desembarazarse de su halo despectivo. El cine, la música, la literatura o la danza, entre otras manifestaciones artísticas, han contribuido a superar el estigma social. Y dentro de sus propios referentes culturales, también el charneguismo ha comenzado a emanciparse creando nuevos patrones donde reconocerse. Tiene lógica, pues, ¿no es la cultura sino un reflejo de lo cuanto acontece?

Del delincuente, hortera y macarra se ha pasado a una idea de la cultura libre, mestiza y ***underground***.

El charneguismo barcelonés tiene determinados escritores fetiches.

Quizás el autor fundacional sea Juan Marsé, especialista en retratar la ciudad por contraste. En ***Últimas tardes con Teresa*** contrapone la excelencia de la clase burguesa con la autenticidad de El Carmel, uno de los barrios charnegos por antonomasia, encarnándolos en Teresa, de ascendencia burguesa, y Pijoaparte, charnego llegado a la capital catalana. Aunque es parte imprescindible como canon charnego, ahora estamos en otro periodo histórico.

En otra de sus novelas, ***El amante bilingüe***, Marsé relata la historia de un catalanoparlante en decadencia que termina haciéndose pasar por charnego, después de un accidente que le desfigura la cara, con el fin de recuperar el amor de su esposa.

De alguna manera, en ***Últimas tardes con Teresa*** y en ***El amante bilingüe*** se viven caminos inversos. En la primera, el motor es la erótica de la burguesía, el afán del ascenso social y el deseo de aceptación; en la segunda el motor es la erótica charnega, la autenticidad, el anhelo de vivir en libertad. En la primera, Manolo se cuela en una fiesta donde falsea su identidad, como hace el propio Juan Marés en ***El amante bilingüe***. Ambos podrían cruzarse en el instante en que la historia charnega comienza a reescribirse.

El propio Marsé se refirió a ese universo decadente y atractivo, genial o fatal, según quien lo mire, pero con una simbología propia, que llevaba a Marés a convertirse en un charnego. Contaba que había captado el latido del personaje en una conversación de Ana María Moix con la psicóloga Rosa Sender. Esta le había contado la historia de un paciente suyo que sufría una especie de esquizofrenia. Era catalán, de familia muy catalana, pero se vestía, hablaba y comportaba como un charnego de ley. Su apariencia entraba en el retrato robot del charnego de entonces: gastaba patillas y sombrero de ala ancha, chaquetilla, pantalones ceñidos y zapatos de tacón alto. Además, amaba todo lo relacionado con Andalucía. A Marsé se le quedó la imagen de ese hombre anhelando ser otro, cambiando su lengua, su aspecto o su identidad a la hora de enfrentarse a la sociedad. Y esa imagen se le hizo tan

obsesiva, que acabó adquiriendo forma de novela.

Marsé reflejó, sin pretenderlo, la transformación de lo charnego en la literatura; ***Últimas tardes con Teresa*** fue publicada en 1966, ***El amante bilingüe***, en 1990.

Es solo un ejemplo del cambio, paulatino, que ha sufrido la literatura que toca, consciente o inconscientemente, el charneguismo.

Ese recorrido se vive con singularidad en ***El día del Watusi*** (2004), del cada vez más reivindicado y tristemente desaparecido Francisco Casavella. Esta es una de las primeras novelas que hacía memorándum de la vida charnega desde una nueva óptica. A través de una búsqueda-huida que recuerda a Marsé, su personaje principal, Atienza, recorre la transición vivida por una ciudad, Barcelona, convertida en una suerte de parque temático.

Tan solo un año más tarde, la ficción recogía una manifestación explícita del charneguismo en ***Tierra de nadie: antología de la periferia***. En este ejercicio, nueve autores dibujaban la vida suburbana de las ciudades, aposento natural de los charnegos. Fueron Javier Calvo, Álvaro Colomer, Jordi Costa, Josan Hatero, Guillem Martínez, Marcos Ordóñez, Javier Pérez Andújar, Ricard Ruiz Garzón y David Barba. Algunos de ellos son percibidos como figuras clave en la cultura literaria de la ciudad y, por extensión, de lo charnego.

La solapa del libro hablaba ya de un nuevo nivel de autoconciencia:

> Les presentamos una selección de cuentos de nueve autores periféricos: unos lo son por (des)arraigo familiar, otros, por origen social; la mayoría, por los temas que narran. Llámenles charnegos, maketos, mestizos, gachupines, bastardos, coreanos… pero, ante todo, humildes. Lo suficiente como para no tomarse semejantes adjetivos como insultos, sino como calificativos de un estado de conciencia. Quién sabe si alterada[53].

Los personajes de estas historias son desde jóvenes que acuden a la ciudad en busca de una promesa de modernidad —y salen trasquilados— hasta vampiros morcilleros, prostitutas, personas aferradas a últimas oportunidades, inmigrantes de toda condición, pandilleros venidos a menos o

robots. Estos últimos, en el caso de Javier Calvo, sirven de instrumento para describir la vida de extrarradio:

Las franquicias son los templos de los suburbios de clase obrera. Cada franquicia pertenece a un dios. Los habitantes de los suburbios de clase obrera salen de ellas con los rostros resplandecientes de felicidad. Cuando la Tierra sea un desierto helado y la humanidad se haya extinguido y probablemente se hayan extinguido también las especies que la sucedieron, los suburbios de clase obrera seguirán en pie. Cubiertos de polvo de las tormentas cósmicas. Con extraños nidos de especies futuras en lo alto de sus torres. Con agujeros en las paredes y cráteres allí donde hayan impactado los meteoritos. Los suburbios de clase obrera son el final de todo. Son el apogeo de la humanidad y son su tumba. Son el mausoleo de la especie. Y sus habitantes también esplendorosos. La forma en la que caminan por las amplias avenidas luminosas sugiere majestad y desprecio por el mundo.

Esta descripción del robot, que no entiende de fronteras, pero sí de clases sociales, deja una evidencia que frecuenta este ensayo: la clase obrera no se entendería en Cataluña sin el charneguismo, pero tampoco el charneguismo sin la clase obrera. Son lo mismo, pero también pueden ser otra cosa.

Como es imposible comprender el charneguismo sin esa palabra que recoge, no por casualidad, el título del ensayo: periferia. Son los límites de las urbes el escenario natural de los charnegos. Pero que la épica de levantar barrios en el extrarradio a pulso no lleve a engaño: la falta de recursos, la pobreza, los conflictos de convivencia y la violencia han sido compañeros históricos en territorio suburbano. Con el tiempo, ha mejorado el mobiliario urbano y las ayudas a las que puede acceder la población, pero la marginalidad parece sempiterna en muchos hogares. No por casualidad se erigen como los escenarios habituales de la novela negra de entonces, adonde acuden los Pepe Carvalho de turno.

En ***Tarde, mal y nunca*** (2009), Carlos Zanón alude a la fortaleza de cartón piedra del mito romántico del extrarradio:

El barrio hace tiempo que está harto. Los chicos, aburridos. Blancos, amarillos o negros. En eso sí que coinciden, mientras que los viejos no olvidan que, de un modo otro, ellos también han sido estafados. Tolerancia, diversidad y mestizaje son pedazos de eslóganes que quedan bien en editoriales periodísticos que en el barrio nadie lee, canciones que no se escuchan o discursos estúpidos por políticos a los que muchos ni siquiera pueden votar. Y la gente vive, se quiere, se odia y soporta como mejor puede. Unos llevan pañuelos, otros hacen demasiado ruido con las radios y el resto recuerda con

nostalgia cuando la ciudad era una señora de caderas anchas, rancia y distinguida, que sabía esconder la basura bajo alfombras y en calabozos.

Así, todos estos personajes raramente tienen una historia épica en la que conquistan sus propósitos. O acaban presos de la culpa (***Tigres de cristal***, de Toni Hill) o del horror (***Las niñas perdidas***, de Cristina Fallarás), o directamente locos (***Antes del huracán***, de Kiko Amat).

Solo dos años más tarde que ***Tarde, mal y nunca***, Javier Pérez Andújar publicó un libro de culto imprescindible para el canon charnego: ***Paseos con mi madre*** (2011). De alguna manera, supuso un contrapunto al planteamiento de novela tradicional. En su libro, Javier Pérez Andújar pasea por los barrios limítrofes de Barcelona haciendo gala de una poética portentosa, de manera que la esencia de esas calles casi traspasa el papel. El autor narra los barrios mezclando crónica y prosa poética, en una preciosa sucesión de paseos que conforman el retrato de una ciudad tan oculta como fascinante. Andújar ha sido frecuentemente invitado a dar conferencias y debatir sobre charneguismo, y aunque se trata de un autor cuya obra está emparentada a su universo, lo cierto es que es mucho más que eso. De hecho, ni siquiera el autor se reconoce como como tal, pues considera que el tiempo lo ha desvirtuado hacia una etiqueta ***cool***, usada con ínfulas de modernidad.

Preguntándole directamente por su actual relación con el término, no dudaba en asegurar: "Respecto al término charnego no tengo ninguna relación emocional ni directa con el mismo, pues nunca me he dado por aludido, ni me he considerado charnego, ni nada de eso, porque para aceptar esa etiqueta, esa palabra o ese adjetivo tendría que aceptar todo lo que le rodea y por ahí no paso, tengo otra visión del mundo".

Sin pretender ser un ensayo sociológico, ***Paseos con mi madre*** aporta muchas de las claves de la construcción social de la época. Sobre la duración de la condición de emigrante, Andújar sostenía que ni vivir ni nacer en Barcelona significaba pertenecer a ella. Y es cierto, el sentido de pertenencia es un constructo mucho más complejo, relacionado con muchos factores. En

ese sentido, construía la metáfora de un cuarto de invitados donde las familias pasaban un par de generaciones, antes de acceder al cuarto de servicio. De Barcelona, sostenía el autor, se es por familia y por dinero, en riguroso orden.

Sobre el cambio de testigo de las miserias de la migración, de los repudiados extranjeros de entonces a los de ahora, Andújar decía que los que ahora llegaban, africanos, asiáticos o europeos de regiones del este, recalaban en la cama caliente de la emigración original. La gente que llegó de los lugares más pobres de España está cediendo su espacio a los que llegan de las regiones más pobre del mundo. Un testigo histórico con un denominador común, la pobreza. La globalización era esto.

Esta interacción en el mismo escenario, la de los emigrantes que fueron y los que ahora lo son, ha provocado dos tipos de reacciones en la comunidad charnega: unos lo asumen con naturalidad y establecen un lazo de fraternidad, y otros lo acogen con un recelo histórico. El mismo recelo que tenían las poblaciones autóctonas cuando llegaron los charnegos, defenestrados por su propia tierra, la tienen en parte los charnegos con los inmigrantes extranjeros. Se lleva manifestando un tiempo, desde que los partidos políticos xenófobos iniciaran sus campañas de ***protección*** y ***limpieza***, un eco entre cierta parte de la población charnega; la que se reconoce en términos de igualdad con el catalán, pero diferente con el magrebí, con el chino o con el ruso. Las lógicas sociales son, en ocasiones, difíciles de interpretar, pero en tiempos de Trump, el ***brexit*** y el Frente Nacional, contaminarse parece misión imposible.

Pese a que la literatura en torno al charneguismo ha ido evolucionando al mismo tiempo que la sociedad, hay voces que sostienen que las alusiones que transcienden al imaginario popular siempre han sido caricaturescas.

El escritor y guionista Joan Ripollès Iranzo destacaba el valor de antigüedad que ha adquirido la clase charnega con la llegada de una oleada de inmigración latinoamericana, asiática y africana[54]. Paradójicamente, la

llegada de nuevos "otros" ha provocado que los charnegos limen asperezas con la población local y ha procurado un nuevo encaje social. Los charnegos, que no habían conseguido con el nuevo milenio desembarazarse de un trato desigual, y que en literatura, cine o periodismo habían sido (y lo siguen siendo) frecuentemente relegados al campo de la delincuencia, la servidumbre o, en el mejor de los casos, la lucha obrera, ahora gozan de un nuevo estatus que se irá perfilando con el tiempo.

El profesor y articulista José Martínez Rubio aseguraba en un artículo que si no había una gran novela propiamente dicha para las primeras generaciones charnegas era porque la provisionalidad de sus vidas les apartaba del foco[55]. Todo era provisional en la vida charnega. Sus casas eran provisionales, sus barrios eran provisionales, sus trabajos, propios de la clase obrera, también eran provisionales, incluso tenían el anhelo de que su estatus social fuera provisional. Muchos de ellos se habían hecho un croquis de lo que imaginaban que podría ser su vida (ganar dinero para luego volver a la tierra de partida, establecerse en la clase media, radicarse en un territorio propio y reconocible), pero la imprevisibilidad de sus vidas terminaba deformando el relato. Ese ***estado de paso*** permanente hizo que nadie considerara importante centrarse en sus historias, cuando probablemente en las fábricas que trabajaban, en sus casas, en sus bares y en sus barrios, se escondiera una de las grandes historias de este país. Como siempre ocurre, decía el autor, lo provisional es el estado melancólico de lo definitivo.

Puede que el éxito del charneguismo radique en que se escriben en torno a su imaginario sin asociarlo a la etiqueta. Es decir, sabemos perfectamente que muchos protagonistas de novelas son charnegos, pero no es necesario destacarlo. En ese sentido, habría que darles la razón a quienes consideran que el charneguismo es un concepto superado. Sus problemas son problemas compartidos.

Por eso, una novela en la actualidad es la de los neocharnegos —los hijos de los charnegos—; una novela en la que no existen ya alusiones explícitas a

la etiqueta, sino a los otros factores sociales que los emparenta, como la crisis económica, la precariedad, la incertidumbre respecto al futuro, el vacío existencial, el escepticismo como manera de vivir. Miqui Otero, autor barcelonés de ascendencia gallega, podría formar parte de ese colectivo. El joven autor reelaboró en ***Rayos*** (2016) los clichés urbanos y sociales del charnego, introduciendo en el imaginario tanto la nueva inmigración como la burguesía catalana. En una entrevista, Otero respondía que el término charnego subsiste casi como un último koala, y que quizás hubiera que inventar una palabra equivalente para hablar de los nuevos modelos migratorios[56]. Desde luego, la suma de los nuevos inmigrantes y una nueva generación charnega, alejada ya de las oleadas migratorias del siglo XX y plenamente integrada en la sociedad, invitan a ello. Pese a todo, decía el autor, en el terreno estrictamente creativo, introducir un personaje inmigrante en la novela suele ser visto como populista o efectista, cuando no hace más que constatar nuestra realidad.

Esa consideración de Otero me llevó a pensar si en el apartado literario no estábamos, autores y medios de comunicación, diferenciando de manera inconsciente la literatura de emigrantes y literatura autóctona, como si hubiéramos heredado un tic puritano de otros tiempos.

La ganadora del último Premio Herralde de Novela y Premio Nacional de Narrativa, Cristina Morales, en las entrevistas en torno a su obra reivindicaba lo bastardo, relacionándolo con la condición charnega. En ***Barcelona Secreta***, se extendió con la pregunta "¿Qué significa ser charnega en Barcelona?":

> Sabemos que los charnegos eran aquellos migrantes interiores que, desde el resto de España, iban a Cataluña en los años cincuenta o incluso después de la Guerra Civil. Con la crisis, ha habido una segunda ola de gente que hemos venido a Barcelona por no tener donde caernos muertos en nuestras ciudades de origen.
>
> Cuando yo digo esto de no tener identidad, también es un chiste. El charnego es una identidad vapuleada. No es una identidad que refiere al origen, refiere al tránsito. Es una identidad, como se habla en la novela, bastarda. No mestiza, bastarda. No se reivindica como un lugar de exotismo.

Es toda una experiencia ser una migrante y ser leída por su acento y ser tratada en función de su acento y que lo primero que se le diga a una cuando habla es "¿de dónde eres?".

Una identidad bastarda nunca sería una identidad. La identidad tiene visos de continuidad. Como el carné de identidad, no en vano, se llama carné de identidad. Y es el mismo hasta que te mueres. La identidad charnega es una identidad que se desecha, por suerte[57].

Sin embargo, otras voces expertas en la idiosincrasia catalana, como el escritor Jordi Corominas, que escribiera acerca del barrio de Gracia de Barcelona en ***José García*** o sobre su urbanismo en ***Paràgraf de Barcelona***, es muy tajante: "No hay literatura charnega, no tiene fuerza. Murió casi en su origen". Y alerta de que, si aún se considera el término en ámbitos sociales, puede ser porque sobrevive un racismo muy notorio en determinados sectores del independentismo. Una minoría que entronca con actitudes racista del viejo mundo.

En el cine, el charneguismo también ha tenido que sobrevivir a su estigma. Poco ayudó el ***boom*** del cine quinqui a finales de la década de los setenta y durante los ochenta. La popularización del género, que solía narrar la vida de delincuentes de poca monta en el extrarradio de las ciudades españolas, sirvió para asociar delincuencia con habitantes del extrarradio. ¿Quiénes vivían allí en Cataluña? Efectivamente, personajes charnegos. ***Perros callejeros*** (Jose Antonio de la Loma, 1977), una de sus referencias históricas, fue la segunda película de mayor recaudación de su año y contribuyó, sin pretenderlo, a esa asociación maldita. Hasta que la industria del cine entendió que había mucho más que una caricatura en esos personajes y en ellos residía también el corazón de la condición humana, pasaron años y películas. Antes de esto, una de las primeras aproximaciones críticas, más allá de la caricatura, fue ***Piel quemada*** (Josep María Forn, 1967), que, en clave neorrealista, hablaba sobre la migración de familias desde las regiones más deprimidas de España hacia Cataluña, que vivía además un auge de la construcción debido al turismo. Forn confronta inteligentemente dos fenómenos de masas contrapuestos: la emigración y el turismo.

La película tiene dos momentos significativos. En la primera escena, un señor mayor, ya lleno de experiencia, les comenta a los nuevos inmigrantes: "¿De dónde es uno? ¡Pues de dónde puede vivir!".

En otra, un grupo de amigos catalanoparlantes charlan en un bar mientras al otro lado de la barra, los inmigrantes andaluces forman un jolgorio cantando canciones populares con la guitarra. Esa actitud festiva molesta a los autóctonos del lugar, que no dudan en encararse con ellos, espetándoles: "¡Calleu d'una vegada! ¡Xarnegos! ¡Murcianus!".

La cosa no pasa a mayores, pues los amigos calman al protagonista de la historia, Andrés. Pero lo más significativo de la escena es la conversación posterior que mantiene con Antonio, el dueño del bar:

—Déjalo. ¿No ves que tú siempre llevas las de perder? Y anímate, que hay que ir con la belga.

—Antonio, tú me conoces, tú eres catalán y sabes cómo pienso, por eso me molesta que vengan esos señoritos idiotas y me llamen charnego. Yo estoy aquí ganándome el pan con mi trabajo.

—Sí, ya lo sé. ¿Sabes cómo les llamamos aquí? ¡Gamarussos! Por llevar unos cuantos billetes verdes en el bolsillo se creen los amos del mundo.

—Es que no hay derecho, hombre. Siempre hablando que si Cataluña, que si…

—No le des más vueltas, Andrés. Déjate de catalanes ni de narices… Lo malo es tener que buscarse el pan como lo hacemos nosotros. Pero yo prefiero estos señoritos que están toda la semana pencando que los de mi tierra. Muy finos, muy dicharacheros, pero no dan golpe. Te estás muriendo de hambre y te dicen… "¡Con Dios, hermano!".

Esa búsqueda de un lugar en el mundo se puede ver con clarividencia en ***El día de mañana***, la novela de Ignacio Martínez de Pisón (2011) recientemente llevada a la pantalla en formato de miniserie. Relata la llegada de un emigrante aragonés a Barcelona en la década de los sesenta. La vida de Justo Gil sirve como excusa para retratar la ciudad en la época franquista y posfranquista, pero también para ilustrar las dificultades del encaje social para quienes venían en aquella época con una mano delante y otra detrás. Como en la literatura, en pantalla y con el nuevo siglo, las alusiones explícitas al charnego se superan y se asocian a problemas universales.

En el mundo del cómic hay una referencia explícita, una historieta incluida, en 1985, en la revista ***Comix Internacional***, editada en Francia:

“Charnega”. En solo seis páginas, la autora, Annie Goetzinger, narra la historia de Dolores, gitana, andaluza y adolescente del barrio de La Mina, a quien le es imposible escapar al desgraciado destino al que la empuja la exclusión social: la prostitución.

Su editor, encargado del prólogo, habla a las claras de cómo era percibido el término más allá de los Pirineos por aquel entonces: “Llaman a esos ‘no catalanes’ con el nombre de ‘charnego’, o ‘charnega’, apelativo cargado con el mismo desprecio que ‘bougnole’, ‘bicot’ (para los norteafricanos), ‘rital’ (para los italianos), ‘portos’” (para los portugueses), etcétera”.

No es casualidad tampoco que se asociara la obra de Goetzinger a las denuncias sociales de Carlos Giménez o El Cubri, pues, a fin de cuentas, no se trataba ya de una cuestión identitaria, sino de marginación, racismo y de la imposibilidad de eludir la predestinación de la pobreza.

En ***Olimpita*** (2009), publicada por Norma, Hernán Migoya y Joan Marín, aúnan también charneguismo con otro problema social derivado de la marginación: la violencia. Lo hacen, además, abordando la convivencia de dos generaciones de emigrantes muy diferentes: los charnegos españoles y los senegaleses que llegaron a Cataluña en busca de otra vida mejor. La obra pone de manifiesto un aspecto que merece la pena tratarse: en su pobreza y su exclusión, el charneguismo está expuesto a toda la violencia que eso conlleva, y aún intensificado para las mujeres que, por desgracia, sufren el añadido de la violencia machista.

En cuanto a la música, el charneguismo ha adoptado un género que conecta completamente con su idiosincrasia: la rumba catalana.

Se dice que nació en el barrio de Gracia barcelonés, en Hostafranc y la calle de La Cera, y que fueron las comunidades gitana catalanoparlantes las que la inventaron. Se basa en una mezcla de rumba flamenca, ***rock & roll*** y música cubana. Es en la fusión de cantes catalano-andaluces donde se reconoce el charnego.

A dos personajes populares, de la calle, se les atribuye el origen de la

rumba catalana. Unos dicen que, durante los años cuarenta, el Orelles, un gitano flamenco que tocaba la guitarra y cantaba en las juergas del barrio, inició un estilo que luego dejaría mella en la cultura popular. Otros señalan al Toqui, que acostumbraba a actuar en las bodas gitanas e inventó una forma de tocar la guitarra que combinaba melodía y percusión. Y diferentes fuentes aseguran que fue el Onclo Polla, u Onclo González, quién dio con la fórmula mágica y se la transmitió a su hijo, el Pescaílla (Antonio González Batista), y este, a su vez, se la traspaso a otro mítico, Peret (Pere Pubill Calaf), que aceleró los ritmos.

Sea como fuere, la rumba catalana ha ido incorporando figuras a su imaginario: el Gato Pérez, Gipsy Kings, Los Amaya, Los Chunguitos, Los Manolo, Lole y Manuel o Bambino, entre otros muchos.

Al margen de su conexión estrictamente musical, la rumba catalana se escucha en las fiestas y los bares de extrarradio y está sentimentalmente conectada con la clase migrante. Los andaluces que provenían del sur encontraban en la rumba el refugio cultural perfecto. No era del todo flamenco, pero se le parecía; como no es del todo idéntico el recuerdo de la infancia con lo que realmente se vive. Se fundía la rumba catalana con lo vivencial, en parte porque los creadores provenían de comunidades acostumbradas al desplazamiento.

Ni siquiera la gastronomía se ha librado de su particular expresión charnega. En 2004, el chef Julio César Cano publicó ***La cocina charnega***, donde reconoce que aunque, por definición, la cocina charnega no existe, el libro podía servir como nexo de unión de dos tradiciones gastronómicas, la catalana y la andaluza, que se mezclan hoy en día casi sin saberlo.

Y así podemos navegar por todas las artes hasta desembocar en la última gran expresión asimilada por el charneguismo, Rosalía, que merece capítulo aparte.

CAPÍTULO 12

ROSALÍA Y LA APROPIACIÓN CULTURAL

Uno de los temas culturales que más pasión levantaron en 2018 fue el álbum conceptual de Rosalía, ***El mal querer***. O Rosalía en sí misma, su concepto, su fulgurante aparición, su propia idiosincrasia. ¿Aparentemente lejos de la relación entre Cataluña y Andalucía? No tan rápido.

La cantante catalana, natural de San Esteban de Sasroviras, mezcla flamenco, pop y ***trap*** con matices de música negra en un disco que ha dado la vuelta al mundo: ***El mal querer***. Desde su aparición colosal en el Times Square de Nueva York hasta una actuación performativa en la gala de los premios Grammy Latinos, Rosalía ha conquistado al público y a los medios con una propuesta innovadora que trae consigo muchísima conversación.

Su disco adapta de forma libre ***Flamenca***, un libro del siglo XIV que relata una historia de desamor en la que un hombre secuestra a su propia mujer, obligándola a permanecer encerrada en una torre y dejándola salir de allí en contadas ocasiones. Con la violencia machista de fondo y por medio de su imaginario visual, Rosalía hace una analogía entre este amor medieval y las formas de amar contemporáneas. ¿Realmente hemos cambiado tanto como creemos?, parece preguntarnos con este álbum.

La estética de la cantante es una mezcla entre poligonera de barrio y moderna pop con aires gitanos. Sobra decir que a algunos les ha estallado la cabeza ante el universo Rosalía —que incluye también en sus videoclips a través de localizaciones en polígonos industriales, vehículos tuneados y tribus urbanas fantasiosas—, su estética milimétricamente estudiada y sus actuaciones repletas de coreografías. El caso es que toda Rosalía recuerda, y

mucho, a la cultura gitana tal y como la entendemos en España.

Es por ello que se habló en las redes, sobre todo a raíz de la publicación de su primer single, ***Malamente***, de apropiación cultural y del uso y abuso que, según algunas personas, hacía Rosalía de todo el imaginario flamenco y gitano para crear un producto musical. La crítica provenía de distintas voces en Andalucía; no así de andaluces residentes en Cataluña, para los cuales el imaginario de Rosalía resulta del todo familiar.

En el fondo, es una polémica estéril, ya que las apropiaciones e influencias en la cultura popular son el pan de cada día desde el principio de los tiempos. El mismo flamenco procede de la cultura fenicia y recuerda algunos compases de la música negra. Todo procede de alguna parte, todo va a algún sitio. Toda obra pretende transformar y ansía ser transformada. La cultura es un ente vivo, sediento de mezcolanza. No se puede compartimentar ni amordazar ni dejarla en estado virginal.

Y por supuesto, nadie puede quedársela en exclusiva.

¿POR QUÉ NOS GUSTA ROSALÍA A LOS CHARNEGOS?

En sí, el personaje que ha construido Rosalía en torno a sí no es más que un cúmulo de apropiaciones culturales —en el mejor sentido del término— y de reinterpretaciones combinadas con las influencias de una vida y de un sentir. Su música es flamenco, pero no lo es. Un tipo de ***Trap*** que no termina de serlo. Pop con sintetizadores, ruido de fondo y efectos de todo tipo. Así es el charneguismo, andaluz, extremeño o murciano pero no del todo. Catalán pero sin serlo, emigrante pero no tanto.

San Esteban de Sasrovira, donde creció la cantante, es un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona. Un extrarradio repleto de polígonos industriales donde el ruido de los motores es la música de fondo. Abunda la indumentaria de extrarradio, alejada de lo ***cool***, la mezcolanza social y la

identidad diluida y, de alguna manera, también construida. El afincamiento en los extrarradios también es una seña característica del charneguismo. Pisos más humildes, vida más barata; una manera de estar en el mundo construido desde la nada.

APROPIÁNDOSE DEL ÉXITO

La polémica de Rosalía sirvió en algunos foros de punto de partida a la hora de reivindicar la cultura andaluza y su influencia en Cataluña, estableciendo un perverso paralelismo: "Cataluña se apropia de la cultura andaluza como lo hace Rosalía del flamenco y la cultura gitana". Siendo falso tanto uno como lo otro. De cualquier forma, servía para sacar a la palestra cierto orgullo charneguil. Dicho esto, no se puede negar que algunas de las manifestaciones culturales que se dan a nivel popular en Cataluña, beben, o han bebido, de la cultura andaluza. No en vano, ambas comunidades comparten un pasado y consanguineidad. Lo lógico sería que esta hibridación pasara desapercibida, por obvia.

Y es curioso, porque los mismos que usan los símbolos andaluces por y para la cultura española, día sí y día también, a la hora de configurar su imagen pública al mundo —¿quién no ha visto una mujer vestida de flamenca y un tocaor a la guitarra como emblema de la cultura española?—, se mostraban mucho más intolerantes cuando la cultura andaluza era usada en el ámbito catalán. ¿No se escondía, tras de sí, cierta catalanofobia o, mejor dicho, cierto aire de revancha contra el independentismo?

Sea como fuere, la polémica de Rosalía, algo tan viejo como que las comunidades que conviven tienden a mezclarse y compartir sus manifestaciones culturales, llegó hasta estamentos oficiales y a la vida política, y ahí, como bien sabemos, la cultura puede ser utilizada para cualquier cosa.

En un encuentro de la Federación de Entidades Culturales Andaluzas en

Cataluña (FECAC), celebrado a principios de enero en Calella, el vicepresidente de la Generalitat y adjunto a la presidencia de Esquerra Republicana, Pere Aragonés, no dudó en echar mano de Rosalía para explicar la relación entre Cataluña y Andalucía: "Un país abierto como Cataluña incorpora mochilas culturales diversas. La cultura andaluza es también cultural popular catalana". Para rematar diciendo: "La FECAC siempre tendrá un aliado en la Generalitat. Tenéis las puertas abiertas, siempre que nos habéis pedido ayuda nos habéis encontrado dispuestos"[58].

Rosalía inició su carrera en entidades culturales socias de la FECAC, motivo suficiente para que unos se sintieran corresponsables de su éxito y otros lo utilizaran como metáfora: "Para que un árbol crezca, ha de tener buenas raíces. Una sociedad que quiere crecer ha de cuidar todas las raíces. De igual manera, un país abierto como es Cataluña incorpora las mochilas culturales de gente de procedencias diversas".

Y es que, desde tiempos del pujolismo, se tiene a cuidar muy bien a la FECAC: la gran federación andaluza en la comunidad es un importante caladero de votos, pues afecta a numerosos colectivos que, a su vez, extienden su influencia a muchas familias de raíces andaluzas afincadas en Cataluña. El discurso vertido por el vicepresidente tiene tanto de real como de ficticio, pues tras de sí se esconde una relación mutualista: Al vicepresidente de la Generalitat le conviene tener contentos a los colectivos andaluces y a los colectivos andaluces les conviene contentar a los políticos. Votos a cambio de subvenciones, subvenciones a cambio de votos.

Malamente.

CAPÍTULO 13
VENGA, HABLEMOS DEL PROCÉS

En un principio, planeaba realizar este libro sin tratar el ***procés***. Para entenderlo hay que remontarse a dos precedentes. El Plan Ibarretxe de 2001 y el Estatuto de Autonomía de Cataluña de 2006. Ambas fueron propuestas políticas que pretendían avanzar en la autonomía del País Vasco y Cataluña respectivamente, pero no consiguieron su propósito, y forman parte de los momentos más candentes de la historia política del país. Sin esa sensación de fracaso permanente, no se puede entender el ***procés***.

El fracaso del Estatut, abortado ***in extremis*** por la vía judicial, dotó de argumentos al independentismo para ignorar al Estado central y montarse un itinerario rupturista por su cuenta y riesgo, generando una narración alternativa que, si bien era efectiva para acumular simpatizantes, tenía más de deseo que de realidad. Comenzó creando una coalición política separatista, Junts Per Catalunya, y terminó con un pulso con el Estado en el que el independentismo sobrevaloró sus fuerzas o infravaloró las fuerzas del Gobierno central. Su itinerario pasaba por activar, a través del Parlamento catalán, la convocatoria de un referéndum de autodeterminación, que terminó celebrándose, a su manera, en una jornada nefasta para España y Cataluña, el 1 de octubre de 2017. El Gobierno central, legitimado para detener una consulta tachada de ilegal e inconstitucional por las fuerzas políticas constitucionalistas, paró el referéndum y el ***procés*** con el ejercicio del poder y de la violencia. Un día negro para la historia de Cataluña, una vergüenza para toda Europa y un episodio indecoroso de nuestra reciente vida política. Las imágenes de personas defendiendo las urnas y de policías empleándose

ferozmente contra ellas siguen muy presentes para buena parte de la población a la hora de acudir a las urnas.

Entonces, llegó el bloqueo político y las tensiones con el Gobierno central convirtieron al ***procés*** y su referéndum en una declaración unilateral de independencia (la archiconocida DUI), que aconteció el 27 de octubre de 2017 en sede parlamentaria y fue suspendida ***ipso facto*** por Carles Puigdemont en pos de un diálogo que nunca sucedió. Ningún estado soberano reconoció este hecho político y el gobierno del Partido Popular se limitó a dejar que caer el peso de poder, y las fuerzas de seguridad del Estado, sobre Cataluña y judicializando los actos que tuvieron lugar mediante la acusación de rebelión, sedición, desobediencia y malversación de fondos públicos. Finalmente, vino la huida al extranjero del que fuera ***president***, Carles Puigdemont, el encarcelamiento de políticos y un estado de crispación social permanente, aún por resolver. Las condenas resueltas por el Alto Tribunal a Junqueras y a los demás líderes del ***procés*** no han hecho sino acrecentar la sensación de ruptura social. Van a pasar muchos años hasta que se recobre la normalidad, si es que existe una normalidad para Cataluña.

Lo hechos han sido de tal magnitud que resulta imposible ignorarlos. No solo es imposible escapar del ***procés***, sino que es indispensable para entender el contexto del charneguismo hoy en día.

La situación catalana ha suscitado que se vuelva a hablar de los charnegos, ya que todo lo que tiene que ver con Cataluña vuelve a estar de nuevo en el centro de atención. El asunto catalán ha engullido todas las conversaciones en Cataluña y en España, convirtiéndose, durante un tiempo, en el tema por antonomasia a nivel político y social. Ni las consecuencias de la crisis económica ni la desigualdad ni la precariedad ni la ola reaccionaria europea, ni el problema migratorio ni la violencia de género han tenido tanta repercusión de manera continua a lo largo y ancho del país.

Por más que el tema tenga una magnitud colosal y se haya escrito hasta el hartazgo al respecto, eludirlo es un error, igual que es un error que el

Gobierno español de turno siga actuando como si ese anhelo no fuera parte de la sociedad. Hay que hablar de la independencia de Cataluña.

El charneguismo, además de ser parte implícita, se convierte en zona gris, una indeterminada masa de votantes que puede inclinar la balanza política hacia un lado u otro. Máxime cuando ni independentistas ni constitucionalistas gozan de mayorías suficientes para imponer sus criterios. Por eso asistimos a un cortejo perenne, a la presión incesante y a una interpelación continua.

Al charneguismo, por tanto, le va a afectar siempre lo que suceda a nivel sociopolítico con esta cuestión, pues todos los actores los van a implicar en el debate. Le afecta, pues, en el trabajo, en las relaciones sociales, en las amistades y en la familia. Y en contrapartida, el charneguismo y lo que decidan hacer los charnegos con su autonomía como individuos autónomos afectará a toda la sociedad catalana.

Las personas charnegas se han visto casi obligadas a tomar partido en una cuestión que apela a todo bicho viviente: ni una mosca en Cataluña puede escapar del ***procés***.

En esencia, tengo la sensación de que el charneguismo se ha desbrozado a raíz de estos acontecimientos.

Si bien es cierto que, históricamente, asociaciones que tienen mucho de charnegas, como la FECAC, han estado políticamente alejadas del independentismo (más allá de algún flirteo puntual de alguna de sus entidades asociadas), cuando entramos en el ámbito individual, las posiciones amplían su espectro. Sobre todo en lo que concierne a la posibilidad de un referéndum. La mayoría de charnegos no son independentistas, pero del mismo modo, la mayoría ve con buenos ojos un referéndum. Según las últimas encuestas, el porcentaje estaría en una horquilla entre el 68 y el 80 por ciento, dependiendo de la fuente consultada[59].

Parece lógica la necesidad de poner un punto y aparte después de años con el tema en primer plano. Hablando en términos absolutos, se trata de una

excepcionalidad histórica: la construcción o no de un nuevo país. Casi nada. Y como cada charnego es un mundo, también su vinculación con la tierra de acogida es diferente, sus amistades son fruto de la experiencia personal, y su arraigo o desarraigo a la tierra de origen, una cuestión vivencial e intransferible. Hay de todo si buscas un pronunciamiento al respecto.

Resumo algunos casos que he escuchado de viva voz y que estimo que deben ser tenidos en cuenta:

- Hay charnegos que consideran que desvincularse de España es desvincularse, en cierta manera, de lo poco que tienen en común con su tierra de origen, de sus raíces y su memoria. Esta es su razón de mayor peso para no desear la independencia. La oficialidad política está cargada de simbolismo y arrastra un sinfín de historias personales.
- Hay charnegos para los que el exilio es consecuencia de la falta de oportunidades, la desigualdad y el desinterés de las instituciones de su tierra de origen con respecto a su presente y su futuro. Eso es así para ellos mismos o para sus antecesores. Todo lo que no le dio la tierra primigenia, se lo está dando la tierra de acogida. Por eso ven la independencia con buenos ojos, porque de alguna manera es una forma de seguir construyendo una vida al margen de quienes no le dieron sustento. Y una forma de reivindicarse.
- Hay muchos charnegos veteranos cuyo ámbito social se fraguó en el extrarradio, hicieron vida con la clase obrera catalana y consideran las reivindicaciones independentistas una ***boutade*** de la clase burguesa catalana que manipula al pueblo con tal de satisfacer sus intereses. Y al sentirse nuevamente manejados por terceros, reniegan de cualquier cosa que les emparente con ello. La promesa de un nuevo país dirigido por una nueva casta no les seduce lo más mínimo.
- Hay un porcentaje considerable de charnegos que, atendiendo a

todo el entorno que les rodea, ve aceptable que la salida a esta cuestión se resuelva mediante un referéndum de autodeterminación. Si A y B no se ponen de acuerdo, vamos A, B, C, D y E, y los que sean, a las urnas. Esto no es exclusivo de los charnegos, ya que, en el conjunto de la población catalana, esta vía alcanza, como señalé antes, entre el 68 y 80 por ciento de los resultados. Si, como dije anteriormente, Cataluña es casi una nación charnega, lo lógico es que los porcentajes entre el total de la población y los porcentajes de charnegos fueran similares. Del mismo modo que la sociedad catalana muestra un amplio espectro de sensibilidades respecto a esta cuestión, los charnegos presentan esa diversidad.

- Hay otras personas charnegas que se ven seducidas por la idea de escapar de una España con la eterna losa del posfranquismo y la dinastía borbónica. Hay que tener en cuenta el peso histórico de esta aseveración. Hacia Cataluña huyeron muchas personas del bando republicano, y Barcelona mantiene un gran movimiento antifascista en sus barrios. Todo ese legado histórico tiene eco en su descendencia. Esa Barcelona de entonces está más cerca de muchas personas que el país que es España, plagado de familias que apoyaron al franquismo desde sus posiciones de poder. Un nuevo país rompería con ese país represivo y autoritario incapaz de cambiar con el tiempo. El franquismo sociológico sigue vivo.
- Hay apátridas a los que la sola mención del ***procés*** les provoca urticaria, pues se trata de una aspiración utópica enarbolada en torno a un país ficticio. Nunca las élites permitieron estados de idoneidad para la gente corriente. Por eso, hablar de un nuevo país justo e igualitario les da la risa.

Hay personas charnegas que, sencillamente, se sienten españolas. No de la España franquista y represora (no es esa la única España, por mucho que haya quienes quieran dar pábulo a esta visión), sino de la España de cientos

de referentes culturales, gastronómicos, patrimoniales; de sus gentes, de sus pueblos, de sus fiestas, de sus tradiciones. Toda esa diversidad adquiere un sentido de nación solo a través de la bandera rojigualda. Y esto existe, por más que el uso y el abuso de unos pocos haya asociado la bandera a una determinada ideología. Cualquiera que eche un vistazo a la actualidad del país reconoce que la percepción pública de la bandera española no goza del carácter transversal de otras, como la bandera norteamericana, la argentina, la francesa, la colombiana o la mexicana, por citar algunos ejemplos.

En definitiva, hay tantos charnegos como maneras de entender la relación de un individuo con el estado.

Todos los actores políticos reivindican su esencia charnega, pero lo único que quieren son votos que administrar a conveniencia. Para ello, aluden a discursos sentimentales, que intentan adecuar al imaginario charnego. Aplican el ***storytelling*** que ha venido a invadir el mundo empresarial. Pero esta suerte de relato suena tan artificioso que a menudo causa sonrojo y acaba con el hartazgo y despolitización de la comunidad charnega.

No han faltado, desde los Pujol, políticos que se hayan acercado como vendedores de milagros a la comunidad charnega. Le han prometido el oro y el moro, pero los charnegos han ido conquistando derechos por sí mismos y no por la gracia divina de la clase política. Han pasado los años y sus reivindicaciones siguen siendo las mismas, y esto va más allá del concepto de estado o nación: el derecho a una vida digna de ser vivida.

Repasemos los grupos políticos: el PSC reivindica su conexión histórica con el charneguismo (y es cierto, siempre hubo afinidad entre ambos); el PP se erige como defensor del españolismo y Esquerra Republicana, de su consanguineidad; los Comunes llegaron a hablar de Cataluña como nación charnega; Ciudadanos los intenta absorber a través el discurso liberal con un fuerte carácter antindependentista, y la CUP alude al charneguismo ilustrado como ejemplo de su avance social, comparte la esencia obrera y dibuja un mundo posibilidades a través de un nuevo estado catalán.

Todos tienen lazos con el charneguismo, todos tienen su parte de razón y todos, a su vez, se dejan fuera parte del retrato. Pero eso es el arte de la política, hacer que el máximo número de personas formen parte de una misma idea de país.

Quizás, para tener una idea objetiva del retrato global del ***procés***, los medios de comunicación españoles y catalanes no sirvan, ya que se trata de parte implícita en la discusión. Los medios extranjeros son una buena vara de medir el conflicto. Por eso, leer ***The Guardian***, ***Liberation***, ***New York Times*** o ***La Repubblica*** es un sano ejercicio mental. Se aproximan al tema de manera más concreta y sintética y sin esa agresividad que ha afectado también a la prensa del país.

En ese sentido, y pese a sus defectos, el documental producido por Netflix, ***Dos Cataluñas***, es capaz de sintetizar, en apenas dos horas, la amalgama de sentimientos que trae consigo el ***procés***. Desde el romanticismo y la fascinación a la intolerancia y la confrontación; de la resistencia heroica a la inconsciencia; de la autenticidad de la anciana de ochenta años yendo a votar a la falsedad de quienes estiran el chicle de la política en pos de la supervivencia; de los convencidos a los fatigados; de la idea del corazón de la democracia a la brutalidad del Estado opresor; de lo sentimental a lo económico, pasando por lo cultural y la memoria histórica, todo cabe en una agitadora que mueve a velocidad de vértigo ingredientes de alto poder combustible.

Lo que parece seguro es que la fractura social de los últimos tardará años en sanarse, y que el "problema catalán" será un factor que acompañará por siempre a las personas charnegas. Era un problema cuando llegaron, es un problema ahora y será en problema en el futuro. Probablemente, mueran sin un acuerdo. Porque ya no se trata de un tema de financiación, de la sentimentalidad del concepto de nación o de aspiraciones de autogobierno; se trata de dos partes que acumulan odio y se lo muestran a diario. Y todo se está produciendo con una clase charnega que asiste como observadora a una

guerra que en principio no era la suya. El fracaso de la clase política ha convertido una cuestión identitaria, secundaria para los charnegos, en el centro neurálgico de las discusiones de su entorno.

Y cuando uno lleva la vida preocupado por asuntos de brocha gorda, trabajo, techo y comida, todo lo demás parece un indeseable infortunio.

CAPÍTULO 14
EL SOMORROSTRO

La desaparición de espacios urbanos que congregaron a un gran número de charnegos era parada imprescindible de este ensayo. Tomamos el barrio de Somorrostro como ejemplo del universo que fue y que desapareció, y que de alguna manera soportó la esencia de sus gentes, lo que fueron más allá de sus oficios. Podrá pasar el tiempo, pero mientras haya memoria estarán vivos los espacios que ocupamos.

El nombre Somorrostro tiene un origen incierto. Se dice que proviene de la presencia de carabineros vascos que se instalaron en él. En sí, se trataba de un asentamiento de chabolas situado entre el Hospital del Mar y la calle de la Marina. En las decenas de metros que separaban el muro de la fábrica de gas con la playa, se alojaron numerosas familias desde el último cuarto del siglo XIX hasta el año 1966. La primera vez que fue nombrado como barrio fue en 1875.

Pese a lo que podría pensar cualquiera a quién se le mostraran fotografías antiguas, el barrio del Somorrostro y sus barracas no desaparecieron del paisaje urbano barcelonés por tratar de dignificar las condiciones de vida de la población gitana y los emigrantes que habían comenzado a poblar esos barracones hace casi un siglo. Se hizo por pura mercadotecnia. La ciudad estaba creciendo a un ritmo considerable y necesitaba esa zona para afincar a la clase media, quitarse del medio un paisaje urbano más que precario y atraer al turismo. En otras palabras, sus habitantes molestaban. Era parte del plan del franquismo para modernizar España.

El plan no tenía ninguna intención de respetar la historia de arraigo y vínculo emocional con la ciudad que de alguna manera habían desarrollado

las comunidades que habían fijado en el barrio su residencia. En eso, el franquismo y muchos gobiernos democráticos posteriores fueron igual de inclementes. Los pobres tenían que ser desplazados u ocultados, según las necesidades del momento.

Sucedió en el Somorrostro, sucedió en Sevilla antes de la Expo 92, y en la misma Barcelona con los juegos olímpicos, e intentaron hacerlo en Valencia derribando El Cabañal en la época de Rita Barberá. Afortunadamente, como caso excepcional, la presión popular salvó, al menos de momento, el mítico barrio pesquero valenciano.

Del Somorrostro, sin embargo, solo queda el recuerdo. A comienzos de la década de los veinte, alentados por la construcción del metro y las obras para la Exposición Internacional de 1929, un aluvión de trabajadores llegados desde toda la geografía española propició el auge del barraquismo en Barcelona, especialmente en el extrarradio. Así, se pasó de las 63 barracas de 1905 a las más de 2.400 que fueron censadas en 1954, las cuales albergaban a unas 15.000 personas, hacinadas todas ellas a lo largo de apenas un kilómetro de playa.

Las crónicas de entonces relataban el peculiar ambiente del barrio, en el verano de 1935. J. Ruiz de Larios narraba en ***La Vanguardia***:

¿Qué clase de gente vive aquí? ¡Ah! Gente de paz. A unos les atrae ese simple hecho de ser propietarios. A otros los arroja la necesidad. Un tiempo, la excusa fue la escasez de viviendas; después, fue lo elevado de los alquileres; más tarde, la falta de trabajo hacinó familias enteras en estos lugares. De una barraca, nos dicen que sirve de cobijo a doce personas. La barraca, no obstante, ocupa un espacio no mayor de seis metros cuadrados. También tiene su parte el afán del ahorro. Hay —todavía, pero cada día menos—gentes que se llegan hasta nuestra ciudad, trabajan unos años —o un invierno —, y luego se largan hasta su lugarejo natal y adquieren, con lo que ahorraron, un trozo de tierra que les permitirá seguir viviendo libremente. Esto no es todo. Porgue Somorrostro es también estación estival. Apenas aprieta el calor un tanto así, toda aquella playa se convierte en una ciudad populosa. Familias enteras trasladan su ajuar, o alquilan o montan un barracón, y pasan el verano tranquilamente, junto al mar, y envueltos en una sinfonía de olores que no figuran en ningún catálogo de perfumería.

Lo que verdaderamente interesa es la paz absoluta que reina en estos barrios. Difícilmente se registra un altercado. La policía tiene poco que hacer por allí. De vez en vez, aparece, eso sí, un urbano que reparte entre los vecinos las hojas para el empadronamiento o para las cédulas. Su presencia

despierta cierta prevención. Un ejército de criaturas semidesnudas sigue sus pasos, corno dándole escolta. Luego, ya desaparecido, los vecinos se preguntan por la utilidad de aquellos papeles, que acaban sus días envolviendo desperdicios [...][60].

La desaparición del mítico barrio charnego fue fruto del desarrollismo de las ciudades en el siglo XX, del designio de la irremplazable transformación urbanística de la ciudad. Su desaparición contempla dos fases: en 1961 fueron derribadas 765 viviendas, con el fin de urbanizar un tramo del paseo. Ya en junio de 1966, el Ayuntamiento del alcalde franquista Porcioles decidió acabar de un día para otro con el Somorrostro, borrando de un plumazo su idiosincrasia característica. Hoy es reivindicado por diferentes colectivos relacionados con la memoria histórica de la ciudad. Dos motivos principales provocaron su fin. El primero fue la visita que el dictador Francisco Franco tenía programada a la ciudad para presenciar unas maniobras navales. El segundo, el ambicioso Plan de la Ribera, que pretendía realizar una fachada al mar desde La Barceloneta hasta el Besòs, y que gozaba con todo un aparato político y propagandístico a su favor. ***La Vanguardia*** se refería a él en septiembre de 1966 como "posiblemente, uno de los más fabulosos planes que se hayan podido concebir en nuestros días"[61].

"El desalojo del Somorrostro es paradigmático de la forma de construir la ciudad a golpe de operación urbanística que inició el alcalde Porcioles", resume la historiadora Mercè Tatjer[62].

La nula resistencia de una población, desconectada de los asuntos de ordenamiento público y centrada en la noble tarea de sobrevivir, hizo el resto. Los desahuciados fueron trasladados a polígonos alejados del centro de la ciudad, por lo general desabastecidos, aislados y faltos de los servicios más elementales. Fue el barrio de Sant Roc, en Badalona, donde se concentró más gente. La llegada de cientos de familias disparó el recelo, la aporofobia y la xenofobia entre los habitantes de la población, todo a la vez. La revista ***Badalona*** publicó:

Desde pocos días antes de la festividad de San Juan, las viviendas que "Polígono de San Roque", o

también “Polígono 1”, entre casa Cros y Artigas, cuya construcción tanto tiempo estuvo paralizada, han venido siendo ocupadas de manera acelerada y casi sin interrupción alguna, por más de seiscientas cincuenta familias procedentes de las barracas que existían en las barcelonesas barriadas del Somorrostro y de Montjuic, familias integradas en buena parte —dejando a salvo las naturales excepciones que no dudamos deben existir— por gentes sin oficio ni beneficio, que han vivido siempre carentes de las más elementales condiciones de higiene —muchas veces por falta de medios—, y que por ahora no han demostrado que saben adaptarse a sus nuevas condiciones de vida. La invasión ha sido contundente y masiva, además de imprevista. En poco más de una semana Badalona ha crecido en unos ocho mil habitantes.

Este recelo destapa una de las cuestiones principales del charneguismo, el reconocimiento social como iguales, el reconocimiento institucional como ciudadanos a la misma altura que el resto. La ciudad, que necesitó históricamente la mano de obra de miles de trabajadores para construir la gran metrópolis que es ahora, les dio entonces la espalda. A la ciudadanía charnega, desterrada a los barrios periféricos (La Trinitat, Can Clos, La Mina, Sant Andreu) le costó muchísimo esfuerzo obtener reconocimiento. A veces, más de una vida.

CAPÍTULO 15
EL OTRO

Era 2015, si no fallan mis cálculos. Se entregaba el Premio Planeta, el más cuantioso de la literatura española. El poder de la editorial y su grupo de comunicación es tal, que el acontecimiento sigue generando una enorme expectación a su alrededor, pese a que casi todos los actores literarios (agentes, escritores, periodistas) dicen que el premio lleva años de capa caída.

Aprovechando que la sede de Planeta está en Barcelona y que es la ciudad donde se celebra su gala anual, Canal Sur Radio me invitó a hablar en un programa especial que trataría dos temas principales: el Premio Planeta y los andaluces residentes en Cataluña. Después de hablar de libros, conversamos de cómo era nuestra vida aquí, nuestra integración en la comunidad catalana y qué expectativas de futuro teníamos. Cuatro años después de aquello, casi soy una persona nueva. Pero por aquel entonces, mi única expectativa era sobrevivir.

Uno no tenía el derecho a crearse expectativas, nuestra ambición de prosperar se nos había extraído de manera brutal, a golpe de decreto ley. Desde que estalló la crisis, hacía más de un lustro, no habíamos recuperado nuestro derecho a soñar. Podíamos mantenernos a duras penas, no menguar, porque prosperar era un asunto del pasado. Nos habíamos acostumbrado a vivir por debajo de lo que pretendíamos ser, algo que por otro lado siempre sucede así. Siempre queremos ser otro mejor. Tampoco es que haya cambiado mucho la cosa.

Canal Sur Radio, como radio oficial de Andalucía, tenía y tiene a sus empleados como ocurre frecuentemente en el ámbito periodístico de toda

España, temblando. Y más hoy en día, bajo la amenaza de la recentralización. Viajan poco y cuando lo hacen, llevan lo puesto. Tanto es así, que Jesús Vigorra, su célebre presentador, viajaba solo y con una pequeña maleta de ruedas. Comunicar, al y fin y al cabo, siempre fue un acto sencillo en el que solo se precisan dos actores, el que habla y el que escucha.

Vigorra es un imprescindible de la radio andaluza. Es director desde hace casi veinte años de un programa cultural que ha ido transformándose, mutando, hasta establecerse como un espacio popular donde el público tiene la palabra. Precisamente el programa se llama "El público", y es un poco la casa de todo el que quiera hacer radio.

En todas las radios, se establecen acuerdos con otras emisoras locales de la península para el aprovechamiento de sus estudios en caso de desplazamiento. Uno de estos trueques radiofónicos fue el que me llevó, para la entrevista de Canal Sur Radio, a La Xarxa Radio, una de las radios locales más escuchadas de Cataluña, sita en plena avenida de las Cortes Catalanas. Un año antes había estado presentando allí ***Yo, precario*** en un programa conducido por Albert Vico, y recuerdo que durante el camino me preguntaba si volvería a verlo presentando su programa "El concurs de la Xarxa", ya que el encuentro con Jesús Vigorra y los demás invitados sucedería en el mismo estudio. Pero pronto me di cuenta que no, de que La Xarxa ya no era lo que había sido: estaba en obras y había sufrido una remodelación a la baja. Así se le ha llamado en esta crisis a los recortes: reestructuraciones. Albert Vico y su programa, ***El concurs de La Xarxa***, un magazine crítico de carácter lúdico y social, ya no están donde acostumbraban. Desaparecieron. Los engulló el agujero negro del periodismo, que destruyó 12.200 empleos durante lo peor de la crisis. La industria está sufriendo lo indecible para reorientarse hacia un nuevo modelo sostenible, que genere ingresos y aúne los formatos clásicos con el mundo ***dos punto cero***: la era digital. Aún está en ***shock***, asimilando su desgracia. Sus miembros huyen en desbandada, agarrándose al primer proyecto que invite a la esperanza. Un medio

vanguardista, ***Playground***, ha anunciado un ERE a principios de este año.

Pues bien, en el plató me esperaba Jesús Vigorra junto a otros dos invitados. Uno era un joven de unos treinta años que vestía con vaqueros y una camisa listada, absolutamente desconocido. Fijaba frecuentemente su mirada en el suelo y se comportaba con absoluta discreción, como si su sola presencia molestara al resto. El otro, impaciente por terminar lo que aún no había empezado, pegado al móvil como una lapa, es uno de los andaluces más célebres de Cataluña, Justo Molinero.

Justo Molinero es el locutor de radio más conocido en toda la comunidad. Su porte recuerda al del actor Arturo Fernández, siempre impoluto, con chaqueta y camisa. Yo no supe de su existencia hasta que llevaba un tiempo viviendo en Cataluña. Lo lógico, teniendo en cuenta que no escucho la radio convencional. Pero Justo Molinero tiene un Premio Ondas y varias distinciones de gran prestigio tanto a nivel cultural como periodístico. Emigró a Cataluña buscándose la vida en 1967 y, con mucho trabajo y los contactos apropiados, ha construido un pequeño imperio mediático. Comenzó creando una radio casi clandestina destinada a sus compañeros taxistas, Radio Teletaxi, con la idea de retransmitir el mundial de fútbol celebrado en España en el año 1982. Diez años después consiguió su primera licencia oficial para emitir en FM y a partir de ahí, nadie lo pudo parar. Miles de oyentes están enganchados a su manera de hacer radio, una mezcla de música folclórica andaluza, testimonios cotidianos y deportes. Su audiencia, mayoritariamente emigrante y obrera, buscaba en las ondas una voz sensible a sus problemas. Hoy, el Grup Teletaxi tiene 28 frecuencias analógicas, tres concesiones autonómicas de radio digital, cuatro canales de televisión analógica y tres canales de TDT, así como una compañía discográfica, Moval Music.

Entre los catalanes es un ejemplo perfecto de integración y evolución del emigrante. Justo Molinero habla perfectamente catalán, comprende sus sensibilidades, es camaleónico y tolerante con el eterno abanico de ideologías. La web de Altres Andalusos recoge en uno de sus artículos más

leídos que Justo Molinero es partidario de un Estado propio catalán e invita a los catalanes a ser "más cabrones" a la hora de expresarse en catalán ante castellanoparlantes, pues eso favorecerá la integración lingüística. Teletaxi, en cambio, se radia íntegramente en castellano. Tiene cientos de amigos independentistas, se dice que ha flirteado con la causa, se ha enfadado con Rufián por autocalificarse ***charnego*** en el Congreso de los Diputados[63] y ha ido a ver a Oriol Junqueras a la cárcel. Los foros lo tachan de chaquetero, de mujerzuela, de lameculos, por decir las calificaciones más suaves. En el pasado apoyó al Partido de los Socialistas de Cataluña y en una de las fotos más célebres de Artur Mas con la bandera catalana, sale justo a su espalda, casi escoltándole.

Cuando entramos en antena, y bajo la sintonía de Canal Sur, no se expresó sin embargo con tanta rotundidad, pese a que se abordó el tema con preguntas directas. ¿Qué tal en Barcelona? Dijo abogar por una convivencia pacífica e incidió en que ojalá Cataluña pueda decidir algún día lo que quiere ser. "Aquí no existen esos conflictos que se hablan entre catalanes y andaluces. Es más propio de la clase política". Justo Molinero tiene razón. En Cataluña la convivencia es pacífica, basta con visitar los barrios. Fuera de ella, no. Hay una batalla ideológica dirigida por los imperios mediáticos, celebrándose en el terreno de lo irreal, que es todo lo mediático. Molinero conocía de primera mano cómo estaba la situación entre Cataluña y Andalucía en ese momento. Tensa.

Hacía poco que unas declaraciones de Duran i Lleida, por entonces portavoz de CIU en el congreso habían enrarecido el ambiente cuando declaró que los campesinos andaluces se pasaban el día en el bar gracias al dinero del PER. No hay cosa que más duela a los burgueses catalanes que otros se lleven el dinero que podrían estar robando ellos. Desde entonces, Durán i Lleida, que además acababa de esquivar a última hora las consecuencias del caso Pallerols —en el que UDC se llevó dinero a sus propias arcas destinado a formación para parados—, es enemigo público en

Andalucía. Así que, situado entre la espada y la pared, entre una audiencia que recelaba, por decirlo suavemente, de quienes dominaban las decisiones de Cataluña —incluidas las licencias de los medios de comunicación— y de la clase política que representaba a la mayoría de catalanes que ejercía su derecho al voto, Justo Molinero abogaba por un espacio de convivencia pacífica. Por otro lado, un discurso de conciliación necesario entre dos comunidades que desde entonces no han hecho sino distanciarse sentimentalmente.

A nuestro lado, el tímido joven que había venido a hablar de su experiencia en Cataluña, sonreía nervioso. Era de un pueblo perdido en la sierra jienense. Estaba en el paro y cuando le llegó la oferta de trabajo de la fábrica de automóviles, no se lo pensó dos veces. Cogió la maleta y se marchó. Tuvo apenas doce horas para pensar si su vida iba a cambiar para siempre. Ni siquiera se despidió de sus amigos. Su familia, eso sí, le acompañó a la estación. Un fuerte abrazo y hasta pronto. En Andalucía sucede muchas veces así. La gente desaparece en la penumbra, de un día para el otro y antes de salir el sol. Cuando preguntas por Fulanito o Menganito —o por ambos— resulta que ya se han marchado. "Ah", dices. Y la vida sigue. No hay otra.

Lo relató entre risas. Los andaluces somos así, de todo hacemos un chiste, hasta de la desgracia de vivir donde te dejan y no donde quieres hacerlo. El camino de los años veinte repitiéndose como en una maldición eterna. Antes, destino Cataluña; ahora, hacia cualquier parte. Nuestro compañero de plató estuvo unos meses a prueba hasta que, por fin, le hicieron un contrato indefinido. Se le veía feliz. No tenía grandes habilidades comunicativas, pero no le hacían falta, era bueno en lo que hacía; ya había obtenido su victoria. Le iba bien, pero a su pareja no tanto, porque era profesora y en Cataluña la cosa estaba —y está— ***complicá***.

Su testimonio era el que verdaderamente interesaba, pero Justo Molinero y yo acaparamos demasiada atención. Molinero esquivando la cuestión

catalana, haciendo un ejercicio de nostalgia y hablando de sus visitas a Villanueva de Córdoba, su pueblo de nacimiento. Yo, aprovechando la coyuntura mediática para denunciar la falta de oportunidades que tenían —y tienen— los jóvenes en Andalucía y la nefasta política autonómica. Me sentía como un invitado que quería hacer estallar una bomba en el palacio, pero eso no justificaba mi ataque justiciero ni mi ego acaparador ni mi tono fuera de contexto. Y más cuando comprendí, camino a casa, que ni Justo Molinero ni yo éramos el testimonio que debía prevalecer. El testimonio real era el de aquel joven cuyo nombre no conseguía recordar. Y es que al final es así, los inmigrantes no tienen nombre ni rostro ni lugar al que llamen hogar. Se pierden entre el nomadismo, los números estadísticos y una humilde prosperidad que, de conseguirla, solo celebran para sí mismos. Y cuando pueden hablar, imbéciles como yo acallan su voz.

Sus ilusiones, sus dificultades, sus anhelos: eso es lo que debió escuchar la audiencia y no le dejamos hacerlo. Sobraban los desvaríos de un locutor que viene de vuelta o las denuncias sociales de quien jugaba de forma patética ser escritor. Aquel joven, el tercero, el ignorado, era lo más parecido a la gente que viene y se va, a los que ponen sus sueños en barbecho en una tierra extraña, a los que comprueban en sus carnes que salir de tu tierra es salir de una parte de ti mismo para nunca volver. Hay algo de nosotros que nunca recuperaremos cuando vemos alejarse la estación. Hay una parte desconocida de nosotros mismos que está por nacer.

A la salida, Vigorra lucía una sonrisa, su programa había salido redondo y, por fin, había concluido una dura jornada laboral. El día siguiente entregaban el Planeta y aún le quedaban dos días para disfrutar de Barcelona. Charlamos en un corro antes de la despedida. Me ofrecí al joven para ayudarle en lo que necesitara. "En esta web tienes mi correo —le dije —. Puedes escribirme". Me sonrió como diciendo: "Y este, ¿qué quiere de mí?". Molinero tenía prisa por marcharse, pero aun así me felicitó por el libro, se interesó vagamente por él y me pidió el correo electrónico: "Dámelo,

que te llamaremos para venir la radio".

Nunca más lo he vuelto a ver.

CAPÍTULO 16
LA LEO

Ya he estado antes aquí comiendo por cuatro duros y ahora repito, con tal de sorprender a mi pareja y mostrarle un rincón auténtico de la Barcelona canalla, esa que tan bien quedó retratada en ***Makoki***, el cómic ***underground*** que Miguel Ángel Gallardo y Juanito Mediavilla popularizaron al poco de volver la democracia a España.

Me encuentro en La Leo, un bar situado en un capilar del barrio pesquero de Barcelona, La Barceloneta. A simple vista, su principal atractivo es que está decorado con todo lo relacionado con el mundo del flamenco y la rumba catalana, prestando especial atención a la figura de Bambino, uno de esos pequeños (por el alcance) y la vez grandes (por la hondura) mitos del cante.

En realidad, lo que hacía Miguel Vargas "Bambino" era un híbrido entre coplas, bulerías, rumbas y boleros; algo inclasificable que unos llamaban seudoflamenco, otros flamenco ***apaleao*** y otros, rumba agitanada. Y eso era lo mejor que se podía decir de su obra, que nadie supo nunca acotar. Dinamitó las fronteras de la música popular, adaptándola a su antojo. Bebía, eso sí, de los cantes populares andaluces, pues tanto Bambino como su familia eran de Utrera pero terminaron ganándose la vida como nómadas, de ciudad en ciudad, vendiendo su arte al mejor postor. Un día, en una actuación en Sevilla, adaptó la canción de ***Bambino Piccolino*** popularizada por el italiano Renato Carosone y alguien dijo que ese joven se llamaba Bambino y todos los demás le hicieron caso. Desde entonces hasta la actualidad, después de su fallecimiento, su cante no ha dejado de ganar adeptos. Hay algo auténtico y canalla en Bambino, que no es un gran cantante, pero canta mejor que todos:

Y el ritmo que yo les traigo
no es de la China ni del Japón.
Y ahora yo les demuestro
que es una herencia de faraón.
Ay, las niñas de media Europa
que ya están hartas de mambo y ***twist***
me piden hasta la ropa
como recuerdo, diciendo así:
"Ay, Bambino, piccolino
tienes el color cetrino
de la gente canastera.
Y en tus ojos yo adivino
que has nacido en el camino
que va de Sevilla a Utrera.
De Italia por lo romántico
de Francia por lo 'michiu'
pero escuchando tu cántico
se ve palpable que eres de aquí.
Y aunque te pongas tan cándido
Bambino, lánguido, dime que sí".
Debajo de los olivos
nació la gracia de este compás.
Y yo me sentí cautivo
y entre sus notas me eché a bailar.
Las bellas de Ingalaterra
de Copenhage y Nueva York
dan olés a nuestra tierra
mientras repiten a media voz:
"Ay, Bambino […]".

Bambino, Piccolino

El bar La Leo tiene solera, algo de roña y las paredes de corcho empapeladas como en un ***collage*** robado de una clase de secundaria. En la memoria de los dueños de este bar, Bambino les ganó la partida a Camarón y Lola Flores, los otros dos mitos del cante. El paisaje flamenco se mezcla con una máquina de cacahuetes y el runrún de la televisión, siempre encendida y

con algún programa del corazón en antena.

Pero cuando llevas cinco minutos en su ambiente y observas el punto desde donde se ordenan las miradas, te das cuenta que no son los verdaderos protagonistas, que si hay algo ahí puramente especial, no es el homenaje a la memoria de un mito de la música popular, sino precisamente La Leo, la dueña del local, una mujer ya mayor que lo mismo te cocina unas papas cocidas, te tira una caña, que te baila o te canta. Es la única por encima de Bambino, Lola Flores y Camarón. La Leo, claro, es andaluza.

Ahora está tocando palmas detrás de la barra, con la mirada perdida como si estuviera mirando algún lugar de la infancia, y al tiempo canta, para sí misma, una rumbita que no alcanzo a identificar.

La rumba catalana no es un palo denostado del flamenco como se suele decir (el andaluz, en un ejercicio cercano a la soberbia, suele darlo a conocer como una derivación de su arte), sino un género musical en sí mismo. Así lo reconoce la enciclopedia no oficial del mundo moderno: la Wikipedia. Aunque como todos los que han intentado fijar su lugar y fecha de nacimiento, se pierde en vaguedades y señala diversas figuras originarias (El Orelles, el Toqui, el Onclo Polla). ***Grosso modo***, la rumba catalana nació en los barrios del Raval y Gracia de Barcelona, gracias a unas familias de gitanos procedentes de la costa levantina. La fusión entre la música andaluza y el ***rock*** con un tempo propio de ritmos afrocubanos, dan como resultado un género único que solo en ocasiones ha trascendido al escenario colectivo. El Sinatra de la rumba es Antonio González, el Pescailla; el Elvis, Peret, y el que más me gusta, Bambino.

La mejor definición del género la encontré en ***flamenco-world.com***, de la mano de Alexandre d'Averc:

Menospreciado como género bastardo, apenas digno de amenizar bodas y borracheras. Pariente remota e indeseada del flamenco. Música promiscua y refractaria a las clasificaciones. Las hechuras híbridas y movedizas de la rumba catalana han llevado desde su nacimiento el marchamo de lo sospechoso. Los intérpretes de la ortodoxia cantaora hace tiempo que dictaron su sentencia contraria. La etnografía catalana tampoco ha encontrado un asidero firme para darle carta de naturaleza a un fenómeno que, sin

embargo, pertenece a un ámbito muy bien definido de su cultura: la de los gitanos catalanes.

La Leo comparte la esencia de la rumba catalana, quizás, el mejor asidero para una andaluza que llegó aquí cuando el puerto aún olía a pescado y no a hamburguesas ***gourmet*** envasadas al vacío. Asume su tradición, los pósteres de clásicos del flamenco adornan el local, se expresa sin complejos y reivindica el valor de un espacio auténtico y minoritario. Pero como todo espacio genuino de Barcelona, ha sufrido una invasión secreta que ha pervertido su espíritu. Su existencia se ha tratado con una falsa discreción y ahora, los parroquianos se mezclan con guiris y modernos que llegan sedientos de autenticidad a una Barcelona de postín, preocupada de ponerse guapa para la foto. Todos hemos pillado el truco y huimos de esta Barcelona de pega, pero lo hacemos hacia los mismos lugares, generando otra aún peor, la de la falsa modernidad. Después de conocer cualquier espacio, lo invadimos, lo exprimimos y terminamos abandonándolo a su suerte, como un producto más de esta sociedad perversa, hija bastarda del capital.

De la Leo se dice que es hija de pescadores y esposa de pescador, que lleva aquí tantos años que ya ni se acuerda. Viste como la señora que cuida su patio andaluz. Lleva zapatillas de estar por casa, delantal y un gorro característico con el que combate el frío que procede del mar, a apenas dos calles de su bar. Su imagen es un impacto de marca irreprochable. Leo habla con todos los dejes andaluces, sesea y cecea a conveniencia, dice "haiga" donde quiso decir "haya", "cocretas" donde quiso decir "croquetas" e "inglesia" donde quiso decir "iglesia". Su incorrección normativa es una virtud que seduce al respetable. Ella lo sabe y actúa con naturalidad, guiada por el instinto, otro bastión de su naturaleza. Para los actores debe ser cómodo hacer de uno mismo.

El bar sirve tapas. Las tapas suelen ser frías y los buñuelos de bacalao y patatas bravas se fríen en el momento, o se refríen si conservan buen aspecto. El pescado se sirve más o menos fresco según el día. Solo impera una norma, nada se tira, todo se aprovecha, como en casa de nuestras abuelas. La

exquisitez del plato es por tanto un asunto aleatorio para el visitante e íntimamente relacionado con las circunstancias de los alimentos, que van desde lo excepcional a lo rancio, pasando por lo anodino, quedando su responsabilidad sepultada entre la originalidad del espacio, la música y la atención personalizada de la Leo, sus hijos o nietos, que le ayudan con el negocio.

Pero sucede que hoy la Leo no está de humor. No es esa mujer risueña y cercana que conocí aquel glorioso primer día. No habla conmigo como la otra vez. No me guiña el ojo ni dice refranes ni inicia un parlamento sobre las diferencias entre Granada y Almería; tampoco habla de su infancia ni parece con ganas de socializarse. Ha tenido un problema, ha sucedido algo que no le ha sentado bien. Con el asunto de la distribución de cerveza, tal vez, o con la ayuda que le prestan los nietos, o ha discutido con su marido o quizás con los vecinos, pues suele ser un bar muy ruidoso. El caso es que no está de humor.

Lo notamos en cuanto nos atiende.

—Pescaíto hay poco, unos boquerone, na má.

—Da igual, comemos tapas frías, no te preocupes. —La trato de tú, como a una septuagenaria que ya estuviera implícita en mi vida, una colega. Como a mi propia abuela.

—¿Y no queréis el pescaíto? Está muy bueno con ensaladilla o si queréis una tortilla o algo así. —Mira a mi mujer.

Ella no se pronuncia porque sabe lo que hay: unos boquerones del abismo de la bolsa de congelados. Una mercancía que hay que colocar. Una mala elección.

—Os lo pongo entonces, ¿no? —Me mira y su gesto desvela impaciencia.

Sorprendido con esta nueva, Leo, más directa, agresiva, indiferente a mi complicidad andaluza, ¿capitalista?, no sé qué hacer ni qué decir y, cobarde de mí, termino diciendo:

—Está bien.

Lo boquerones parecen hechos de plástico y solo saben a vinagre. En la

cocina se conocen bien las propiedades del vinagre. Ayuda contra el estrés, desinfecta, es antioxidante, mejora la digestión, repele las hormigas, mantiene la comida que está a punto de pasarse y sirve para camuflar alimentos que han perdido todo su sabor. En esas estamos. Comemos rápido y mal, deseando escapar hacia la playa. Nos miramos decepcionados. Ni siquiera el timo está resultando original; es lo que les hacen a los guiris en los chiringuitos de playa a lo largo y ancho de la costa española.

A la hora de pagar, suelto todo lo que tengo. Veinte euros por los boquerones, dos cervezas, un botellín de agua y una tapa de ensaladilla. Ha pensado el precio en el momento de la transacción. Me ha observado y analizado en un reflejo profesional (un acto robótico, preciso y certero), ha revisado mi ropa, obviado mi acento (mi única tabla de salvación), mirado de reojo cómo sujetaba la cartera y entonces, después de ver el billete azul dejándose querer asomado a una esquina, me dice lo que yo ya sabía: "Veinte euros, chiquillo". Leo ha ido a por todas y me ha dejado sin nada, y no la culpo. Me sabe débil, me tiene enclavado de por vida en el rol que le he mostrado antes, el de un cobarde pusilánime incapaz de objetar su recomendación fatal, aunque eso signifique comer por un precio superior al valor de la comida.

Pero ¿por qué esa absurda cobardía? ¿Por qué no he sabido decirle nada a Leo? De normal le hubiera protestado algo a cualquiera, pero a la Leo no. A la Leo no le protesto ni las espinas. Porque no se trata de las espinas de los boquerones que hemos dejado ni tampoco de la espina de no haber comido bien, ni siquiera de la gran espina de la vida —el dinero—, se trata de que yo también he minimizado a la Leo hasta convertirla en caricatura, yo también la he usado a conveniencia como cualquier otro, desnudándola de los sentires de la vida, creyendo que por trabajar en un bar no puede ser infiel a mi recuerdo, como si no pudiera mosquearse o rastrera o mostrar algo fuera del guion, y al igual que todos, he querido que cantara, que hablara con su gracia de siempre y nos ofreciera ***cocretas***. La he querido enseñar como a un mono

de feria con tal de colgarme la medalla de la autenticidad, y resulta que el mono he sido yo, porque si en este juego todos cumplimos un rol y la Leo es la vieja dueña de un bar, andaluza y feliz, yo no puedo ser más que un mono, un turista ignorante, un tonto moderno o aquel triste payaso que cantaba Bambino.

CAPÍTULO 17
EL ÚLTIMO ANDALUZ

Francisco García Duarte tiene 57 años y vive en Nou Barris, al costado superior derecho del mapa de Barcelona. Lleva esperándome diez minutos a la salida del metro de Llucmajor, aunque no parece haberse impacientado. Quiero entrevistarlo porque estoy inmerso en la realización de un fanzine de cultura andaluza que voy a llamar ***La guasa de la memoria***. Por eso, y por curiosidad, porque cualquier motivo es bueno. Alguien me dijo que él era lo más andaluz que se podía encontrar en Cataluña.

Sujeta un periódico en la mano. Por cómo se dirige a mí, la forma en la que estrecha mi mano, su lenguaje gestual y su inmediata preocupación por mi situación en Barcelona, equivalen a un abrazo. Los emigrantes nos saltamos algunas de las etapas evolutivas que construyen la confianza. Francisco es un hombre formal y de principios. Si queda en ir a un sitio, lo hace en hora. Si se propone algo, no para hasta conseguirlo. Aunque sea un pez reivindicando en la inmensidad del océano las particularidades de una identidad histórica que parece destinada a deformarse en el tiempo.

Su barrio, que antiguamente acogió la inmigración andaluza, ahora hace lo propio con los nuevos inmigrantes: latinos, paquistaníes, chinos. Un conglomerado enorme que acepta sin rechistar cualquier nueva pieza. Barcelona está así construida, con parches agregados a los bordes del mapa que funcionan como modernos guetos de inmigrantes. Los últimos en llegar se cobijan donde pueden, pasan sus primeros días como sombras que no quieren molestar, cogen fuerzas y se lanzan a abrazar una promesa de esperanza. Enric González describía así la implantación irlandesa en la ciudad de Nueva York, en ***Historias de Nueva York***. Nou Barris lo tiene todo, y al mismo

tiempo no tiene nada. Tiene supermercados, aparcamientos, casas culturales, gimnasios, bares… pero ningún distintivo que lo alce por encima de otros barrios. No tiene el embrujo de Paralel ni el encanto ***cool*** de Gracia ni el aroma a fábrica y mar de Poble Nou. Tampoco su morfología ni su belleza ni sus costumbres son especialmente destacables, aunque goce de una gran salud asociativa. Es una enorme casa de acogida.

En el barrio, los antiguos y nuevos inmigrantes sumados a sus hijos, catalanes de nacimiento, conforman gran parte de la masa social, conviviendo con singular naturalidad. Supongo que así sucede cuando nadie siente la pertenencia del espacio común. A decir verdad, la inmigración andaluza ni se siente inmigrante —sino residentes— y ni siquiera es cien por cien andaluza. Sus hijos, por el contrario, sí se definen. Han nacido catalanes, así se sienten y así lo expresan sus actos: hablan catalán, se adhieren a las CUP, trabajan en precario, protestan en Plaza Catalunya y piden un referéndum por la independencia.

Francisco, Paco para los amigos, no ha perdido un ápice de su identidad andaluza. Llegó a la ciudad cuando recién cumplía los diecinueve años con el propósito de graduarse en Economía. No lo consiguió, pero nunca le faltó el trabajo. Si existiera la carrera de andalucismo, se habría licenciado Cum Laude. Sea como fuere, ha vivido en Cataluña la mayor parte de su vida. Siempre amenaza con volver a Andalucía y establecerse definitivamente allí, pero lo dice como quien reconoce un farol. Sospecho que pasará aquí el resto de sus días y que ese viaje de ida y vuelta es precisamente lo que le define y da impulso a su vida. Visita su pueblo, Padul (Granada), cuatro o cinco veces al año, donde es una persona popular, de gran calado social.

Viste humildemente, con vaqueros, un abrigo negro y zapatillas deportivas. Al caminar, arrastra una feliz cojera. “Me caí trabajando y me destrocé la pierna. Eso me ha terminado apartando del trabajo”. Digo feliz porque parece aún aliviado de lo que pudo haber sido, y solo le incapacita cuando realiza movimientos bruscos. Paco está fuerte y se mueve por el barrio

con una enorme determinación. Conoce las entrañas de su distrito, cada establecimiento de referencia, cada calleja, las asociaciones, los tenderos, las personas a las que dirigirse. "Esa ferretería la lleva una mujer que nació y vivió en el Somorrostro. Te puede interesar".

Desde fuera, Paco parece un hombre más de cuantos deambulan por Nou Barris, pero se trata de la persona que posiblemente más conocimientos tiene sobre qué ha sido y cómo se ha organizado la emigración andaluza en Cataluña. Es presidente y fundador del Zea (Zoziedá pal Ehtudio´el Andalú), autor del libro ***El ideal de Blas Infante en Cataluña*** y miembro del Centro de Estudios Históricos de Andalucía. Un divulgador y agitador cultural que ha construido su vida en torno al andalucismo. Un hombre a una identidad pegado.

Le quedan pocos días para presentar el libro ***La literatura en andaluz***, una obra que hace recuento histórico de las ocasiones en la que el andaluz se usó con su propia gramática en el marco de la literatura. Nos sentamos a hablar en un bar que parece reservado para nuestro encuentro. Los dueños, dos paquistaníes que toman té en la barra, bromean nada más vernos entrar: "¡Viene a fumigarnos!". Paco se ha dedicado gran parte de su vida laboral al control y desinfección de plagas. El barrio fue su radio de acción a nivel profesional y por eso sabe que a estas horas el bar será un reservado. Son las cinco de la tarde de un viernes en el que Barcelona ha amanecido como siempre, pasada de revoluciones. Se avecina el buen tiempo, la gente aprovecha para salir del martirio urbano y hay mucho tráfico en la ciudad.

El nuevo libro de Paco responde a una etapa de su vida en la que su ambición ha menguado al tiempo que crecía el sentido lúdico de su obra. Ahora, su reivindicación de la identidad andaluza luce en un libro a medio camino entre lo ensayístico y lo bibliográfico, en el que repasa todos los autores que han escrito en andaluz a lo largo de la historia de la literatura. La literatura en andaluz está escrita según los códigos del lenguaje oral en Andalucía, llevando el castellano hasta una nueva dimensión. Lo conforman

textos en prosa, poemas, curiosidades varias. Es un grito alto, pero no arma el revuelo que armó su obra anterior, ***El ideal de Blas Infante en Cataluña***, un ensayo histórico y político sobre el andalucismo en Cataluña. Sin caretas, llamando a cada cosa por su nombre.

Lo de Paco, pues, no es mera anécdota. Google me proporciona las herramientas para enfocar mi entrevista:

—Te he buscado, lo confieso, e igual que todos los caminos llevan a Roma, todo el andalucismo en Cataluña deriva hacia ti.

—Y eso es que no me has buscado por mi apodo, Paco Albadulí.

—¿Quién te puso ese mote?

—Me lo puse yo.

La pasión le condujo a reformular su propio nombre con un ***alter ego*** a su medida. Albadulí proviene del gentilicio arabizado de Padul, el nombre de su pueblo. Se destapa pronto:

—Mi mujer dice que tengo una amante, Andalucía. Se lo toma a broma y es lo que le gustó de mí. Ahora mismo está en clases de flamenco.

La búsqueda en internet de "Paco Albadulí" refiere a artículos y reportajes que tratan su visión de Andalucía y sus esfuerzos por situar su legado cultural en el contexto adecuado. Suele desmitificar tópicos incrustados en la conciencia popular. Las páginas que le conceden un hueco tienen que ver con política andaluza de izquierdas, movimientos obreros o alguna sección cultural de revistas alternativas. Hay enlaces rotos y otros que llevan a ninguna parte. En un mundo digital, donde millones de contenidos se actualizan a cada instante, donde eres viejo cuando acabas de nacer y todo dura nada, Paco reivindica el valor de la memoria. El esbozo de su persona destapa una figura íntegra y sin contradicciones. Ha visitado muchos sitios comportándose de la misma manera y tiene el discurso aprehendido, recorriéndole las venas. La fe en sus convicciones es de una pureza abrumadora. Y de ahí deriva mi temor: tengo miedo de que descubra que tengo treinta y un años y me he pasado la vida creyendo en muy pocas cosas,

y ahora apenas creo en nada; tengo miedo de que descubra que mi identidad es nómada, que se ha definido a raíz de mi instinto de supervivencia y que no creo en banderas ni en fronteras. Solo reivindico mi derecho a tener un lugar en el mundo. Temo que le quite la manta al fantasma y solo sople el viento.

—Para lo que quieres hacer hay dos libros fundamentales, uno es de Enma Martín, ***La inmigración andaluza en Cataluña***. El otro es el mío.

Suena pretencioso, pero no lo es. Paco sabe que el resultado de su investigación es único. Su obsesión por la historia, la documentación y el dato preciso le viene desde pequeño. No en vano ha conseguido ser la única persona que no es historiadora profesional que ha redactado un artículo para la enciclopedia oficial de Andalucía. Quizás por eso sus libros tienen ese acento enciclopédico, salpicados de referencias y notas a pie de página. Se ha convertido, sin quererlo, en una enciclopedia viviente.

Lo cual nos conduce al motivo de mi visita ¿Qué ha sido de los andaluces en Cataluña? ¿Dónde se encuentran? ¿Dónde se pierde el rastro de lo que fueron? ¿Cuál es la realidad actual? Existe un espectro poblacional amplísimo, difícil de catalogar. Cualquier tipología resulta banal, pero es necesaria por una cuestión de ordenamiento mental.

Dominado por su tendencia natural a la clasificación, Paco termina distinguiéndome tres grupos fundamentales que tienen que ver con Andalucía: los descendientes de andaluces integrados en la sociedad catalana, los andaluces que no reivindican su condición y los que se sienten y viven como andaluces.

A los primeros los asocia a una clase social media alta, relacionada con la intelectualidad, los medios de comunicación o el deporte. Sus padres son el puro ejemplo del progreso. A vista de pájaro se pueden distinguir reconocidas personalidades que tienen raíces andaluzas. Quim Monzó tiene una abuela andaluza. Alex Corretja tiene ascendentes andaluces, Mireia Belmonte, Pilar Rahola, Jordi Évole. Figuras reconocidas en sus profesiones. “Si los andaluces o descendientes de andaluces fueran de color verde, la calle sería

una inmensa marea verde". Haciendo cálculos, más de medio millar de nacidos en Andalucía residen en Cataluña. Contando a sus hijos o los hijos de sus hijos, las personas que tienen que ver con Andalucía forman una parte enormemente representativa de la sociedad catalana. Es la huella del tiempo. Este grupo destaca por su catalanismo activo. Son catalanes y se sienten como tales: hablan catalán, defienden la independencia de Cataluña con respecto a España (al menos en el apartado económico) y forman parte de la vida cultural catalana. Los hijos de andaluces nacidos en Cataluña suelen tener un fuerte sentimiento catalán.

Otro grupo nutrido de andaluces son aquellos que tienen una identidad andaluza, actúan según las costumbres propias de Andalucía, escuchan música de raíces andaluzas, ven la televisión en castellano, se interesan por la realidad de su tierra, se vinculan a lo que pasa en su lugar de procedencia, pero no sienten necesidad de reivindicar nada. Hay personas cuya identidad necesita expresarse y reafirmarse, como un ser que habita dentro de otro y siente el impulso de salir; y hay personas cuya identidad solo es el resultado de sus acciones.

Y, por último, unos andaluces minoritarios. Los que viven y se sienten andaluces, y reivindican la integración cultural del andaluz en Cataluña. Aquí surge el Paco más descarnado y crítico. A su juicio nunca se han propiciado las condiciones para que la personalidad andaluza se exprese con total libertad. Socialmente sí se permite la integración, pero no existe una integración cultural. Se reduce a unos cuantos tópicos: el Flamenco, el Rocío, la Semana Santa y las fiestas populares. Nadie ha movido un dedo por hablar de Al-Ándalus, por dar a conocer las principales figuras literarias de Andalucía, porque se conozca qué figuras históricas de gran calado vivieron y desarrollaron allí su actividad, etc. Andalucía y su cultura han quedado reducidas a tópicos típicos, algo que hace un daño especial a los andalucistas de convicción.

Al respecto, Paco ya se pronunció en ***Kaos en la Red***, una revista de

pensamiento anticapitalista:

La integración social es fundamental y necesaria para todos los emigrantes que llegan a una nueva tierra. El desarraigo social es malo para el que llega y para la tierra de acogida. La integración cultural es una actitud voluntaria. Una parte de los andaluces en Cataluña se han integrado culturalmente. Me parece perfecto y legítimo. Otra gran parte dicen que son catalanes y piensan que están integrados culturalmente en Cataluña pero hablan normalmente en castellano, ven televisiones en castellano, van a fiestas andaluzas como la Feria o el Rocío… Allá ellos si quieren engañarse a sí mismos. Y una minoría como yo, nos sentimos andaluces y seguimos vinculados a Andalucía. ¿Que es una contradicción? Puede ser, quizás la misma que han podido tener personajes como Pau Casals o Xavier Cugat, que a pesar de haber vivido mucho tiempo fuera de Cataluña se han sentido profundamente catalanes.

Y es que una cosa es la integración social y otra la asimilación cultural, la cual te hace renunciar a tu propia identidad. La clave está en construir espacios donde se pueda expresar con hondura quién eres, sin consecuencias extraordinarias ni conflictos de intereses. Creo que se llama respeto. Un asunto que no ha interesado a nadie políticamente, porque los intereses se suelen superponer al respeto. Es más común captar afiliados que desarrollar personalidades independientes con juicio crítico. La realidad de los centros culturales tampoco ha ayudado en esta vía. El perfil habitual de los socios son personas mayores que se aferran a sus recuerdos de infancia y juventud. Muchas asociaciones existen como un simple canto a la nostalgia, pero no albergan un interés real en la consolidación y divulgación de una identidad. Son centros de ocio camuflados, que fomentan la fiesta y el jolgorio, y en su derecho están. Porque, ¿qué no es un grupo, sino lo que el grupo quiere que sea?

En el terreno de las organizaciones, ni a la FECAC, que reúne más de setenta entidades andaluzas, ni a los Altres Andalusos —movimiento contrario a la FECAC impulsado por la izquierda independentista catalana— les ha interesado la integración global de la personalidad y la cultura andaluzas en la sociedad catalana, que atienda a su historia y sus vertientes expresivas. En sus respectivas páginas webs[64], así se intuye. Rocío, cofradías, fiestas populares, flamenco y poco más. Nada se sabe de las restantes piezas

del puzle, del legado histórico de Al-Ándalus, de la poesía y la literatura andaluza, del ***rock*** andaluz o el movimiento indie de los noventa. Ni una gota de su pintura, ni un párrafo de su arquitectura diferencial, ni una frase de su cine. No constan, no figuran, no hay nada.

Al final, se ha convertido en la guerra de siempre, los esencialistas españoles contra los esencialistas catalanes. Andalucía atrapada en una lucha incesante. Cataluña y España han filtrado su principal problema sociopolítico a sus substratos sociales. La FECAC nació con el pujolismo (la táctica que siempre llevó a cabo el pujolismo fue comprar al enemigo) como río donde CIU pescaba el voto emigrante. Luego la FECAC caminaba cerca del PSC hasta que este viró al catalanismo. En realidad, la FECAC y su antiguo presidente, García Prieto (que dejó en 2013 su cargo, después de 27 años), siempre estuvieron apegados a quien más le pagara, lo que dice mucho de cómo funciona la política en general —comprando voluntades— y la principal organización de andaluces en Cataluña en particular —dejándose comprar—.

Según Paco Albadulí, el rasgo diferenciador sobre el que se sustenta la cultura catalana es la lengua. En torno a la lengua fluyen las principales manifestaciones de la cultura catalana. Una realidad que muta desde los pueblos hasta Barcelona, de más a menos auténtico. En Barcelona, dice, se ha producido una europeización de sus costumbres bajo un modelo de consumo masivo, capitalista y neoliberal. Si te descuidas, te venden tu propia alma. Incide Paco en que esta tendencia está a años luz del espíritu de la tradicional cultura andaluza, y eso puede que explique buena parte de las diferencias entre sendas sociedades.

Me cuenta, además, que en las civilizaciones antiguas el andaluz trabajaba para vivir. Valoraba el ser por encima del tener. Se conformaba con tener lo básico y no sentía deseo de acumulación. Las civilizaciones en la que más presencia y relevancia ha tenido lo andaluz, son aquellas que no se basaban en el consumismo ni se definían por sus pertenencias, sino que

destacaban por su espíritu asociativo. Se vivía en la calle y la sociedad disfrutaba compartiendo su conocimiento. Nunca tuvieron predisposición para la guerra ni se manejaron bien en el terreno bélico. En los conflictos armados, fracasaban estrepitosamente. Lo perdían todo y se resignaban, casi sin oponer resistencia. Antiguamente, en Al-Ándalus tuvieron que remunerar a los mercenarios celtíberos para que lucharan por sus intereses. Fueron la mofa de los romanos, que los tachaban de cobardes. La historia de Andalucía no es épica ni tiene grandeza porque carece de ambición. La gente cree en otro sistema de organización social, más comunitaria, en el que se vive modestamente y sin grandes necesidades materiales, para darle espacio a la felicidad del compartir, del vivir.

Luego, dice Paco, se demuestra que el andaluz en otros países y comunidades trabaja tanto o más duro que cualquier otro. Alemania es el ejemplo perfecto. Pero en su casa, con su clima, con su orden, con su gente, la realidad es bien diferente.

¿Es Paco un erudito de la historia que, tan absorto en ella, descuida la realidad actual? ¿No estará aferrado a una realidad que ya solo figura en los libros? ¿No confundirá lo que fuimos con lo que somos? Hay civilizaciones y sociedades que olvidan su historia. Son así de desagradecidas consigo mismas. Lo mismo eso es lo que nos pasa, que estamos muriendo en vida. Punto. ***Kaput***. Es hora de aceptarlo.

Le pregunto a Paco sobre algunos grupos de música de finales de siglo pasado y principios de este, con el afán de hallar una fisura en su andalucismo:

—¿Te gusta Triana?

—Me encanta. Los vi poco antes de morir Jesús de la Rosa. Y ***Cai*** también me gusta, y muchos otros de la época.

—¿Medina Azahara?

—Mucho. Lo más nuevo es El Bicho, que me encanta.

Actualmente, Paco se encuentra como gran parte del país. De espaldas a

políticos y banqueros. Lejos queda ya la época en la que participó en la creación del PSA. Cada vez más escorado a la izquierda, ha terminado viviendo en un sistema que cambiaría de cabo a rabo. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Decepcionado. Siempre he tenido un sentido muy crítico, y claro, PP, PSOE e IU[65] simbolizan este sistema injusto. Si te fijas, sus bases no tienen nada que ver con el pueblo andaluz.

—Fumígalos. —le digo.

Paco ríe, aún me queda cerveza y quiero seguir escuchándole.

EPÍLOGO

Escribo el epílogo de este libro tras la semana más convulsa en Cataluña desde la que aconteció aquel 1 de octubre de 2017. Es difícil hacerlo en estas circunstancias. Da la impresión de que cualquier frase que pueda articular se va a quedar obsoleta al instante. Los tiempos se han acelerado en Cataluña, en España, en Europa, en el mundo. Vivimos un frenesí constante desde hace varios años. En Cataluña, el último bienio ha sido de vértigo. Desde aquel referéndum ***interruptus*** hasta la encarcelación, hemos convivido en un ambiente turbio y con una fractura social evidente. A decir verdad, la cosa no ha hecho más que empeorar.

Estos días se acaba de hacer pública la sentencia del ***procés***, que condena a entre nueve y trece años de cárcel a sus líderes políticos, siendo Oriol Junqueras, de Esquerra Republicana de Catalunya, quien mayor castigo ha recibido. Además, Jordi Sànchez y Jordi Cuixat, presidentes de la Asamblea Nacional Catalana y Ómnium Cultural respectivamente, comparten la misma pena: nueve años de prisión por su implicación en los acontecimientos.

La sentencia, a la manera de la conservadora judicatura española, ha provocado una oleada de protestas en las calles de las principales ciudades de Cataluña, se han organizado marchas por la libertad de los presos, producido disturbios violentos y el ambiente está crispado en todas las esferas sociales. Las manifestaciones resultan muy heterogéneas, pues congregan a quienes dicen velar por los derechos humanos, a ***believers*** de la causa independentista y a una minoría de antisistemas convocados a través de la red.

No hay prácticamente reunión social en la que no salte el tema de marras.

La situación en Cataluña, a las puertas de unas elecciones generales, condiciona además el discurrir de los medios de comunicación, la estrategia de los partidos políticos, la actividad institucional y el sentir de la calle. A veces, da la sensación de que unos guionistas perversos hubieran ideado la última década.

En medio de la mayor crisis institucional y territorial que ha tenido el país en democracia, la clase charnega se prepara para cualquier cosa. Las previsiones no son halagüeñas. Dicen que estamos a las puertas de una nueva recesión, y ya sabemos quiénes pagan fundamentalmente las recesiones. La clase trabajadora se prepara para vivir otra vez al límite. Pero en la incertidumbre, el charneguismo se mueve como pez en el agua. Ser testigos de la historia es una costumbre donde ha aprendido a moverse.

Siempre fue así, la realidad de los noticieros, la que se cocina en despachos blindados, la que aúna a los actores de peso de la realidad política, la que dibujan las élites y los mandamases del país, la que atañe a las clases medias y pudientes, siempre a un lado. La realidad charnega, al otro, adaptándose a rebufo a una actualidad de la que nunca fueron protagonistas.

Sin ir más lejos, las ***marchas por la libertad*** pasaron por los barrios charnegos como si tal cosa, parándose solo para el avituallamiento. El ***president*** de la Generalitat lleva todo su mandato sin acercarse al extrarradio a palpar los problemas de esas vecindades. El presidente español no está (y algunas personas lo esperan desde ya demasiado tiempo) cuando hablamos de problemas como la gentrificación, la subida de los alquileres o la necesidad de una renta básica. Todo por el pueblo, pero sin el pueblo. Son los centros de las ciudades, y en especial el de Barcelona, los que acogen cuanto está pasando, donde resuena el rugir del gentío. Pero en los barrios charnegos es otro el paisaje: se escucha el rumor de los motores, el tráfico que viene y va, los ecos de alguna cacerolada cuando la actualidad se pone candente y poco más.

De día, sucede la otra vida. La que no sale en televisión. La de carne y hueso. La de los madrugones para coger el metro e ir a trabajar, la del butano por las casas antiguas, los niños corriendo hacia el colegio, las reuniones en los centros de barrios, los encuentros en los bares, la vida en las plazas. Un realismo, a veces sucio, otras brillante.

Sabe el charnego que su visión de país, que por experiencia vital aspiraría a construir mayores y mejores consensos, jamás será hegemónica. Tampoco influyente. Es, si acaso, exótica, paisajística o temporal. La voz de quienes vivieron entre dos tierras, que saben lo que hay un lado y otro de la frontera, que conocen los pormenores de la historia, es una voz importante a las que pocos atienden en este momento crucial donde las miradas transversales son tan necesarias.

La clase charnega ya sabe lo que toca: esperar y adaptarse. Sobrevivir.

Si es un nuevo país, como anhelan quienes sueñan con la independencia, vivirán un proceso emancipatorio y partirán de cero con una peligrosa comparación: la del mundo que vivimos con la utopía que algunos han imaginado. Si esto no sucede, en cambio, les tocará lidiar con un mundo polarizado, parcialmente acallado, casi seguro más conservador y con una fractura social evidente. Ninguna de las dos realidades contentará del todo a nadie.

La desaceleración económica en medio de un problema identitario conducirá a los charnegos a una nueva disyuntiva: ¿era este la Ítaca soñada?

En lo que a mí concierne, este dilema identitario que tantas pasiones promueve me ha cogido, salvando las distancias, como a aquellos a los que les sorprende la guerra. No lo pido, no lo quiero y me cuesta comprender cómo tantas personas se sienten llamadas a la acción en lo que parece, en demasiadas ocasiones, la confrontación entre dos élites económicas que no nos representan. No considero ninguna revolución si no es la de abajo contra los de arriba, ni me siento arengado si no me fio de quien llama a la épica.

Respeto la sentimentalidad patriótica de cada cual, pero me cuesta

empatizar con quienes lideran un proceso emancipatorio sin atender a los problemas de la gente corriente, así como quienes acallan la revuelta en connivencia con la violencia policial. Lo llaman equidistancia, pero en el fondo, saben que no lo es. Es lo contrario, un posicionamiento explícito por el diálogo, por una tercera vía. Al final del laberinto solo hay una salida democrática. El problema es qué están dispuestos unos y otros a hacer por el camino. Algunos lo tienen claro: o lo que ellos quieren o el caos.

A veces me pregunto dónde iría si la convivencia en Cataluña se pudriera hasta hacerse insoportable. Me cuesta responder a eso. Me cuesta imaginarme fuera de esta Cataluña desquiciada, pero a la vez romántica; asfixiante, pero a la vez llena de oportunidades; tan magnética como excluyente, tan exasperante como cautivadora. Puede que sean todas esas contradicciones las que me hacen sentirla como tierra propia. También este charnego sufre de grandes contradicciones.

No sé qué será de mí en un futuro a medio plazo, si seré excharnego, charnego de nuevo cuño o me denominarán de alguna otra manera. Si estaré en una Cataluña o fuera de ella, si volveré a mi tierra como el hijo pródigo, y si lo haré en mejores o peores condiciones. Lo que sí sé es que allá donde esté se repetirán los viejos patrones de siempre. Vendrán quienes tengan que buscarse la vida. Se irán otros buscando exactamente lo mismo. Los recibirán con recelo quienes teman a lo desconocido o quieran preservar sus privilegios. Lo harán con calidez quienes entiendan que las personas no las sostienen etiquetas o han vivido el mismo proceso.

La historia se repite, pero, de cuando en cuando, hay excepcionalidades históricas que consiguen crear nuevos paradigmas, senderos hasta la esperanza. El ejemplo de los charnegos, que vinieron a una tierra desconocida y bregaron hasta crearse una realidad propia y permanente, es uno de ellos. Su ejemplo de superación y pervivencia me acerca a su universo. Su legado histórico, sobre el que se asientan nuevas y muy diferentes realidades conviviendo entre sí, es un tesoro a conservar. Una

reivindicación silenciosa, pues pocas veces encuentra espacio para ponerse en valor.

La casualidad de verme en Cataluña (un día busqué en internet "estudiar un máster de creación literaria" y el único resultado estaba en Barcelona) y el azar de emparentarme con lo charnego no puede negar una evidencia: convivir con el término me condujo a entender mejor la compleja sociedad en la que vivimos.

Un nuevo "de dónde venimos, quiénes somos y a dónde vamos", del que solo nos queda la tercera parte de la incógnita. Y un viaje apasionante que, en una década para mí, y un siglo para los charnegos, solo podía resumir escribiéndolo.

NOTAS

1 . Coromines, Joan (1980): ***Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico***, Madrid, Gredos. Cita tomada de M. Clua i Faine (2011): "Catalanes, inmigrantes y charnegos: 'raza', 'cultura' y 'mezcla' en el discurso nacionalista catalán", ***Revista de Antropología Social***, 20, p. 67.

2 . Saballs, Martí: "Esa espantosa palabra llamada charnego", ***610,8 km = 0 km*** (blog del diario ***Expansión***), 1 de febrero de 2006.

3 . "Porque a los catalanes se les llama 'Polacos'", ***3D Juegos*** (foro "Off topic y humor"), 2013.

4 . Navarro, Vicenç: "Cómo los 'súper patriotas' están ocultando la enorme crisis social que crearon", ***Público***, 30 de mayo de 2018.

5 . "Gabriel Rufián critica a los que llaman 'ñordos' a los españoles", ***Elnacional.cat***, 18 de agosto de 2019.

6 . ***Els altres catalans*** (1964), ***Encara més sobre els altres catalans*** (1973) y ***Els altres catalans vint anys després*** (1985).

7 . González, Enric: "'Charnego' ya no es un insulto, hoy lo es 'español'", ***El Mundo***, 27 de septiembre de 2015.

8 . Martínez, Guillem: "La perspectiva del charnego", ***El País***, 2 de septiembre de 2002.

9 . Marín Corbera, Martí (2010): "La novena provincia: la emigración de andaluces a Cataluña", ***Centro de Estudios Andaluces***, 28.

10 . Pérez Andújar, Javier: "Texto íntegro del pregón de Javier Pérez Andújar", ***El Periódico***, 22 de septiembre de 2016.

11 . García Vega, Miguel Ángel: "España camina hacia una sociedad de castas", ***El País***, 24 de marzo de 2019.

12 . Aramburu, Mikel (2016): "¿Vindicando al charnego?: el discurso autobiográfico de Javier Pérez Andújar y Jorge Javier Vázquez", ***Revista de Dialectología y Tradiciones Populares***, vol. LXXI, 1, pp. 129-149.

13 . Mel: "¡A mí me hablas en español! (Catalonofobia)", ***YouTube***, 8 de abril de 2013.

14 . Villarino, Ángel: "Hablan los nuevos 'charnegos': 'Se está incubando un odio que nunca ha existido'", ***El Confidencial***, 16 de septiembre de 2017.

15 . Vidal-Folch, Xavier: "Catalunya es charnega", ***El País***, 13 de abril de 2016.

16 . Instituto de Estadística de Cataluña (2018): "Apellidos de la población. Cataluya", ***Idescat.cat***.

17 . Suárez, Gonzalo: "No reniego de mis raíces españolas", ***Papel*** (suplemento del diario ***El Mundo***), 5 de febrero de 2017.

18 . "Sevilla ve imposible que Montilla presida Cataluña porque 'es pronto para un charnego'", ***El Mundo***, 1 de febrero de 2006.

19 . Farrás, Andreu y Currell (2009): ***L'ascensor: l'arribada al poder dels altres catalans***, Angle Editorial, Barcelona.

20 . "Un libro analiza el ascenso social de los charnegos en Cataluña", ***Eco Diario***, 10 de enero de 2010.

21 . Medina, Manuel (2011): ***Próxima estación, Cataluña***, Plaza & Janés, Barcelona.

22 . Vasallo, Brigitte: Per què fem un festival de cultura txarnega?, ***Crític***, 2 de abril de 2019.

23 . Montañés, José Ángel : "Yo también soy charnego, ¡y qué!", ***El País***, 14 de abril de 2019.

24 . Madrid Pérez, Antonio: "La manía de etiquetar: uso y abuso del 'charnego'", ***Mientras Tanto***, 30 de abril de 2019.

25 . López, Helena: "¿Se puede hablar de cultura charnega?", ***El Periódico de Cataluña***, 10 de abril de 2019.

26 . Roqueta, Marta: "¿Soy charnega?", ***Elnacional.cat***, 24 de noviembre de 2017.

27 . Topper, Ilya U.: "Patente de corso: la identidad, un coto vedado de caza", ***De Algeciras a Estambul*** (blog de ***El Confidencial***), 20 de abril de 2019.

28 . Cruz, Silvia: "El flamenco y la sardana se mezclan en 'Charnego'", ***De flamenco***, 25 de febrero de 2018.

29 . Madueño, Eugenio (1988): "Los andaluces de la emigración. Los que se fueron. Los que vuelven, Los que no volverán", ***Cuenta y Razón***, 40, pp. 85-88.

30 . Pisa, Joaquim: "Catalunya: cultura charnega, identidad popular", ***El Obrero***, 2 de mayo de 2019.

31 . "'La historia es nuestra y la hacen los pueblos': el último discurso de Salvador Allende", ***ElDesconcierto.cl***, 11 de septiembre de 2017.

32 . Clua i Fainé, Montserrat (2011): "Catalanes, inmigrantes y charnegos: 'raza', 'cultura' y 'mezcla' en el discurso nacionalista catalán", ***Revista de Antropología Social***, 20, pp. 55-75.

33 . Royo Arpón, Jesús (2000): ***Argumentos para el bilingüismo***, Montesinos, Barcelona.

34 . Martínez, Guillem: "La perspectiva del charnego", ***El País***, 2 de septiembre de 2002.

35 . "Serrat interrumpe un concierto en Barcelona para reprender a un espectador que le pidió cantar en catalán", ***El Correo***, 23 de diciembre de 2018.

36 . Benítez, Enrique: "No, los andaluces o los latinoamericanos no hablan un mal castellano", ***Hipertextual***, 28 de febrero de 2018.

37 . De Mena, José María (1986): ***El polémico dialecto andaluz***, Plaza & Janés, Barcelona.

38 . "El habla andaluza, la historicamente gran marginada", ***Betis Web***, 1 de julio de 2009.

39 . García Duarte, Francisco (2013): ***La literatura en andaluz***, Carena, Barcelona.

40 . Coullaut-Valera, Iniesta (ed.) (1980): ***Los inéditos de Blas de Infante***, Editorial Fundación Blas Infante, Sevilla.

41 . Rufián, Gabriel: "La palabra 'charnego' la utiliza la gente más reaccionaria del unionismo", ***YouTube***, 4 de octubre de 2016.

42 . Zarzalejos, José Antonio: "Charnegos y maquetos: ¿españoles que no quieren serlo?", ***El Confidencial***, 22 de marzo de 2014.

43 . Girauta, Juan Carlos: "El charnego agradecido", ***Libertad Digital***, 26 de enero de 2006.

44 . Vidal, César: "Un periodista de la Cope trata a Montilla de 'charnego agradecido'", ***E-Notícies***, 9 de septiembre de 2008.

45 . Sainz Borgo, Karina: "La decadencia de Cataluña contada por un 'charnego'", ***Voz Pópuli***, 14 de junio de 2013.

46 . De España, Ramón: "Llamadas a la sublevación", ***Crónica Global***, 6 de octubre de 2016.

47 . "Mochi reprocha a Dyango que eche 'leña al fuego de la sinrazón' separatista", ***Europa Press***, 26 de junio de 2013.

48 . García Domínguez, José: "Otro charnego agradecido", ***ABC***, 24 de enero de 2016.

49 . Erroteta, Peru: "Tal vez, los charnegos hemos tomado conciencia de serlo con orgullo", ***El Triangle***, 8 de diciembre de 2018.

50 . "Partit Nacionalista xarnego (PNCH)", ***Raco Catalá***, 11 de junio de 2007.

51 . charnegonews.com

52 . Moix, Terenci (1988): ***El día que murió Marilyn***, Planeta, Barcelona.

53 . VV. AA. (2005): ***Tierra de nadie: antología de la periferia***, Martínez Roca.

54 . Ripollès Iranzo, Joan: "Rol de charnegos", ***Centro Virtual Cervantes***, 2 de junio de 2011.

55 . Martínez Rubio, José: "La generación trasplantada que olvidó la literatura", ***Valencia Plaza***, 13 de agosto de 2018.

56 . "Miqui Otero: 'Pijoaparte' vuelve a una Barcelona-escenario", ***El Asombrario***, 8 de marzo de 2016.

57 . Del Castillo, A.: "Cristina Morales: 'Un libro es un producto capitalista como lo es una lata de Coca-Cola'", ***Barcelona Secreta***, 17 de enero de 2019.

58 . "Seminario de las entidades culturales andaluzas de Cataluña en Calella", ***FECAC***, 12 de enero de 2019.

59 . Ruiz, Miriam: "¿Cuántos catalanes apoyan un referéndum?", ***Newtral***, 13 de febrero de 2019.

60 . Ruiz de Larios, J.: "Una playa barcelonesa: las barracas de Somorrostro", ***La Vanguardia***, 6 de julio de 1935.

61 . "Alcance y significado del plan de la Ribera", ***La Vanguardia***, 15 de septiembre de 1966.

62 . Extraído de López, Helena: "De la barraca al polígono", ***El Periódico***, 16 de junio de 2016.

63 . Ingelmo, Pedro: "La Feria de Abril de Barcelona es un ejemplo de convivencia", ***Diario de Sevilla***, 8 de enero de 2019.

64 . altresandalusos.org y fecac.com

65 . En octubre de 2014, cuando me reuní con Paco, no existían ni las nuevas formaciones de izquierda ni Ciudadanos a nivel estatal ni Vox.

Índice

YO, CHARNEGO
CAPÍTULO 1. UNA PIZCA DE HISTORIA
EL CAPÍTULO 2. NEOCHARNEGO: DEL JORNALERO Y OPERARIO DE FÁBRICA AL PRECARIADO DIGITAL
CAPÍTULO 3.VISITANDO A LORCA EN NOU BARRIS
CAPÍTULO 4. REAPROPIACIÓN O MUERTE
CAPÍTULO 5. PSICOLOGÍA CHARNEGA
CAPÍTULO 6.¿QUÉ SERÁ DE MÍ LEJOS DE CASA?
CAPÍTULO 7. ¡TAXI!
CAPÍTULO 8. LA LENGUA
CAPÍTULO 9. HABLA ANDALUZA, CLASISMO Y APOROFOBIA
CAPÍTULO 10. EL CHARNEGO AGRADECIDO, ESE SER MITOLÓGICO
CAPÍTULO 11. EL CHARNEGUISMO Y LA CULTURA
CAPÍTULO 12.ROSALÍA Y LA APROPIACIÓN CULTURAL
CAPÍTULO 13. VENGA, HABLEMOS DEL PROCÉS
CAPÍTULO 14. EL SOMORROSTRO
CAPÍTULO 15. EL OTRO
CAPÍTULO 16. LA LEO
CAPÍTULO 17. EL ÚLTIMO ANDALUZ
EPÍLOGO
NOTAS

YO, CHARNEGO

JAVIER LÓPEZ MENACHO

Memoria personal de la emigración a Cataluña

Llegaron despojados de todo y conquistaron su futuro.
Hicieron suyo el extrarradio, consiguieron derechos y
superaron la etiqueta que la historia les había reservado

CATARATA